



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA.

FUNDADOR Y PROPIETARIO.—D. EDUARDO ASQUERINO.

Domingo 28 de Diciembre de 1873.

DIRECTOR.—D. EUSEBIO ASQUERINO.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN: En España, 24 rs. trimestre.—En el extranjero, 40 francos al año, suscribiéndose directamente; si no, 60.—En Ultramar, 12 pesos fuertes.

ANUNCIOS EN ESPAÑA: un real línea.—COMUNICADOS: á precios convencionales.—REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Madrid, calle de Villanueva, 5.

Los anuncios se justifican en letra de 7 puntos y sobre cinco columnas.—Los reclamos y remitidos en letra de 8 puntos y cuatro columnas.—Para más pormenores véase la última plana.

COLABORADORES: Señores Amador de los Ríos, Alarcón, Arce, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Auñón (Marqués de), Álvarez (Miguel de los Santos), Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchoarena, Benavides, Bueno, Borao, Breton de los Herreros (Manuel), Blasco (Eusebio), Campoamor, Camus, Canalejas, Cañete, Castelar, Castro y Blanc, Canovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Colmeiro, Correa, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio, Dacarrete, Echegaray, Eguilaz, Escosura, Estrella, Fernandez Cuesta, Ferrer del Río, Figuerola, Figueroa (Augusto Suarez de), Forteza, García Gutiérrez, Gayangos, Graells, Harzenbusch, Janer, Feliu, Labra, Larra, Larrauga, Lasala, Lorenzana, Llorente, Mata, Mañé y Flaquer, Montesino, Molins (Marqués de), Martos, Moya (F. J.), Ochoa, Olavarría, Olózaga, Osorio, Palacio, Pasaron y Lastra, Pi Margall, Poey, Reinoso, Retas, Ríos y Rosas, Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Roig y Muñoz, Rosa y Gonzalez, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Rodríguez (G.), Rodríguez (D. J.), Selgas, Sanz, Segovia, Salvador de Salvador, Salmeron, Sanromá, Serrano Alcazar, Sellés, Saumartin, Trueta, Tubino, Varea, Valera, Boix, Vidart, Wilson (baronesa de).

SUMARIO.

Revista, por D. J. A. y L.—Proceso de Bazaine, (continuación).—Estados Unidos, por don Eusebio Asquerino.—Estudio de las costumbres romanas (continuación), por D. Augusto Ulloa.—Sentencia del general Bazaine.—Pepay, por P. P.—El mariscal Bazaine.—C. ntra pereza, diligencia, por Faustina Saez de Melgar.—Circular de la junta del partido liberal alfonsino.—La oración de una madre, por D. José María Franco de Terán.—Suellos, Reclamos y Anuncios.

REVISTA GENERAL.

No hay para el que escribe cosa más embarazosa como hacer una relación de calamidades: la pluma se entorpece y el espíritu decae. Pues bien: bajo condiciones tan poco favorables venimos algún tiempo escribiendo nuestra Revista, siempre conspirando por la paz y tropezando siempre con la guerra; esto es una verdadera Babel: á donde quiera que miramos no vemos más que guerras, atropellos, asonadas y temores.

¿Cómo se comprende que con vida tan anómala pueda prolongarse mucho tiempo la existencia de ningún pueblo?

Hay necesidad de poner un dique á este desbordamiento y encauzar al país, llevando las cosas á su natural terreno.

Para ello es absolutamente indispensable hacer desaparecer todo motivo de crisis y todo asomo de división entre los hombres del partido republicano.

Mientras continúen las discordias, mientras no se depongan los odios personales y venzan las diferencias de principios que los separan, no conseguirán sino arruinar su causa.

Cuando se sostiene una lucha cada vez más encarnizada entre la libertad y el despotismo, entre el presente y el pasado; cuando todos los elementos tradicionales se unen y conspiran para matar á la naciente República; cuando ésta tiene sembrado de escollos el camino que la ha de conducir al triunfo, sembrar la división y sembrar el descontento es marcharse al enemigo con armas y bagajes.

Pensar en retocar la estatua cuando aun no se ha concluido el pedestal, es estar ciegos.

Hablar de unidad, ni de federalismo, de Estado, ni de canton, cuando ni una ni otra cosa están en condi-

ciones de plantearse, es estar dementes, es haber perdido el juicio.

El estado de perturbación de nuestra patria exige á todas luces un gobierno de hierro, un gobierno firmemente apoyado en la opinión pública, que sin trabas de ningún género pueda devolverle su tranquilidad perdida y su libertad amenazada; cualquier estorbo que se le oponga es poner en peligro las conquistas revolucionarias, selladas con la sangre de nuestros hermanos.

Hoy no existen en nuestra nación más que dos caminos; el uno nos lleva á D. Carlos, el otro asegura la república.

¿Cabe vacilar?

Pues responsables seremos ante la historia, ante la patria y ante el tribunal de la conciencia si la libertad se pierde.

Culpables somos de todas las ventajadas de nuestros enemigos, nuestras disensiones políticas tienen la culpa de que la libertad no esté ya en salvo y asegurada la República.

A una crisis sucede otra crisis, á un levantamiento sucede otro levantamiento, á un temor sucede otro temor; y lo más extraño, lo más incomprendible es que estas crisis, estos levantamientos, estos temores son obra de los mismos republicanos.

Y entre tanto la revolución avanza y el carlismo crece.

¿Será que los republicanos no aman la República? ¿Será que los obreros aborrezcan su obra? ¿Será que la libertad no cabe en nuestro suelo?

No, no es nada de eso; esto es hechura de la reacción misma que para vencernos nos divide.

Es la reacción que aprovecha la impaciencia de los unos, las ambiciones de los otros y la candidez de muchos, sembrado la desconfianza, excitando las pasiones y provocando á la lucha.

La reacción ha puesto en armas á Cartagena, la reacción alarma cada día á Cataluña y á Valencia, á Andalucía y á Madrid, y la reacción trata de hacer imposible todo gobierno.

¿Nos dejaremos sorprender? Nuestra será la culpa.

No podemos dejar de espresarnos así, porque aparte de las noticias poco satisfactorias de la guerra carlista, aparte también de la resistencia de Cartagena y de las intentativas contra el orden en Barcelona y en Valen-

cia, tenemos otro motivo más poderoso que nos alarma, y ese motivo está dentro de nosotros mismos, está en el seno mismo de la República.

A la crisis medio resuelta á la publicación de nuestra última Revista, se ha sucedido otra nueva crisis y volvemos á estar en idéntica intranquilidad, en idéntico estado que hace quince días; iguales sobresaltos, iguales dudas nos asaltan.

La unión de los dos hombres que abarcan la situación presente, cuyas diferencias nos habían alarmado, en cuanto pueden influir en los destinos de la patria y en la marcha de la República, ha venido á resentirse nuevamente, presagiando mayores males.

La aproximación de las Cortes y los disturbios recientes del partido republicano, dan por otra parte motivo sobrado para presumir una lucha comprometida, hoy que las fuerzas están gastadas y la libertad engrave riesgo.

¿Y cómo hemos de permanecer nosotros mudos á la vista de una situación tan poco edificante? ¿Cómo no hémus de significar también nuestro humilde parecer, hoy que la duda axalta á todo el mundo?

Además, que siempre es bueno cuando dos rivales se declaran la guerra, no dejarles solos con su encono, no abandonarles á su propia ceguera; bueno es que aquella quiera con el carácter conciliador y la razón fría y turbada por odios, rivalidades, ni ambiciones parar el golpe que los contrarios le preparan.

Poco fuertes nos consideramos nosotros para tamaña empresa; pero cada uno en sus fuerzas tiene la obligación de hacer algo por la paz y por la patria.

Háse vertido la especie de disolución de las Cortes y establecimiento de un poder presidencial, aguardando á mejor oportunidad para convocar otras ordinarias; con este motivo entablan una polémica dos órganos importantes del partido republicano, é interroga *La República* á *La Discusión* ¿cuál es su parecer en este punto interesante, para el caso de que este rumor tuviese fundamento alguno?

Por más que todo el mundo sepa lo que esta pregunta y esa especie echada á volar significan, por más que todo ello no sea otra cosa que explorar el campo y poner en evidencia lo que no es un misterio para nadie,

bueno será que emitamos también nuestro parecer en tan capital cuestión, por más que diarios tan ilustrados hayan tomado cartas en el asunto.

Habla *La República* con referencia á rumor tan alarmante, de previa Constitución y deslinde de poderes con arreglo á sus principios que son ni más ni menos que los principios federales.

Permitanos *La República* que la llamemos una vez siquiera á la razón, de la que desgraciadamente se ha alejado.

¿Es posible hacer una Constitución que responda, no ya á la opinión pública, sino á las aspiraciones de partido alguno dentro de una cámara fraccionada, en medio de un estado de fuerza y al lado de una guerra civil que asola una no pequeña parte de nuestro territorio?

¿Es conveniente agriar más la situación con debates peligrosos y ruidos como los que indudablemente han de librarse al tratarse de la más importante de las cuestiones de un país?

¿Cabe, aun cuando todo esto fuera posible y conveniente elevar hoy á la práctica esa Constitución que el colega desea?

No piense, pues, la República en cosas imaginarias y únase al poder para darle fuerza, olvídense, por ahora, de distinciones peligrosas y abrigue desde luego le confianza de que hay hoy bastante con la Constitución vigente para atravesar este periodo de revueltas.

Si todavía es una rémora para el Gobierno la Constitución del 69 y tiene que suspender las garantías y pedir prerogativas, ¿qué haríamos con una Constitución federal?

En cuanto al rumor de disolución de la Asamblea no abrigamos ningún temor.

Creemos que el colega comprenderá la fuerza de estas reflexiones y antes que dar armas á sus enemigos correrá á estrecharse con sus compañeros, cediendo en esta ocasión de sus aspiraciones y conteniendo su impaciencia.

Pero hagamos un paréntesis en esto y sigamos en nuestra tarea de poder referir á lo que de más importancia ha sucedido durante los quince días que hemos estado alejados de nuestros lectores.

Pasaremos rápidamente ante el sitio de Cartagena, porque poco ó nada tenemos que añadir de nuevo; el general Lopez Dominguez sigue la marcha que Ceballos habia dejado ya trazada; redobla sus esfuerzos, estrecha el cerco y lanza contra la ciudad sus granadas destructoras; mas á pesar de esto el sitio continúa.

En Valencia y Cataluña se han librado algunos encuentros favorables contra los carlistas, y en el Norte sigue el general Moriones su colosal empresa, que ya ha dado el importante resultado de abastecer á Tolosa, comprometida por las facciones; pero no sabemos hasta la fecha oficialmente á qué altura se encuentra; aplaudimos, como no podemos menos de aplaudir, la actividad del general Moriones, aunque nos consta que pasa de atrevida y que no cuenta con la fuerza suficiente para realizar del todo su propósito.

Bilbao es ahora el punto más comprometido, no porque abrigue temores de un sitio formal, peligroso para el que lo intentara, sino porque, desamparada la ría, se hallan continuamente acosados, sufriendo pérdidas sensibles los que se ven precisados á atravesarla.

En la ex-corte no mantenemos guerra declarada con carlistas ni cantonales; pero no por eso nos hallamos libres de sobresaltos; contra la populosa villa se estreñan todas las olas, y en su seno se forman las tormentas que luego han de estallar en alta mar.

Por fin, tras largos sobresaltos, vacilaciones y comentarios sin cuento, ha tomado asiento en ella el nuevo Municipio y ni la paz se ha visto turbada, ni el más ligero movimiento ha hecho soliviantar en lo más mínimo la sensibilidad exquisita del pueblo de Madrid.

En la Habana se ha llevado á cabo la entrega del vapor *Virginus* sin que á pesar de los esfuerzos del filibusterismo hayan conseguido perturbar el orden, ni comprometer, como se proponían, con un nuevo conflicto los intereses de España en las Antillas.

A última hora se han recibido noticias de interés acerca de la acción librada entre Bañares y Bocairente y que merecen ser conocidas por la importancia que este hecho envuelve. Cuatro mil hombres de nuestro ejército se han batido con señalada ventaja con más de nueve mil carlistas; el combate ha sido rudo; á mil ascienden, según algunos, las bajas por una y otra parte; envueltos nuestros bizarros soldados por facciones numerosas, se creían ya perdidos, pero en virtud de un supremo esfuerzo cobran nuevos bríos y consiguen no solo recuperar las posiciones perdidas y dos cañones que obraban ya en poder del enemigo, sino que les obligaron á retirarse á la desbandada en todas direcciones; en suma, aun cuando este glorioso hecho de armas no es todavía muy conocido, parece ser uno de los más importantes que hasta ahora se han llevado á cabo.

Mas volviendo á nuestro primitivo tema, punto capitalísimo de la política actual, cumplenos decir, en honor á la verdad, que las dos eminencias políticas, cuya desavenencia tanta intranquilidad produce, no han venido todavía á estas horas á un cordial acuerdo; esto, como es de suponer, es de un perjuicio inmenso para la causa del orden y de la República; nosotros nos concretamos como siempre á manifestar nuestros deseos conciliadores y quisieramos que en nombre de la libertad y por la suerte de la patria, depusieran esas enojosas cuestiones, que solo pueden dar por resultado el lastimar muy altos intereses. La patria debe de

estar en todo tiempo por encima de los principios, y la política debe subordinarse en todo caso á la especialidad de las circunstancias.

J. A. Y L.

PARTE HISTORICA

DEL PROCESO DEL GENERAL BAZAINE.

PRIMER CONSEJO DE GUERRA.

PRESIDENCIA DEL DUQUE DE AUMALE.

(Continuación).

Sesion del 21 de Octubre.

El duque de Aumale mandó que presentasen al testigo una orden que le fué dirigida el 12 de Agosto á las cinco y media por el general Lebrun, cuya orden se refiere á un movimiento de las tropas del general Faily en direccion de Paris.

El general Jarras recuerda, en efecto, haber recibido ese despacho.

El abogado Lachaud.—Decia hace poco el general Jarras que el mariscal Bazaine le habia tenido apartado y no tenia confianza en él; ¿le manifestó alguna vez al mariscal que esentia esa falta de confianza?

R.—Efectivamente, en dos distintas circunstancias tuve ocasion de manifestar al mariscal el sentimiento que me causaba esa falta de confianza. Dije hace poco que el movimiento del 26 de Agosto fué preparado por el mariscal con el coronel Lewal.

El dia en que lo supe, supliqué al mariscal que tuviera más confianza en mí, y me contestó que llamaba á los oficiales que tenia por conveniente; repliqué que este oficial M. Lewal, estaba á mis órdenes, y que no podia trabajar con él sin advertírmelo. Además previne al coronel que si el mariscal le llamaba de nuevo, me diera inmediatamente cuenta de lo que hubiera hecho. En otra circunstancia tuve tambien que explicarme hallándome con el mariscal. El mariscal me contestó que en aquellas circunstancias no podia parecer á nadie.

El presidente.—¿No habria algo de extraño en esta manera de proceder?

El mariscal Bazaine.—Yo puse al general Jarras en el pié de una perfecta igualdad conmigo, diciendole: obrad como lo creais conveniente, puesto que estais al corriente de todo, y así contaba con que todo marcharia perfectamente.

Debo además decir que una mayor parte de los 44 años de servicio que tengo los he pasado desempeñando cargos de estado mayor.

Es verdad que nuestros caracteres no simpatizaban; pero tenia confianza en el general Jarras. Respecto á la jornada del 12, envié órdenes con el general Maneque, pero en seguida expliqué en toda extension aquellas órdenes al general Jarras.

El general Jarras se anima diciendo que tiene derecho á defenderse de las reconvencciones que le ha dirigido el mariscal Bazaine; y para probar que tiene un carácter más fácil de lo que cree el mariscal, enumera con gran volubilidad los diferentes oficiales generales de quienes ha sido jefe de estado mayor.

El duque de Aumale.—No podeis hablar sino de asuntos que se refieran á la causa.

El general Jarras.—He terminado, señor presidente.

Se autorizó al testigo para que se retirara y para ausentarse hasta que fuera citado nuevamente.

El duque de Aumale.—Llamad al general Coffinieres.

El general Coffinieres declara en estos términos:

Cuando el mariscal Bazaine se encargó del mando no se me habia dado más que una orden: la de hacer construir puentes sobre el Mosela.

P.—¿En qué época se os dió esa orden?

R.—Creo que el dia 8, y utilizaba para ejecutarla todos los recursos de que podia disponer. Cuando el mariscal Bazaine tomó el mando, las cosas marchaban con regularidad.

P.—¿Se os dieron las órdenes de construir los puentes sobre el Mosela antes de las que se referian al Seille?

R.—Creo que un poco antes.

P.—¿Fué en la noche del 13 cuando

disteis parte al mariscal de que habiais recibido ya esas órdenes?

R.—Sí, señor presidente, le dije que no creia posible que empezara el movimiento que me anunció pensaba hacer hasta el 14 por la mañana.

El general Coffinieres dá algunas explicaciones de una importancia secundaria bajo el punto de vista del proceso y el consejo examina en seguida á Mr. de Keratry.

M. de Keratry fué llamado al consejo para que diera explicaciones acerca de las visitas que le hizo en Paris y en Marsella la mariscala Bazaine. El testigo afirmaba que la mariscala no fué á verlo más que para expresarle la decidida voluntad del mariscal Bazaine de no continuar sirviendo bajo las órdenes del emperador, cuya presencia comprometia las operaciones del ejército. Al decir de M. de Keratry, la mariscala, añadió, que su esposo estaba resuelto á negar la obediencia al emperador.

A consecuencia de estas confianzas de la mariscala, M. de Keratry se dirigió á algunos diputados de la minoría que le comisionaron con M. Julio Favre y M. Picard, para que fueran á ver al conde de Palikao, ministro de la Guerra, que estaba entregando armas á los «móviles» para advertirle de la insuficiencia del mando del ejército y del peligro que éste corria en caso de disidencia entre el emperador y el mariscal.

Únicamente que la mariscala afirma, por su parte, que la visita que hizo á M. Keratry, tuvo otro objeto muy distinto, y que fué á ver á M. Keratry por encargo de la emperatriz para proponerle que entrase en el consejo de regencia con algunos otros miembros de la minoría. El abogado Lachaud leyó una carta de la mariscala muy categórica sobre este punto, y respecto á la segunda visita que hizo en Marsella á M. de Keratry, la mariscala dice muy formalmente que su objeto no fué otro que protestar enérgicamente contra el sentido que M. de Keratry habia dado á su primera entrevista. Si la mariscala dijo que la presencia del emperador en el ejército comprometia las operaciones militares no hizo más que emitir su opinion personal, á la cual su esposo era completamente ajeno.

Respecto á las proposiciones que la mariscala dice haberle hecho, M. de Keratry afirma que ella ni siquiera indicó semejante asunto que «le hubiera causado indignacion.»

Esta viva discusion causó en el auditorio una gran sensacion, de la que participa tambien M. de Keratry, cuya turbacion y palidez notaron todos. ¿La causaria el disgusto de haber desmentido á una señora? ¿O seria por haber faltado á la verdad? Este es un punto delicado que el corresponsal de *La Liberté* no se atreve á resolver, pero que en el curso de los debates se aclarará... tal vez. Entre tanto el consejo se hallaba entre dos afirmaciones opuestas.

A este testigo sucedió M. Julio Favre. Interrogado éste acerca del paso dado por él en union de M. de Keratry con el conde Palikao, ministro de la Guerra, manifestó en el lenguaje académico que le es familiar, primero, que no conocia absolutamente á M. de Keratry; que fué por su propia iniciativa y la de sus amigos por lo que se dirigió á ver al ministro de la Guerra; luego asegura que jamás tuvo el mariscal Bazaine relacion alguna con los miembros de la minoría, y por consiguiente jamás solicitó el apoyo de estos para ser nombrado general en jefe del ejército del Rhin.

El tercero y último testigo examinado en esta sesion, fué el conde de Palikao, cuya entrada en el salon excitó vivamente la curiosidad pública; la verdad es, que es difícil llevar con más gallardia los 77 años que tiene, ni tener un aspecto militar mejor y más franco. El ex-general en jefe de la expedicion de China, con una voz muy entera y sonora, y con una franqueza completamente militar, protesta contra las acusaciones de que es objeto el mariscal Bazaine. Para él, el mariscal, á quien conoce desde 1832, jamás ha dejado de ser un hombre de honor, un jefe leal, y una gran inteligencia. Llegando en seguida al paso dado por MM. Julio Favre, de Keratry y Picard, cerca de su persona para «facilitarle» que tomase tales ó cuales resoluciones, trató con suma dureza á estos señores, y á propósito de la exci-

sion, que, según M. de Keratry habia podido ocurrir entre el mariscal Bazaine y el emperador, dijo, que siendo M. de Keratry un caballero, jamás hubiera debido olvidar que habiendo aquel prestado un juramento, lo cumpliria como un hombre honrado.

Después de estas explicaciones, el conde de Palikao se acercó al mariscal Bazaine, le estrechó fuertemente la mano, lo que produjo en este una gran emociion. Esta manifestacion de afecto impresionó vivamente al auditorio, que pronto pudo dar expansion de sus diferentes sentimientos, porque el duque de Aumale levantó la sesion, fijando las doce y media del dia siguiente para la próxima.

Sesion del 22 de Octubre.

La vigilancia que se ejerce con el mariscal Bazaine es cada dia más rigurosa; desde muy temprano no se permitia que circulase nadie por el *Camino Hondo* que conduce á Trianon-Sous-Bois sin ir provisto de un pase.

La noche anterior el mariscal veló hasta muy tarde, y en el dia á que nos referimos estaba más tranquilo que nunca.

El mariscal Le Bœuf, al salir de la sesion del dia anterior, fué objeto de gran curiosidad.

Un diario alemán ha publicado una correspondencia de Trianon, en que se ataca duramente al mariscal Bazaine, quien ha manifestado deseos de que se le proporcione; pero aun no ha podido complacersele.

Habia ese dia una gran multitud, de la que la mitad al menos no podia penetrar en el salon de sesiones, porque mucho antes de la apertura estaban ocupados casi todos los sitios. Seria imposible sin ocupar columnas enteras del periódico, enumerar todos los personajes conocidos y las damas elegantes que se agrupan en los bancos colocados detrás del puesto destinado á los testigos.

El duque de Aumale abrió la sesion á la una menos veinte minutos. El mariscal se presentó en seguida, y luego M. Schneider, testigo de descargo que no pudo ser examinado la vispera, ocupó la barra.

M. Schneider dijo que nada podia motivar la suposicion emitida por la acusacion de que el mariscal Bazaine habia empleado una intriga cualquiera para conseguir su nombramiento de general en jefe del ejército del Rhin.

Es cierto, añadió, que algunos diputados de la oposicion manifestaron delante del mariscal la opinion de que el mando en jefe debia variar de manos, y le parece que la brillante hoja de servicios del mariscal le indicaban suficientemente para aquel peligroso puesto, sin que fuera necesario que lo solicitase.

Después de estas breves explicaciones, monsieur Schneider, fué autorizado para ausentarse de Trianon hasta el momento en que, si se cree oportuno, se le vuelva á citar.

Inmediatamente después se llamó á M. Rouher.

M. Rouher.—No sé, señor presidente, á menos que no se me interrogue, para qué se me ha citado.

El duque de Aumale.—Tened la bondad de sentaros, señor diputado. (Al abogado Lachaud). M. Rouher ha sido citado á peticion vuestra; ¿qué preguntas quereis dirigirle?

El abogado Lachaud.—Quisiera que M. Rouher nos diga si supo que el mariscal Bazaine habiera dado paso alguno para obtener el mando en jefe del ejército, lo cual no pudo menos de saber, atendidas las altas funciones que desempeñaba.

M. Rouher.—El señor mariscal no hizo más que obedecer una orden, sin haber hecho nada para que ese mando se le confiase.

El duque de Aumale.—Señor diputado, podeis retiraros, sereis citado de nuevo.

Acto continuo presentose á declarar el mariscal Canrobert, que se expresó en los términos siguientes:

Habiendo llegado el 12 al ejército del Rhin, sé que el 13 fué nombrado el mariscal Bazaine para el mando en jefe, cuyo nombramiento no hacia más que corroborar la opinion general. El cuerpo que me confió estaba muy incompleto; no tenia reservas ni suficientes baterías, apenas contaba con veinte. No tomé parte en la batalla de Borny y no hice

más que el cañoneo. Creo que el paso del Mosela hubiera sido fácil si se hubieran tomado las medidas necesarias.

El mariscal Canrobert indica las posiciones de los diferentes cuerpos de ejército y los caminos que tomaron; el cuerpo 3.º y 6.º debían tomar el camino del Sur por Rezonville, la Guardia otro, etc.

Al llegar á la jornada de Gravelotte, dijo el mariscal; Ignoro lo que pasó y lejos de mí el pensamiento de criticar á quien quiera que sea. No hago más que una sencilla relación de los hechos. La noche del 15 de Agosto recibí orden de prepararme para marchar á la mañana siguiente.

En este día estaba algo inquieto al ver que á las cuatro, ni á las cinco de la mañana recibí orden sobre el movimiento anunciado la víspera y envié dos oficiales para saber lo que ocurría, y me admiré nuevamente cuando les dijeron que volverían las tropas al campamento, sin embargo de las disposiciones oportunas para obedecer. Llamé á los generales de división y de las armas especiales, por más que estas eran muy incompletas; así mi general comandante de artillería era un teniente coronel, y el de ingenieros un comandante.

De repente vimos venir hacia nosotros algunos ginetes y nos llenamos de admiración al ver que se nos hacia fuego de cañón y de fusilería. Insisto en estas palabras, fuego de cañón y de fusilería. Desde las cuatro de la mañana estábamos dispuestos á marchar, contestamos al fuego lo mejor que pudimos, aunque como siempre se nos hacia de lejos, de 2.500 á 3.000 metros, pero que nos costó 5.525 hombres.

El mariscal Bazaine llegó para restablecer el orden, y á pesar de que no era aquel el puesto de un general en jefe en semejante escaramuza, se vió arrastrado por su valor acostumbrado.

A la noche recibimos orden de conservar nuestras posiciones, y á eso de las tres de la mañana recibí otra fechada á media noche para que fuese á tomar posiciones hacia Verneville. Esta orden me explicaba que mis tropas, fatigadas, debía acercarse á Metz para racionarse. A cosa de las nueve llegué á Verneville y me admiró lo defectuosa de aquella posición, rodeada de tres bosques, cuya observación hice por escrito al mariscal. No insistí de otro modo; pero el mariscal me envió á las tres y media un oficial con una carta en que me decía: «Acabo de informarme sobre los peligros que me anunciabais respecto á vuestra posición; y os autorizo que os dirijais hacia la prolongación de la línea francesa del lado de Saint-Privat; pero á condición de que os ligarais con el cuerpo de ejército del general Ladmirault.» A eso de las cuatro me puse en marcha y fui detenido por el cuarto cuerpo que venía á ocupar su posición, y como yo no podía cortar aquel cuerpo, me detuve tanto tiempo, que ya era de noche cuando llegué á Saint-Privat. A eso de las once y media fui atacado, y como el mariscal me envió aquella mañana dos baterías, en vez de nueve tenía once, y la batalla pronto se hizo terrible; pero como no había podido municionarme, fui con una tercera parte de la dotación de las piezas, lo que me quedó de la batalla de Rezonville, con lo que tuve que sostener la de Saint-Privat.

En ella perdí más de cinco mil hombres, y como carecía de ametralladoras, que me hubieran sido muy convenientes para detener la guardia prusiana, tuve que hacerlo con los fusiles y perdí más de ocho mil hombres.

El mariscal Canrobert dió todavía extensos pormenores de la batalla de Saint-Privat en que las tropas francesas se condujeron con gran valor, contando entre otras cosas que un oficial fué á prevenirle que el mariscal acababa de dar orden al general Bourbaki que le enviase los granaderos de la Guardia, y al general Soleille que le remitiese municiones.

El mariscal Canrobert contestó al mariscal Bazaine que se sostendría todo lo que pudiera y pidió cartuchería al general Ladmirault, quien le envió cuatro ó cinco cajas, lo cual le agradeció tanto más, cuanto que supo despues que le habían aconsejado que no lo hiciera.

Todo lo que puedo añadir, continuó

diciendo el mariscal Canrobert, es que entre cinco y media y seis de la tarde, la artillería prusiana tomó tal ascendiente que comprendí que no podría ya sostenerme.

Sin embargo, aguantamos hasta las siete, y segun el parte del rey de Prusia, hasta las siete y cuarto. Siempre esperaba recibir órdenes, y me detenía cada diez minutos en medio de toda clase de obstáculos, siguiendo el camino que se me habia indicado en una orden que tenia en el bolsillo y que me fué entregada por el coronel Lewal.

El 19 recibí un despacho del mariscal preguntándome por el estado moral de mi ejército, y le contesté que era bueno el de los oficiales; el de los soldados mediado, pero marchaban gruñendo un poco, permitidme la expresión.

El duque de Aumale.—Poca cosa tendré que preguntaros despues de la lucida exposición que acabais de hacer de las operaciones; pero permitidme que os dirija algunas preguntas.

¿Las órdenes que os comunicó el 13 el Estado mayor, procedían del mariscal Bazaine?

El mariscal Canrobert.—¡Oh! no, señor presidente, debió habérmelas comunicado el general Jarras. El mariscal no se habia entregado todavía del mando de una manera completa.

P.—¿Creeis que si los puentes del Mosela se hubieran cortado, se habrían podido retrasar los movimientos del enemigo y hubierais podido operar más fácilmente vuestro movimiento sobre Metz?

R.—Es posible; pero no creo que toda la responsabilidad correspondía al mariscal Bazaine.

P.—¿Tuvisteis noticias de que vuestro convoy habia llegado á Etain? ¿Se lo participasteis al mariscal?

R.—Creo que no.

P.—¿Los caminos estaban ya interceptados?

R.—Completamente.

P.—Y mientras estuvisteis en Longeville, los movimientos de los prusianos os hicieron sospechar un ataque serio por aquel lado?

R.—No; y sin embargo, sus proyectiles fueron muy bien dirigidos; uno dividió en dos á un coronel, y otro se llevó una pierna á un capitán.

P.—¿Creeis que fué verdaderamente útil la destrucción del puente del ferrocarril?

R.—Creo que hubiera podido conservarse, porque estaba próximo á las fortificaciones; pero más allá del puente no habia otra cosa que baterías prusianas.

El mariscal Bazaine.—¿Recuerda el señor mariscal Canrobert haberme escrito una carta hablándome de ciertas noticias que habia adquirido el 18? Tan pronto me hablaba de la desbandada del ejército prusiano, como de la marcha adelanté de los bávaros. (El mariscal leyó ese despacho.)

El mariscal Canrobert.—Cuando escribí esa carta estaba en las posiciones conquistadas, y habia recibido las noticias más contradictorias, noticias que creí debía transmitir á mi jefe, para que pudiese averiguar su certeza, porque no tenia más que un escuadrón de caballería empleado en mi escolta y en la de mis generales; despues se me envió un regimiento, luego tres, y constituí un verdadero cuerpo de caballería á las órdenes del general Du Barrail.

El mariscal Bazaine.—¿Recuerda el señor mariscal Canrobert la hora en que recibí mi orden el 18 de Agosto?

El mariscal Canrobert.—Debían ser, por lo ménos, las dos.

El mariscal Bazaine.—Conservo un duplicado que está fechado á las diez de la mañana.

El mariscal Canrobert.—Recibí esta orden cuando la batalla estaba ya empezada; sé que el coronel Lewal no estuvo de regreso hasta las cinco de la tarde. Por lo demás, permitidme el Consejo hacer una observación: cuando se dan órdenes de tan grande importancia, en un campo de batalla tan extenso como el de que nos ocupamos, no se dice Plappeville 18, sino Plappeville á tal hora.

Despues de algunas explicaciones de una importancia secundaria, ocupó el lugar del mariscal Canrobert en la barra, el mariscal Le Bœuf, á quien cree indispensable el Consejo oír de nuevo

como sucederá con otros muchos testimonios importantes.

El duque de Aumale.—Tened la bondad de dar algunas explicaciones sobre las operaciones militares verificadas hasta el 19, día en que se retiró el ejército bajo el cañon de Metz.

El mariscal Le Bœuf.—Yo no desempeñaba cargo alguno en los días 12, 13 y 14.

Pido, pues, que se me permita que no me ocupe más que de lo que ocurrió desde el 14. En ese día el emperador, á consecuencia de la herida del general Decaen, me confirió el mando del tercer cuerpo. Me despedí de S. M. y me personé con el mariscal Bazaine, á quien le manifesté que si el general Decaen se restablecía, le entraría el mando que, por lo demás, le habia confiado el emperador por mi recomendación. El mariscal me acogió con simpatía y me dirigió á mi cuartel general, á donde me dispuse ejecutar los movimientos que se me habian mandado.

Sin embargo, el 15 experimenté alguna dificultad en mi marcha de frente, y como sabía que el cuarto cuerpo estaba retrasado, se lo previne al mariscal Bazaine, que me contestó por un despacho que recibí á eso de las once, que suspendiese mi marcha como le proponía; pero en esto habia un ligero error; yo no proponía nada, no habia hecho más que decirle lo que pasaba. Establecí, pues, mi vivac y esperé. A eso de las nueve y media oí disparos de artillería por mi izquierda, mande tomar las armas é hice un movimiento para hacer frente al enemigo.

El combate empezó en el cuerpo de mi mando á eso del medio día. Desplegué mis divisiones cuando supe que el mariscal Bazaine habia detenido la de Montaudon. Permanecí, pues, con dos divisiones; poco tiempo despues el mariscal me volvió á pedir refuerzo y quedé solo con una división de infantería y mis reservas de artillería y caballería. Una hora despues vi al general Ladmirault que llegaba por mi derecha, y apoyé su movimiento con mi caballería.

Iba á emprender un movimiento ofensivo, cuando el mariscal Bazaine me envió orden de que sostuviese á toda costa mi posición; así lo hice y aun me adelanté algo, ganando un millar de metros de terreno. A la noche dirigí un despacho al mariscal Bazaine, pidiéndole instrucciones acerca del movimiento de avance que suponía debía hacer al día siguiente; pero recibí, al contrario, orden de replégame hasta Saint-Marcelle. Obedecí, y allí recibí nuevas órdenes; pues en atención al gran consumo de municiones, el mariscal Bazaine habia resuelto ocupar una línea, que, partiendo de Rozeresulles, terminase en Saint-Privat. Ejecuté este movimiento al día siguiente, ocupé el terreno que se me habia indicado y mandé algunos reconocimientos. El enemigo, siguiendo nuestro movimiento, que era de concentración sobre nuestra izquierda, se concentró sobre su derecha. Pasamos la noche en racionarnos y municionarnos; el cuerpo que yo mandaba habia gastado once mil tiros de cañón.

Por la mañana percibí un movimiento considerable del enemigo, que marchaba de nuestra izquierda á nuestra derecha, y di aviso al mariscal. A eso de las ocho y media, volvieron las fuerzas que habian salido á hacer reconocimientos, y confirmaron el movimiento del enemigo. Tomé, pues, mis medidas para resistir, segun se me habia ordenado, y á cosa de las doce y media se rompió el fuego.

El mariscal Le Bœuf hizo la relación de la batalla de Saint-Privat, especialmente de la parte que tomó en ella el cuerpo que mandaba.

El duque de Aumale.—Cuando visteis al emperador el día 14 en la noche y en la mañana del 15, ¿os habló de las instrucciones que habia dado al mariscal Bazaine?

R.—No, señor presidente; estoy convencido de que el emperador estaba resuelto á marchar sobre Verdun, pero que no habia hablado de ello al mariscal Bazaine.

P.—¿Creeis que en la noche del 16 ó 17, cuando se os unió la división de Lorences os hubiera sido posible recobrar Mars-la-Tour y Vionville?

R.—Señor presidente, cuando uno está en su bufete, teniendo á la vista los

planos, es muy fácil reformar un plan de campaña; pero no sucede así sobre el campo de batalla. Hecha esta salvedad, hé aquí mi opinión, tal como se la dije al mariscal al día siguiente, anunciándole que estábamos dispuestos á emprender de nuevo la marcha. Supe que el enemigo estaba protegido por una numerosa artillería, y opino, por tanto, que hubiéramos podido atacarlo y recobrar á Mars-la-Tour y Vionville; pero el general en jefe sabia probablemente lo que yo no sabia, y debía tener razones muy poderosas para no dar orden de empezar un nuevo ataque. Efectivamente, sabia que halláramos á los prusianos sobre el Meuse y que corriáramos el riesgo de tenerlos por retaguardia y por los flancos.

Despues de una pregunta del comisario del gobierno, relativa á un detalle poco importante, el abogado Lachaud preguntó al mariscal Le Bœuf si no dió parte el 17 al mariscal Bazaine de que carecía de viveres.

El mariscal Le Bœuf convino en ello. Acto continuo se presentó á declarar el general Ladmirault, que lo hizo en los siguientes términos:

«El día 12 supimos por la orden del día que el mariscal habia sido nombrado general en jefe. Al día siguiente 13 se nos previno que estuviéramos dispuestos á ejecutar á medio día las órdenes que se nos habian dado la víspera de pasar de la orilla derecha á la izquierda. Yo tuve que interrumpir el paso para contestar al fuego del enemigo, y se empujó un combate encarnizado, que duró hasta las diez de la noche, hora en que los prusianos empezaron á retirarse.

Supuse que el 15 subsistirían las órdenes del día anterior, y traté de tomar el camino que se me habia prescrito, á pesar de los grandes obstáculos que encontraba. Envié mi ayudante, Mr. de la Tour du Pin, á preguntar al mariscal si efectivamente era Doucort el punto que debía ocupar, y se me contestó que nada habia variado. Continué, pues, mi marcha hacia Doucort, cuando se empezó el combate.

El general entró en numerosos detalles sobre esta batalla; hizo un gran elogio de la caballería que desde el principio de la acción dió varias cargas magníficas. Los dragones de la guardia fueron casi deshechos; 2.000 hombres habia fuera de combate. A la noche las tropas habian avanzado 32 kilómetros. «Si hubiera sido preciso, hubiéramos podido marchar sobre Verdun; pero no tenia más orden,» añadió el general.

El duque de Aumale.—De modo que cuando empezó el combate de Borny las dos primeras divisiones de vuestro cuerpo de ejército estaban en la orilla izquierda?

R.—Y la artillería.

P.—Cuando hicisteis el movimiento de retirada, ¿los caminos estaban interceptados?

R.—Completamente.

P.—El día siguiente ¿permanecisteis sobre la orilla izquierda?

R.—Con mis bagajes.

P.—¿Qué carrajes eran los que interceptaban el camino que quisisteis tomar?

R.—Un tren de puente y además los bagajes del cuarto cuerpo.

P.—Así, hasta que no os convencisteis de esto, no os decidisteis á tomar el camino de Briey.

R.—Sí, señor presidente.

P.—¿No os causaba inquietud vuestra derecha?

R.—No.

P.—Al llegar á cierta distancia del campo de batalla, ¿no hicisteis dejar las mochilas?

R.—Sí; á la división Revier, despues de haber hecho sacar los cartuchos; esta tropa estaba tan extenuada, que de otro modo no hubiera podido llegar en buen estado al campo de batalla, del que nos separaban aún cuatro kilómetros.

P.—¿Se habian sacado los municiones y la galleta de las mochilas?

R.—¡Oh! perfectamente. Todo lo necesario para el combate estaba pronto.

P.—Uno de los señores vocales me ruega que os pregunte si despues de la batalla de Borny el ejército, ó una parte de él, hubiera podido emprender la marcha sobre Verdun.

R.—Me es muy fácil contestar. Si el camino hubiera estado libre, la cosa

hubiera sido fácil: yo mismo lo ensayé; pero desgraciadamente la vía estaba interceptada á tal punto, que mi Estado mayor, que se había alejado de mí, no pudo reunirse conmigo.

P.—¿Podía esperarse el 17, reunidos los dos ejércitos, recobrar á Mars-la-Tour y Vienville?

R.—Lo creo, y yo no hubiera vacilado en intentar este ataque; no digo por esto que lo hubiera conseguido, pues que había 200 000 hombres en los bosques, al mando del rey de Prusia en persona. Un movimiento contra ellos hubiera sido tal vez decisivo, pero hubiera costado mucha gente.

P.—¿Estuvisteis en comunicacion con el general en jefe el 18?

R.—No, porque hasta la noche la ventaja fué mía.

P.—¿No creéis que hubiera sido posible recobrar á Saint Privat y otras posiciones que se habían abandonado?

R.—Sí, porque Saint Privat no parecía ocupada, y Aubevillier no lo estaba positivamente.

P.—Vuestro segundo jefe de Estado mayor recibió la orden de ir á acompañar al coronel Lewal al reconocimiento de las posiciones que habían de ocuparse el 19; ¿os dió parte de lo que se había decidido?

R.—No.

P.—¿Cuándo tuvisteis conocimiento de la orden mandando el movimiento del cuarto cuerpo?

R.—Durante la noche.

P.—¿Creéis que esa orden implicaba el abandono de la meseta y del camino de Metz á Saint-Briey?

R.—Ese abandono era una consecuencia forzosa de la orden.

En atención á su cargo de gobernador de París, se autorizó al general Ladmirault para que regresara á la capital.

El general Bourbaki sucedió en la barra al gobernador de París, y se expresó como sigue:

«El 14 por la mañana recibí la orden de pasar á la izquierda del Mosela. Empezaba el movimiento cuando supe que sus tropas eran atacadas, volvió atrás y esperó. Eso es todo lo que pudo decir de la batalla de Borny. A la noche emprendí de nuevo su movimiento, y pasó á la izquierda del Mosela. El 15 partió el mariscal y le llevó la division de tiradores. En seguida se dirigió á Gravelotte. Al día siguiente, á las once, oyó fuego de artillería, y vió que el segundo cuerpo se replegaba, y marchó á apoyarlos. En este momento se le presentó un joven oficial de órdenes, diciéndole:

«El mariscal acaba de ser cogido por los hulanos; enviad vuestros granaderos.»

«Creí estas palabras hijas del temor de un joven asustado del peligro que podía correr su tío el general en jefe, y tuve razon, porque aquel oficial se había engañado. Un poco despues vi disparos de ametralladoras por mi izquierda, y envié á un ayudante para ver lo que ocurría, el cual volvió diciendo que el mariscal Bazaine estaba allí.

«Ahora viene la batalla de Saint Privat. Tuve el honor de ver al mariscal el 14 y el 16, y es imposible ver un general más bravo, más valiente; ha-ta era incómodo para nosotros, porque jamás sabíamos dónde encontrarle. El 18 se me entregó un billete del mariscal Le Bœuf, en que me anunciaba que creía que aquella noche habria un combate. Envié á preguntar al mariscal lo que debía hacer, y me contestó que me debía libre. Creí de mi deber acercarme á él, y como siempre estaba en primera línea, supuse que debía marchar adelante.

P.—¿No recibisteis la orden de enviar vuestros granaderos en auxilio del mariscal Canrobert?

R.—Jamás; no tuve más que una invitacion del general Ladmirault para que fuese á sostenerle.

P.—El mariscal Bazaine se había reservado el mando de las reservas, ó podíais disponer de ellas por vuestra propia iniciativa?

R.—Estaban á disposicion del mariscal Le Bœuf.

P.—¿La division de tiradores estaba á vuestras órdenes?

R.—Tres regimientos solamente, y yo no podía llamarlos en el momento en que estaban sosteniendo el cuerpo, en auxilio del cual se habían enviado.

P.—¿De manera que no disponiais más que de la division de granaderos y el mariscal os había dejado completamente libre de dirigiros á donde fuera necesario?

R.—Sí; pero yo no podía considerarme completamente libre en tanto que el mariscal estuviera allí.

P.—¿Si hubiérais sido requerido por diferentes cuerpos, vos érais quien hubiérais apreciado á cuál de esos cuerpos debíais ir á socorrer?

R.—Ciertamente, porque se me había autorizado con lo que el mariscal me dijo por la mañana.

P.—¿Creéis que despues de la batalla de Borny hubiera sido posible que el ejército hubiera tomado el camino de Verdun?

R.—Evidentemente hubiera sido posible para la parte del ejército que estaba á la orilla izquierda.

P.—¿No recibisteis en la noche del 16 al 17 la orden de replegaros hacia Metz?

R.—Sí, señor presidente.

P.—¿No recibisteis tambien la orden de que la Guardia se encontrase reunida entre Plappeville y el fuerte Saint-Quintin?

R.—Los días 14, 15, 16, 17 y 18 permanecimos en nuestro campamento, me parece que hasta el 20 no recibimos la orden de que hablais, orden, que además no producía cambio alguno en nuestro campamento.

Acto continuo se presentó en la barra el general Frossard, quien se volvió hacia el mariscal y le saludó profundamente, contestándole inclinándose el mariscal.

Se habían dado las órdenes, dijo el general Frossard, para el paso del Mosela, y eran tan precisas que se comprendía que esta operacion debía ejecutarse muy rápidamente.

P.—¿Creéis que el 18 estuvo amenazada la izquierda?

R.—Al contrario, la posicion era magnífica; teniamos mucha caballería, la brigada de Fortou, por ejemplo, que podía echar pié á tierra y servirnos de mucho.

P.—¿Visteis la orden del 14 de avanzar hasta Mars-la-Tour?

R.—Sí, pero poco despues se me ordenó que me dirigiese hacia Rezonville.

El general Jarras fué llamado para que se explicase acerca de los sucesos del 19, y refirió los diferentes combates, mas como acudia repetidas veces á su cartera, el duque de Aumale le dijo:

«¿Habeis conservado el cuaderno en que escribais las órdenes verbales del mariscal?»

R.—Sí, señor presidente.

P.—¿Tendrais la bondad de traerlo para que podamos recurrir á él?

R.—Muy bien, señor presidente; pero muchas órdenes están escritas con lápiz y están poco legibles; por lo demás aquí lo traigo.

El general sacó el cuaderno del bolsillo, se acercó á la mesa del Consejo y leyó muchas órdenes, mientras que el duque de Aumale comparaba su contenido con los documentos del proceso.

Con motivo de la orden dada al segundo cuerpo de marchar sobre Mars-la-Tour el 15 de Agosto, se suscitó una larga discusion.

El presidente.—¿No escribisteis todas las órdenes que se os dieron?

El general Jarras.—Las órdenes que no existen en mi cartera... no las escribí.

Esta última reflexion que se le escapó al testigo permitió al duque de Aumale levantar la sesion á las cinco y media con cierta hilaridad.

Sesion del 23 de Octubre.

Antes de referir lo que pasó en este día, debe advertirse que todos los rumores que circularon la víspera respecto á hallarse mas custodiado el camino hondo por temor de una tentativa de evasion por parte del mariscal, no tienen el menor fundamento, y este aumento de precauciones no reconoce mas causa que impedir las indiscreciones de muchas personas que no dejan en libertad al mariscal pasear tranquilamente por el jardín.

Hecha esta aclaracion, vamos á dar conocimiento á nuestros lectores antes de conducirlos á la sala de sesiones, de la carta que el general conde de Palikao

escribió á la mariscal Bazaine, con motivo de la visita de M. de Keratry, carta á que se hizo referencia en la sesion del día anterior, y cuyo contenido creemos interesante:

«Paris 30 Marzo 1872.

«Señora mariscal:

«Tengo el honor de contestar inmediatamente á vuestra favorecida de hoy. Los señores Julio Favre, Piard y Keratry vinieron á mi casa el 21 de Agosto, segun se expresa en la obra del Sr. Julio Favre sobre el gobierno de la defensa nacional, página 51. Estos señores, segun dice el mismo Sr. Favre, no trajeron mas misión que pedirme que abreviara el armamento de la tropa, y sobre todo de los guardias nacionales.

«El Sr. Julio Favre, añade, que les mostré en un p. ano cerca de la ventana la ciudad de Chalons y la de Mezieres. La conversacion terminó sobre este asunto, y se hubiera tratado de un negocio tan grave como el de que habla vuestra carta, el Sr. Julio Favre no hubiera dejado de consignarlo en su obra. «Respecto á mí, afirmo que el hecho es completamente inexacto, y añado que no podía tratarse del mando del emperador, que ya había nombrado general en jefe del ejército del Rin al mariscal Bazaine, y al mariscal MacMahon para igual cargo en el ejército de Chalons.

«En cuanto á la cuestion de saber á quien hubiera yo obedecido, si hubiera existido el menor antagonismo entre el emperador y uno de los jefes del ejército, mi vida entera responde á esa acusacion de traicion, y creo que nadie se habría atrevido á hacerme semejante pregunta.

«Recibid, señora mariscal, la expresion de mis sentimientos y el homenaje de mi adhesion.—El general conde de Palikao.»

Pasemos al salon de sesiones.

A la una menos veinte se abrió la sesion y se presentó el mariscal Bazaine.

Debía examinarse al general Soleille, ex-comandante general de artillería del ejército del Rin; pero como el estado de su salud no le permitía presentarse y su restablecimiento segun dijo el duque de Aumale era difícil que tuviese lugar antes de que terminara el proceso, en virtud de sus poderes discretivos el presidente dió orden de que se leyera la parte de la declaracion del general Soleille referente á los hechos que trata de examinar en este momento el Consejo.

La leyó el Sr. Castres, pero fué casi imposible entenderla. Sin embargo, hé aquí algunos párrafos de esta declaracion, que está en abierta contradiccion con el informe del general Rivière.

En el curso de la noche del 16 el general Soleille, comandante general de artillería del ejército, envió su jefe de Estado mayor á prevenir al mariscal que el consumo de municiones había sido considerable, que podía calcularse en una tercera parte ó una mitad de la dotacion de tiros de artillería del ejército, y que sería conveniente enviar á Metz durante la noche por nuevas cajas de municiones.

Estas palabras difieren mucho de lo que manifiesta el general de Rivière en su informe, segun el cual, el ejército disponia en la noche del 16 de 80 493 tiros de bala y granada por lo menos.

Respecto á municiones de fusilería, el general Soleille no las hace subir mas que á cinco millones de cartuchos, y por eso dijo al mariscal Bazaine en la noche del 16 que había que enviar por municiones á Metz.

Estas declaraciones del general Soleille, prestadas ante el general de Rivière, difieren tanto de las conclusiones que dedujo de ellas el general informante, que se comprende perfectamente todo el sentimiento de la defensa de que no se presente al consejo el ex-comandante general del ejército del Rin.

Despues de la lectura de los documentos citados, se presentó en la barra el coronel de artillería M. Vasse de Saint-Ouen, quien interrogado por el duque de Aumale, dió con gran sencillez las explicaciones siguientes:

El 13 de Agosto recibí orden del general Soleille de marchar el 14 y de pa-

sar el Mosela; pero sufrió retrasos por la interceptacion de los caminos. El 15 estuvimos en Gravelotte. En la noche del 16 fui comisionado por el general Soleille para decir al mariscal que se habían consumido muchas municiones y que era preciso enviar á buscar á Metz. El 17 se dió orden al director de artillería que enviase á Plappeville los carros de municiones de que pudiera disponer; pero como un solo cuerpo había enviado á buscar, había 18 todavía disponibles.

P.—¿Sois vos quien informásteis al mariscal de la escasez de municiones?

R.—Cumplí la orden del general Soleille.

P.—¿Las noticias del general Soleille habían sido adquiridas por él mismo ó por sus oficiales?

R.—Principalmente por sus oficiales, sin embargo de que el objeto de mi comision era dar parte al mariscal de las apreciaciones personales del general Soleille.

P.—¿Dónde estaba el gran parque del ejército el día 16?

R.—No había parque, propiamente hablando, sino únicamente un depósito de municiones.

P.—¿Dónde estaba ese depósito?

R.—El 12 ó el 13 delante de Metz.

P.—¿Era posible que la reserva del sexto cuerpo se hubiera municionado en Gravelotte?

R.—Sí, y así lo hizo, porque el sexto cuerpo tenia baterías sin municiones de reserva.

P.—¿Recordais una carta del general Soleille, referente á los puentes del Mosela y á las municiones que pedía á Metz?

Se leyó.

R.—No la recuerdo; tal vez no se enviaria por mi conducto.

P.—¿Tuvisteis conocimiento de un despacho que debió recibir el general Soleille sobre los recursos que había en Verdun?

R.—No tengo el menor recuerdo.

P.—¿No fuisteis comisionado el 17, en vuestra calidad de jefe de Estado mayor, para entregar un estado al general Soleille?

R.—No, hasta el 18 no recibí órdenes directas del general Soleille.

P.—¿Cuántas baterías del sexto cuerpo entraron en fuego en el combate del 18?

R.—Cuatro baterías; quedaron cuatro de a 12 y seis montadas sin tomar parte en la batalla.

El general Chabaud Latour.—El general Soleille ha dicho que se consumieron la tercera parte de las municiones; ¿estais conforme con esa apreciacion?

R.—Sí, por lo demás, hasta el 17 no tuvimos informes exactos.

El general Chabaut Latour.—¿A qué hora llegaron al sexto cuerpo las veinticuatro cajas que condujo el conde Abraham?

R.—A las siete, poco más ó menos.

El general Chabaud Latour.—El testigo ha hablado de la tercera parte de las municiones; ¿no podría precisarlas?

R.—No puedo más que referirme á la declaracion que presté ante el general de Rivière. Mis recuerdos son algo confusos por el tiempo que ha transcurrido.

El abogado Lachaud.—Creo que el general Soleille, despues de su herida en Gravelotte, gozaba de tan mala salud, que tal vez no le permitiera apreciar la situacion con su calma habitual.

R.—Verdad es que el general Soleille fué herido en Gravelotte, y gravemente herido, pero conservó su completa lucidez y pudo juzgar perfectamente la situacion.

Resulta, pues, de la declaracion del coronel que en la noche del 16 el consumo de municiones se evaba, despues de los combates del 14 al 16, de una tercera parte á la mitad de las municiones existentes, y que la reserva general no comprendia provisiones suplementarias.

El general Le Brun sucedió al coronel Vasse de Saint-Ouen, y el duque de Aumale, que parece conserva un exacto recuerdo de las sesiones anteriores, hizo presente al general Le Brun que debía limitarse á dar explicaciones sólo acerca de las operaciones militares verificadas desde el 13 al 19.

El general Le Brun empezó recor-

dando la reconvenccion que le hizo el mariscal Canrobert á propósito del Estado mayor, é hizo el elogio de los oficiales de este cuerpo, oficiales que habia escogido, dijo, con el mayor cuidado. No hay que confundir, añadió el general, lo que hizo el Estado mayor del emperador y lo que hizo despues el Estado mayor del general en jefe del ejército del Rhin.

E duque de Aumale.—El Estado mayor general del emperador dió las órdenes para el movimiento del 13?

R.—Ciertamente; pero no vi que se tomara disposicion alguna para cumplirlas.

P.—Para dar las órdenes era preciso tener un exacto conocimiento de los caminos y los puentes que debian servir para el paso. ¿Creeis que este cuidado fuera incumbencia del primer Estado mayor ó del segundo que le reemplazó al ser nombrado general en jefe el mariscal Bazaine?

R.—Creo que este cuidado correspondia al primer Estado mayor; desde luego la marcha sobre Verdun parecia decidida, pero no se decidió sino el 12. En ese día el general Soleille estuvo exclusivamente encargado de echar puentes, y adoptó las medidas oportunas para su ejecucion.

P.—¿No creéis que al confiar la construcción de los puentes á la artillería ó á los ingenieros, segun los materiales que debian emplearse, la eleccion de los puntos por donde habia de pasarse el rio, pertenecia al Estado mayor?

R.—Lo creo, señor presidente.

P.—Voy á hablaros de los despachos emanados del Estado mayor general; ¿podreis darnos algunas explicaciones acerca de esto? El 12 hubo un despacho del general de Failly al emperador, informándole que estaba en el cortijo de Moscou, y en el mismo día, á las cuatro menos cuarto, otro despacho del emperador al mariscal.

El duque de Aumale mandó leer este último despacho, cuyo contenido es el siguiente:

«Mientras más pienso en la posicion que ocupa el ejército más critica la encuentro; porque si una parte de él fuera forzada y se retirase en desorden, los fuertes no impedirian la más terrible confusion. Ved lo que hay que hacer, y si no somos atacados mañana, tomemos una resolucion.»

El duque de Aumale al general Le Brun.—¿Conservais algun recuerdo de ese despacho?

R.—No, señor presidente, ninguno. El abogado Lachaud.—El mismo día 12 se dirigió otro despacho al general de Failly; ¿podrá decirnos el general Le Brun de quién emanaba?

R.—No, no conozco ese despacho.

El abogado Lachaud.—Lo tengo á la vista y si el señor presidente lo permite voy á leerlo.

«El emperador os habia dado la orden de marchar sobre Verdun; el emperador anula esa orden y os prescribe que marchéis sobre París.»

Firmado: EL MAYOR GENERAL.»

El abogado Lachaud.—Era muy importante consignar que este despacho emanaba del Estado mayor general del emperador, y no del mariscal Bazaine.

El duque de Aumale.—De modo que el 12 de Agosto, á las seis menos cinco minutos de la tarde, recibió una orden el general Jarras del general Le Brun, que debió comunicar al mariscal Bazaine: ¿considerábais, pues, al mariscal como encargado del mando?

R.—Debia suponerlo.

El mariscal Bazaine.—¿Cuál fué el oficial que llevó ese despacho? ¿Un oficial del Estado mayor general, y no uno de los de mi Estado mayor?

El general Le Brun.—No lo recuerdo.

El duque de Aumale.—Al mayor general es á quien contestaba el general de Failly en dos despachos; pero el 12 de Agosto dirigisteis directamente á las doce menos cuarto de la noche un despacho al mariscal Bazaine. ¿Lo considerábais ya, como os he dicho como general en jefe del ejército del Rhin?

El general Le Brun.—Estoy tratando de recordar quién me dijo que enviara las órdenes al mariscal Bazaine, pero no sé si fué el emperador ó el mariscal Le Boeuf.

El duque de Aumale.—En la noche del 13 notificó el mariscal Bazaine su nombramiento á los cuerpos del ejército,

y el general de Failly le contestó; además el 13 recibió el mariscal dos despachos, uno anunciándole que un convoy habia sido detenido por los prusianos, y otro del ministro de la Guerra, participándole la salida de París de algunas tropas y de artillería.

Estos despachos llegaron directamente al Estado mayor del mariscal Bazaine el 13 en la noche, debiendo notarse que el último de ellos fija la situacion de algunos cuerpos del ejército.

El general Le Brun.—¿Venian dirigidos esos despachos al mayor general?

El duque de Aumale.—No; directamente al mariscal Bazaine.

El general Le Brun.—Esos despachos no pasaron por mis manos; pero tuve conocimiento de ellos por el emperador. Es seguro que todos los despachos cuyas minutas se han encontrado en los archivos, dirigidos al mariscal Bazaine le fueron remitidos.

El duque de Aumale.—¿Indicó desde luego el Estado mayor el camino de Briey á Saint-Privat, que despues se tomó demasiado tarde?

R.—Los dos caminos en que tanto el general Jarras, como yo, nos fijamos desde luego, fueron: primero la carretera de Verdun, y luego la que desemboca entre el fuerte de Queulen y el de Briey; ciertamente, nos fijamos en ella, no para una marcha directa, sino para en caso de que el ejército se hubiera dirigido hacia el Norte.

Quando el emperador decidió el 12 que se encargase del mando el mariscal Bazaine, no volvió á recibir orden alguna sobre este particular.

P.—¿No estuvo indicado el camino de Woppy?

R.—No de una manera especial.

P.—¿No se indicó para llegar al de Briey?

R.—El general Jarras y yo estudiamos con preferencia los caminos de las afueras reservándonos elegir luego la carretera que mejor nos pareciera.

El general Chabaut Latour.—¿No mostrasteis al mariscal Bazaine los trabajos preparatorios para la colocacion de los puentes y su construcción?

R.—Estos trabajos databan del 7 ú 8 de Agosto; además, el general Coffinières, que estaba especialmente encargado de ellos, es quien hubiera podido mostrarlos al mariscal.

El abogado Lachaud.—El señor general Le Bran, ¿vió la orden del mariscal Bazaine comunicada por el general Jarras el 13 de Agosto, en la que se indicaba minuciosamente la marcha de cada cuerpo?

El general Le Brun.—No puedo hacer más que repetir lo que ya he dicho: «Encontré al mariscal Canrobert, que exclamó al verme: ¿Cómo, mi querido general! ¿Es posible que no se haya hecho tomar al ejército más que un solo camino? Así, pues, yo no he podido ver la orden del mariscal Bazaine disponiendo la marcha del ejército por varios caminos, porque entonces habria contestado á la exclamacion del mariscal Canrobert.»

El abogado Lachaud.—Pues bien, señor presidente; aquí tengo una orden dada directamente al general Jarras, en la cual se le indica la direccion que debian tomar todos los cuerpos; y esta orden es del mariscal Bazaine.

Se leyó este documento, en el cual el mariscal Bazaine ordena con los más precisos detalles todas las disposiciones que debian adoptarse para la marcha del ejército.

El duque de Aumale.—Si esa orden no se ha leído, ha sido, sin embargo, discutida, pues yo hice la observacion al señor mariscal que no habia más que un camino en vez de los dos que se mencionan, toda vez que estos dos caminos empiezan en Gravelotte por la bifurcacion.

El mariscal Bazaine.—Es cierto, pero yo entendia que para llegar al punto de bifurcacion se tomarian los anillos de estos caminos, y al Estado mayor correspondia indicarlos. Yo estaba demasiado ocupado para hacer otra cosa que marcar las direcciones.

Durante esta última discusion, el duque de Aumale envió al abogado Lachaud un billete, al que este contestó inmediatamente, y este cambio de correspondencia dió por resultado la súbita suspension de la audiencia, señalando para la próxima, el honorable presi-

dente, el viernes á las doce y media.

Evidentemente el duque de Aumale no podia faltar á la reunion del centro izquierdo, así como tampoco los generales Chabaut, Latour y Preruteou, y hé aquí por qué, gracias á la política, terminó la sesion del 22 de Octubre á las tres menos cuarto.

Sesion del 24 de Octubre.

Sin duda á causa del mal tiempo, las cercanías de Trianon... Justo es que antes de pasar adelante de liquemos algunas líneas á un hombre del cual no hemos hablado todavía y que merece ser conocido: el teniente coronel Vi ette. M. Vilette es ayudante del mariscal Bazaine, de quien desde los primeros días de la guerra no se ha separado un momento. Actualmente está preso con el mariscal, preso voluntariamente se entiende. Come con el mariscal, le ayuda en sus trabajos, tira las armas con él, procura distraerle cuando su fisonomia se entristece y en las veladas de Trianon refiere anécdotas militares al hijo del mariscal. Semejante adhesion es rara en los tiempos que corremos, y es digna de consignarse.

A la una menos veinte se abrió la sesion, y despues de llamar á tres testigos que estaban ausentes, llegó la vez á M. Jaunez, ingeniero civil, que pertenece á un grupo mucho menos importante que los que han sido examinados hasta ahora.

Hé aquí su declaracion á grandes rasgos:

«El 14 telegrafí al mariscal Bazaine, preguntándole lo que habia que hacer acerca de los puentes del Mosela; la primera vez se me contestó que estuviese tranquilo.—Al segundo despacho se me dijo: «Comprendido.» No recibí ninguna otra orden y por tanto nada pude hacer.

P.—¿A quién dirigisteis la peticion de volar los puentes?

R.—Al cuartel general.

P.—¿Quién os transmitió la contestacion?

R.—Los empleados de la estacion.

P.—¿Qué días llegaron los primeros exploradores prusianos á Noveant?

R.—El 13.

El comisario del gobierno.—¿Recuerda el testigo los nombres de los oficiales que sirvieron de intermediarios?

R.—Yo no me serví de oficiales, no hice más que poner un telegrama.

El comisario del gobierno.—Sin embargo, en la instruccion el testigo habló de oficiales.

P.—¿Qué día utilizaron los prusianos el puente de Noveant?

R.—El 15 desde las diez de la mañana hasta la noche.

P.—¿No podeis dar ningun informe acerca del uso que hizo el enemigo de los demás puentes, el de Ars, por ejemplo?

R.—No se sirvió de este puente.

Renaut, jefe de la estacion del ferrocarril en Noveant, declara en estos términos:

«El 12, á eso de las tres, recibimos un despacho de Pont-à-Mousson, anunciando la entrada de los prusianos en aquella ciudad. El mismo día llegó el general Margueritte con los cazadores de Africa, los cuales hizo que custodiaran el puente de Noveant. El general recibió un telegrama llamándole á Metz, volvió despues y partió de nuevo definitivamente á eso de la media noche.

El día siguiente 13, unos 50 prusianos vinieron á la estacion y nos pidieron viveres.

P.—¿Disteis curso á algun despacho dando parte de la llegada de los prusianos?

R.—Sí, señor presidente.

P.—¿No pedisteis autorizacion para volar el puente?

R.—No, el 14 quise quemarlo.

P.—¿A quién dirigisteis los despachos?

R.—A Metz.

P.—¿A quién?

R.—De estacion en estacion.

P.—¿Qué día pasaron los prusianos en gran número el puente de Noveant?

R.—El 15 llegaron en gran número. Antes no vimos más que exploradores.

P.—¿Erais vos quien transmitiais los despachos?

R.—Sí, ó los otros empleados.

El general Chabaut Latour.—¿Tuvís-

teis conocimiento del despacho que transmitió M. Jaunez?

El testigo.—No señor.

Despues de M. Renaul fué examinado M. Mathieu, que manifestó que habia dado cuenta en el cuartel general de Metz, de la llegada de los prusianos á Noveant y de la necesidad de destruir el puente colgante.

P.—¿Enviasteis, pues, muchos despachos durante el día 13 al emperador al cuartel general y al mariscal Bazaine?

R.—Sí, señor presidente.

P.—¿Cuál era el contenido de esos telegramas?

R.—Advertia á las personas á quienes iban dirigidos el movimiento de los prusianos, y pedia con grandes instancias la orden de cortar el puente de Noveant.

P.—¿Y no recibisteis contestacion precisa?

R.—Recibimos una que nos desesperó: «No tengais miedo á los prusianos, manteneos tranquilos.»

P.—¿De quién era esa respuesta?

R.—No lo sé.

P.—¿Decis que los caminos estuvieron libres del 15 al 16?

R.—Sí, señor presidente.

P.—¿Pero Noveant estuvo siempre ocupado por el enemigo?

R.—No, señor presidente.

El comisario del Gobierno.—¿Conoce el testigo al empleado que recibia los despachos?

R.—No, señor, no sé su nombre.

El duque de Aumale.—¿Cómo es que M. Mathieu, siendo propietario, no tenia relaciones con los empleados de Metz?

M. Mathieu.—No conocia más que á los de Noveant. El que recibió mis despachos se llama Gerard, habita en París y es empleado en ferrocarril.

P.—¿Qué día empezó el enemigo á echar puentes en Noveant?

R.—En la mañana del 16 echaron dos, porque temian una derrota, y al decir á los oficiales prusianos que estaban en mi casa estas palabras: «Si el ejército francés nos sale al encuentro, estamos perdidos.»

El abogado Lachaud.—M. Mathieu, acaba de decir que envió sus despachos el 13 á las cuatro de la tarde; ¿podrá decirnos á qué hora recibió la contestacion?

R.—Algunos llegaron inmediatamente, otros tardaron más; que fué lo que sucedió con la que he citado.

El abogado Lachaud.—El 13 el mariscal estaba en Borny, y de Borny á Metz no hay telégrafos, por tanto, no pudo contestar á M. Mathieu.

El mariscal Bazaine.—¿Sabia ya el 13 M. Mathieu que yo habia sido nombrado para el mando en jefe?

R.—Es probable que lo supiera, cuando dirigi mis telegramas al señor mariscal Bazaine, general en jefe del ejército del Rhin.

El testigo siguiente fué M. Scal, inspector de ferrocarril del Este.

Hé aquí su declaracion:

El 3 de Setiembre, el mariscal Bazaine me envió á llamar y me preguntó de qué recursos podia disponer en el camino de hierro, en el caso que hubiera que hacer un movimiento sobre Thionville. Me dió tambien cuenta de las medidas que habia tomado el general Coffinières. Despues de haberle pedido tiempo para informarme, le dije al general Coffinières que en tres días podia estar cortado el puente de Longeville, que estaba cortado, pero que no queria decirselo al mariscal para no comprometerlo demasiado.

El duque de Aumale.—No he querido interrumpiros; pero quisiera sobre todo que declaráseis acerca de los sucesos anteriores al mes de Setiembre.

R.—El 22 de Agosto me personé con el mariscal Bazaine para darle parte que habia encontrado en Metz un gran número de gente de las cercanías, que me dijeron que habian llegado sin dificultad alguna; añadiendo que los prusianos habian llevado á Rumilly piezas de artillería de grueso calibre. Di cuenta de todo esto al mariscal, proponiéndole volar todas las obras de arte, pero me negó la autorizacion diciéndome: «Me alegro que obren así, es todo lo que pedimos.» Debo añadir, sin embargo, que al despedirme, el mariscal añadió: «Por lo demás, en vista de lo que acabais de decirme, voy á entenderme con

esos señores," y me mostró á sus generales que estaban en una habitacion inmediata.

El comisario del gobierno.—¿Qué sabe el testigo acerca de los viveres que se hubieran podido hacer entrar en Metz?

R.—Sé que hubiera sido posible hacer entrar muchos; así como que hubiera sido fácil, en un espacio de unos doce días á lo más, llevar 1.500 wagoes cargados de viveres sin que nadie hubiera podido estorbarlo. Ahora bien, si se hubieran traído esas provisiones á la ciudad, se habria prolongado la resistencia 31 días.

El comisario del gobierno.—¿M. Scal no tuvo ninguna confianza del jefe de estacion de Forbach acerca de los peligros que hubieran corrido los prusianos si se les hubiera atacado?

R.—Efectivamente, el jefe prusiano de la estacion me dijo, que por espacio de más de ocho días habian tenido un ataque del lado de Metz. «Si lo hubiérais verificado, me dijo, nos cojeis á todos.» ¡Oh! contesté, bien podeis encender un buen cirio al mariscal Bazaine por no haberlo hecho.

P.—¿Hubiera sido posible pasar el Mosela por terraplenes de arena?

R.—Hubiera sido posible.

El mariscal Bazaine.—M. Scal era inspector del ferro-carril; le encontramos siempre muy activo y dispuesto á secundarnos. Recuerdo que el 22 de Agosto vino á verme; pero no creí deber darle la autorizacion que me pedia, ni aprovecharme de las noticias que me dió, porque las que habiamos recibido por otro conducto no estaban de acuerdo con ellas. Decíame que habia siembre locomotoras dispuestas para llevarse los trenes de viveres; por tanto, me parece inútil ir hasta ese punto para rompernos las narices y exponernos á tener muertos y heridos sin ningun provecho.

El testigo.—Yo no sabia que hubiera locomotoras dispuestas, como dice el mariscal.

El testigo termina los detalles que acababa de dar y que parecieren producir alguna impresion en el auditorio.

Seguió á M. Scal otro testigo, M. Boyenval, capitán de ingenieros.

Este, como M. Mathieu, habia pedido autorizacion para volar los puentes que creia podian servir al enemigo; pero no obtuvo la orden.

P.—¿Fue efectivamente el 13 cuando pedisteis autorizacion para volar los puentes?

R.—Sí, señor presidente.

P.—¿Y la orden para volar el de Longeville?

R.—La habia recibido del coronel Petit, y el mariscal Bazaine me mandó que aumentase la cortadura, porque no habia cedido más que un arco.

P.—¿Cómo no se habia preparado la voladura del puente del ferro-carril?

R.—Estaba preparada, solo que no se habian querido cargar las minas por temor de un accidente.

El duque de Aumale.—Creo que el testigo puede retirarse, á menos que el comisario del gobierno ó los defensores no tengan algo que oponer.

El abogado Lachaud.—M. Boyenval es el oficial de ingenieros á quien el mariscal Bazaine envió cierto día á Plappville; y cuando el consejo entre en el exámen de este punto, tal vez será necesario oírle de nuevo.

El duque de Aumale.—Entonces, el capitán Boyenval estará á disposicion del consejo y se le citará otra vez.

M. Comarzon, también capitán de ingenieros, declaró en estos términos:

«El 15 de Agosto, el comandante Cerf se presentó en el campamento de ingenieros, y pidió pólvora para volar el puente de Longeville. Le pregunté si tenia orden por escrito; me dijo que no, sino una orden verbal del mismo mariscal. Me dirigí al puente de Longeville: en el camino encontramos algunos obreros, que nos advirtieron que empezaban á verse los hulanos.

Cuando llegamos al puente hice que cargaran las minas, y que el capitán Richard vigilase la operacion. Un escuadrón de coraceros de la Guardia vino á preguntarnos si podrian ayudarnos; les contestamos que no tenian más que hacer que esperar unos instantes. En efecto, poco despues se produjo la explosion y nos acercamos á ver el re-

sultado. El arco inmediato al camino habia completamente volado, y el del centro estaba fuertemente resentido. Al alejarnos encontramos al señor mariscal con una débil escolta; le dimos cuenta de la operacion y le explicamos el resultado. Nos preguntó cuánto tiempo seria necesario para restablecer el puente en estado de servir en caso de que así fuera preciso, y le contesté que treinta y seis horas de día; pero que suponía que por aquel punto el Mosela era vadeable.»

El testigo siguiente fué el general Coffinières. El duque de Aumale le rogó que explicase las operaciones militares del 12 al 15 de Agosto, referentes á la construccion de puentes.

El general dijo que la construccion se verificó en tres distintos puntos, que definió exactamente sobre la carta.

El duque de Aumale.—¿Es cierto que el 12 de Agosto, disteis al mayor general varias explicaciones acerca de las medidas que habeis tomado para proteger la línea del ferro-carril?

Se leyó un documento en el cual se habla del ferro-carril de Pont-á-Mousson, cuya custodia se confió á una compañía del batallón franco de empleados del camino de hierro.

El duque de Aumale.—¿Por qué no autorizasteis al capitán Boyenval para que volase los puentes por encima de Longwy?

R.—Yo no podia tomar semejante determinacion; la orden debia darla el general en jefe.

* P.—Sabemos que esa compañía de los empleados enviada á Pont-á-Mousson, fué vivamente estrechada por el enemigo y tuvo que retirarse. ¿Por qué no le ordenasteis, en este caso, que volara el puente de Pont-á-Mousson?

R.—Porque esa orden que acabo de decir fué emanada del general en jefe.

P.—Bajando por el Mosela encontramos el puente de Noveant; ¿no supisteis los pasos que daban los habitantes para que se mandase volar aquel puente?

R.—Lo supe, pero no creí deber hacer más que estar dispuesto para volarlo si recibia la orden.

P.—¿Tuvisteis conocimiento de la destruccion del puente de Longeville?

R.—Tuve conocimiento de ella por la explosion, porque en aquel momento estaba en las murallas.

P.—Ese puente estaba bajo el cañon de la plaza; ¿creéis que su destruccion fuese necesaria?

R.—Podia haber razones para destruirlo; pero creo que hubiese sido preferible dejarlo subsistir. (El general pronunció esta frase con cierta vacilacion.)

P.—Tuvisteis conocimiento de haberse licenciado el convoy particular?

R.—No, señor presidente.

P.—¿Recibisteis en la noche del 16 al 17 un despacho pidiendo las baterías que quedaban en Metz?

R.—Sí, y las envié, así como pólvora y cartuchos.

El comisario del gobierno.—Deseo preguntar al general por qué se retiraron los puentes despues del paso de las tropas á la orilla izquierda, y si se restablecieron para mantener las comunicaciones necesarias.

R.—Los puentes se retiraron porque no nos pertenecian; pero hice mantener las comunicaciones necesarias.

El comisario del gobierno.—¿Por qué se prolongó hasta veinticuatro horas el armisticio del 15, que no era más que por tres horas?

R.—Ese armisticio se aceptó para enterrar los muertos; pero no se prolongó; ese es un error.

El comisario del gobierno.—Tengo un documento que lo prueba.

El duque de Aumale.—¿El señor comisario del gobierno ha encontrado ese dato en alguna declaracion?

R.—En la de un testigo que se oirá.

El duque de Aumale (al general Coffinières).—Uno de los vocales, señor general, desea saber con cuántos puentes ha podido ocurrir la confusion que consta hubo.

R.—Lo ignoro, porque permanecia en la plaza.

El general Chabaud Latour.—El señor general Coffinières habia establecido siete medios de comunicacion, y los estableció enfrente de los caminos y vías que eran favorables á que el ejército pudiera dirigirse á la meseta; ¿dió

el testigo conocimiento de todo esto al mariscal?

R.—No, porque mi deber era establecer los medios de comunicacion, y al Estado mayor incumbia dar cuenta al mariscal de lo que se habia hecho é indicar el camino á las cabezas de las columnas.

El abogado Lachaud.—¿Fue consultado el mariscal Bazaine respecto al armisticio de que nos ha hablado el general Coffinières?

R.—No; el mariscal no estaba en Metz cuando recibí el despacho; y aunque venia dirigido al mariscal, creí que podia conservarlo y mandar ejecutar lo que en él se prevenia, como gobernador de la plaza.

El mariscal Bazaine.—Siempre tuve la mayor confianza en el general Coffinières, á quien conozco, no desde 1870, sino desde 1835. Ambos fuimos heridos en Mackda, y juntos nos trajeron en la misma camilla. Ya se ve que nuestro conocimiento data de larga fecha.

El general se inclinó volviéndose hacia el mariscal, y el duque de Aumale suspendió la sesion por veinte minutos.

Al volverse á abrir la sesion, el primer testigo á quien interrogó el duque de Aumale fué al comandante Sers, quien desempeñaba el puesto de ayudante secretario de la junta de artillería del ejército del Rhin cuando el general Soleille le nombró ayudante suyo, y se expresó en los términos siguientes:

«No tuve el honor de ver más que tres veces al mariscal Bazaine en el período del 13 al 19 de Agosto.

La primera fué cuando acababa de hacer volar el puente de Longeville; le encontré y me invité á reunirme á su escolta. En su conversacion me indicó los inconvenientes de la presencia del emperador en el ejército, añadiendo que si obrara con libertad, no pasaria el Meuse.

La segunda y la tercera vez que le vi fué por tener la mision de comunicarle algunos informes.

P.—¿A qué hora se os dió la orden el 15 de Agosto de volar el puente de Longeville?

R.—Temprano; debió ser á eso de las nueve de la mañana.

P.—El estado de municiones que dió el general Soleille despues de la batalla del 16, ¿fue el resultado de informes exactos?

R.—Debía tener noticias exactas, pero yo no recibí orden ninguna. El mariscal envió una orden verbal por medio del general Jarras para que le enviasen municiones al terminar el día 16. Tratabase de llevarlas por los carruajes de la intendencia, y la orden verbal se dió en seguida por escrito.

P.—¿Conocéis las dos órdenes enviadas de Verdun y de Paris relativas á los cartuchos y á las provisiones que se habian remitido?

R.—No, señor presidente.

P.—En la jornada del 18, ¿tuvisteis conocimiento de las diferentes órdenes dadas por el mariscal á propósito de las municiones?

R.—El general Soleille no se separó del mariscal en ese día. Ignoro de quién partian las órdenes, pero vi varios movimientos de artillería; además sé que el mariscal abrigaba temores por diferentes puntos.

El comisario del gobierno.—Seria interesante saber si el testigo vió llegar las municiones que se enviaron la noche de la batalla.

El comandante Sers.—Vi llegar las municiones, pero no sé nada de particular. Al día siguiente recibimos la orden de batirnos en retirada.

El testigo inmediato fué el intendente general Wolf.

M. Wolf partió para Verdun el 12 de Agosto para preparar allí las provisiones necesarias al ejército del Rhin; pero se encontró con una orden indicándole que el itinerario de este ejército se habia variado y que debía dirigirse á Châlons.

De Verdun el intendente general salió para Montmedy, por donde debian pasar los dos ejércitos; tomó sus disposiciones y llegó á Metz, donde dió cuenta de su mision, del resultado que esperaba de ella, y recibió la orden de volver á Verdun. Todo hace suponer á M. Wolf que el mariscal tenia el propósito de dirigirse hacia aquella ciudad,

porque hasta le pareció que le invitaba á no volver á presentarsele.

Regresé, pues, á Verdun, continuó el testigo; el comandante de la plaza acababa de recibir orden de enviar las provisiones hacia Reims, y entonces me apresuré á subir hacia Montmedy, donde encontré á M. Preval, que habia sido enviado allí para desempeñar la misma comision que yo habia desempeñado en Verdun.

Debiamos esperarnos á tener que proveer á los dos ejércitos en Montmedy. Recibi la noticia, pero no pude establecer comunicacion con el mariscal Bazaine, no habiendo regresado ninguno de los emisarios que le envié.

P.—En vuestro viaje á Verdun ¿no tuvisteis ocasion de ver al emperador y saber cuáles eran sus intenciones?

R.—No, señor presidente; se me dijo que el mando se habia conferido al mariscal Bazaine.

P.—¿Supisteis en Verdun si el emperador habia tomado algunas medidas?

R.—No, señor presidente; nada supe.

P.—¿Es seguro que fué el 26 cuando se esperaban las provisiones en Montmedy? Desde el momento en que se mandaron salir las provisiones de Verdun, ¿supisteis que vuestro puesto estaba en Montmedy, á donde os dirigisteis sin haber recibido la orden?

R.—Sí, señor presidente.

El mariscal Bazaine.—Yo vi al intendente Wolf á la una de la mañana, y no recuerdo exactamente lo que le dije.

M. Wolf se retira saludando al mariscal Bazaine, y el duque de Aumale mandó presentarse á M. de Villenoisy, cuya entrada produjo un vivo movimiento de curiosidad; movimiento que nada tenia de extraño, pues es sabido que M. de Villenoisy, aunque militar y subordinado del general en jefe del ejército del Rhin, fué quien pidió á la Asamblea la acusacion del mariscal Bazaine.

M. de Villenoisy estuvo encargado de la construccion de los puentes del Mosela con la administracion de puentes y calzadas, y era profesor de fortificacion en Metz.

Este testigo parece sobre todo empeñado en establecer que si hubo alguna confusion en el paso del Mosela no debe imputarse sino á los que eligieron pocos puntos para efectuar el paso.

P.—¿Tuvisteis conocimiento del armisticio celebrado el 15 de Agosto?

R.—Conocimiento perfecto, y fué una cosa lamentable, porque los prusianos tuvieron así el convencimiento de que podian terminar las operaciones comenzadas.

Á M. de Villenoisy, sucedió el teniente coronel Fay, cuya declaracion fué como sigue:

«Fui elegido para dirigir una oficina en que debian centralizarse los diferentes informes que se recibieran. El 12 fui expresamente comisionado el por general Le Brun de levantar el plano de los campamentos en las inmediaciones de Metz y á la noche supe que el mariscal Bazaine habia sido nombrado general en jefe. Algunos combates se verificaron en el camino de Sarreluis y en sus cercanías, cuyas noticias tramitamos.

El 14 nos ocupamos especialmente de reconocimientos, y fuimos testigos de una enorme confusion hacia la parte de Gravelotte. Al día siguiente recibimos orden de hacer salir del camino todos los carruajes que no fuesen de reglamento; pero á la noche volvieron á ponerse en fila y llegaron con los demas á Gravelotte, despues de haber andado toda la noche.

El 16 tuvo lugar la batalla de Rezonville é hicimos lo que debia hacer el estado mayor. El 17 montó el mariscal á caballo, y el general Jarras me ordenó que le acompañase en el momento en que yo estaba hablando con un eclesiástico alemán que habia venido á nuestras líneas, como sucedia con frecuencia, para llevarse el cuerpo de un general prusiano que habia sido muerto. Seguí al general, y á la noche supimos que habiamos sido rechazados.

P.—¿Sabiais que se habian abandonado algunas provisiones en Gravelotte?

R.—No, señor presidente.

P.—¿Tampoco supisteis nada de particular respecto á los diferentes caminos tomados por el ejército?

R.—No señor presidente.

El comisario del gobierno.—Tengo que dirigir algunas preguntas al testigo. Esta es la más importante: ¿Visteis al mariscal en Metz durante el día 13?

R.—Estoy segurísimo de haber visto al mariscal en Metz el día 13 entre mediodía y tres de la tarde; sin embargo, he oído decir al general Jarras, en conversación particular, que no estaba allí. Ante esa observación, me veo obligado á hacer notar que hace tres años que pasaron estas cosas y pueden muy bien haberse borrado de mi memoria.

Siguió á este testigo el subintendente Preval, que saludó profundamente al mariscal Bazaine al pasar por delante del asiento que este ocupaba y dijo:

Estuve encargado de la organización de las ambulancias, y para atender á todas las eventualidades hice organizar un convoy que seguía paralelamente al ejército con 100.000 raciones. El 15 me dió la orden el mariscal de que licenciase el convoy auxiliar; pero esta medida me pareció tan grave, que supliqué al general en jefe que me diera la orden por escrito, lo cual hizo, á pesar de lo insolito de mi petición. A la noche estábamos en Gravelotte.

Envié varios subintendentes y oficiales de administración para proporcionarse víveres en las cercanías, pero fueron cogidos por los prusianos y no regresaron. De vuelta en Metz aquella misma noche me presenté al general Coffinières, porque suponía que era necesario que las cosas volvieran al estado en que estaban antes del licenciamiento del convoy; era preciso hacer que llegase el convoy de las 100.000 raciones de galleta que estaba ya en Mars-la-Tour. El capitán de Estado mayor Flux, vino después á darnos noticias y supimos á qué atenernos.

P.—¿Qué fué de esas 100.000 raciones?

R.—Se distribuyeron al ejército.

P.—¿Desde el 14 no fuisteis considerado como intendente general?

R.—Desempeñaba las funciones de este cargo, pero los intendentes no me habían dado parte.

P.—Se había dado orden á los convoyes de seguir al ejército á medio día de jornada, y sin embargo, el 16 y 17 estaban comprometidos en los desfiladeros; recordais en virtud de qué orden ocurrió esto?

R.—No, señor presidente.

P.—¿Cómo explicais que exista en el proceso la expedición de una orden dada por el mariscal el 16, por complemento de la orden verbal que dió el 15 y firmada por el intendente general Wolf?

R.—Esa orden debe ser, como acabais de decir, la confirmación de la verbal del 15.

El mariscal Bazaine.—Esa orden se dió á las cuatro de la mañana del 15.

P.—¿No tenéis conocimiento de un despacho del Estado mayor general disponiendo que hubiese provisiones en Verdun?

R.—No, señor presidente.

P.—¿Disteis al mariscal el 16 noticias sobre el estado de los víveres?

R.—Estaba preocupado con las reconvenções que se me habían hecho aquella mañana; sobre todo, era contrario al licenciamiento del convoy, dispuesto por el mariscal, y no se me pidió el estado de los víveres de una manera terminante; porque si el mariscal hubiese exigido, hubiera rogado á los intendentes que me facilitaran datos, y hubiera podido establecer la situación de una manera precisa.

Después de M. Preval, el consejo examinó á otros dos funcionarios superiores, los intendentes Mouy y Gaffiot (de cuyas declaraciones nos ocuparemos en su día por contener interesantes detalles sobre el abastecimiento), y el duque de Anmale levantó la sesión á las seis de la tarde.

LOS ESTADOS-UNIDOS.

II.

La aspiración del género humano en todos los pueblos y en todas las épocas de la historia ha sido la libre disposición de su actividad, de su vida de sus bienes; la conquista de la libertad y de la propiedad en este sentido deben ser considerados como de-

rechos legítimos y naturales. Para que el hombre pueda trabajar, ha de ser libre: para que este sea dueño del fruto de su trabajo, ha ido construyendo la civilización los organismos políticos que protegen el desarrollo de sus facultades, porque la sociedad, el gobierno y las instituciones, están fundadas en beneficio de los asociados, y en estos principios eternos de justicia se inspiraron los ingleses que arrancaron á su rey Juan en 1215 la gran carta, é impusieron al príncipe de Orange en la revolución de 1688 el *Bill de sus derechos*, es decir, las elecciones libres, los parlamentos para votar los impuestos y el contingente militar, el derecho de los ciudadanos de tener armas para su defensa, de petición y de reunión, de ser juzgados por el jurado, la libertad de la tribuna y de la prensa. Esta declaración de derechos había pasado los mares, y los americanos la invocaron y defendieron con la tenacidad que caracteriza á los sajones, y un pueblo virgen sin tradiciones seculares y lejos de la metrópoli para ser corrompido, ó intimidado poseía elementos poderosos para constituirse á pesar de la terrible oposición de la soberbia Inglaterra.

En la célebre *Declaración de independencia* de 4 de Julio de 1776, y en el mensaje dirigido á la Europa y redactado por Jefferson, se proclamaba la máxima de que la soberanía pertenecía á la nación en estos términos:

«Ved verdades evidentes por ellas mismas. Que todos los hombres han sido creados iguales; que hay ciertos derechos inalienables de que el creador les ha dotado, tales como la vida, la libertad, y el deseo del bienestar, para cuyo sosten fueron instituidos los gobiernos, que tienen su justo poder del consentimiento de los gobernados. Y desde que una forma de gobierno tiende á destruirlos, el pueblo tiene el derecho de modificarla ó de abolirla, y de instituir una nueva, dando á los poderes públicos la organización que él juzgue la más propia á hacerle feliz.»

«La prudencia quiere sin duda que no se cambie por causas frívolas ó pasajeras de gobiernos establecidos después de largo tiempo. También la experiencia ha hecho ver que los hombres se resignan más voluntariamente á sufrir, mientras los males son soportables, antes que se decidan á hacerse justicia por sí mismos, destruyendo un gobierno al que estaban habituados.»

Este mensaje fué la señal de la guerra en toda la América, que sufrió muchos desastres. Las ciudades de Nueva-York Nueva-Jersey y otras fueron asaltadas y saqueadas por los ingleses, en el Canadá murió uno de los tenientes de Washington, Montgomery la indisciplina reinaba en el ejército, los soldados se batían mal, y abandonaban sus banderas antes que fueran reemplazados, sin obedecer á sus jefes, y al mismo general; la autoridad del congreso era despreciada por los Estados, porque cada uno quería gobernar á su arbitrio, y dar contribuciones voluntarias insuficientes, la energía y el talento de Washington se estrellaban contra las mezquinas rivalidades, y miserables ambiciones, á pesar de dos triunfos debidos al valor personal de Washington, la anarquía creciente era un siniestro augurio que presagiaba la próxima ruina de la naciente república americana.

Washington proclamó la necesidad de organizar un ejército regular y permanente, y fué investido de una autoridad dictatorial el 27 de Diciembre de 1776, diciendo: «Yo recordaré siempre que la espada á que hemos apelado en el último extremo para la defensa de nuestras libertades, debe

ser depuesta apenas estas libertades estén firmemente establecidas.» Por algún tiempo todavía su dictadura fué ilusoria, y no impidió que fuera batido en diferentes combates, y el congreso se vió obligado á abandonar á Filadelfia que ocuparon los soldados ingleses.

La América, celosa de fundar su independencia por sus propios esfuerzos, rechazaba toda intervención extranjera, y miraba sobre todo á la Francia con recelo, Franklin decía: «Yo imagino que esta nación intriguante querría mezclarse en nuestros negocios para soplar el fuego entre la Inglaterra y nosotros, pero confío que no le daremos este placer.»

Apenas se encendió la lucha, tres jóvenes pertenecientes á las más ilustres familias de Francia el marqués de Laffayette, el conde de Segur y el marqués de Noalles abandonaron su país para volar á la defensa de la libertad de la joven América contra el despotismo de Inglaterra.

Laffayette, recién casado, apenas había cumplido veinte años; poseedor de una brillante fortuna, dejó todos los gozos que le brindaba la vida, y á su joven esposa próxima á ser madre, disfrazado de correo para escapar á las pesquisas de la corte y de los ministros, fletando un barco á su costa, atravesó el Océano, y se vió obligado á caminar trescientas leguas á caballo para llegar á Filadelfia. A su arribo escribió al congreso que solo quería servir la causa de la libertad como voluntario sin sueldo; el congreso, sin embargo, en consideración á su celo, y á la ilustración de su familia, le nombró jefe en el Estado Mayor del ejército, lo que admiró al mismo tiempo á Washington que le miraba con desconfianza, pero pronto el heroísmo y las brillantes cualidades de Laffayette conquistaron el afecto y la amistad del Dictador, y contribuyeron á extinguir la animosidad que existía contra la Francia. Las violencias de la Inglaterra decidieron al fin al congreso á desvanecer sus sospechas contra la intervención extranjera y se envió una misión á Francia para solicitar su auxilio.

El gobierno de esta nación, regida por el poder absoluto de Luis XVI, y la influencia de María Antonieta, por sus tradiciones y las ideas y sentimientos que dominaban á los cortesanos que rodeaban á los monarcas, no debía ser simpático á la independencia de América, porque Turgot, que había profetizado en 1750 la rebelión de las colonias inglesas, estaba demasiado absorbido en sus planes financieros para consagrar su atención á la causa americana. El autor inmortal de Figaro, Beaumarchais, tuvo bastante influencia con el ministro Maurepas para obtener un millón con el objeto de fundar una vasta empresa, á la que asoció pronto su cooperación la Europa entera, con el fin de proporcionar armas y municiones á los americanos.

La Francia se encontraba indirectamente ligada en la lucha pero había firmado una alianza con nuevo Estado, y reconocer su independencia, mediaba un abismo. Sin embargo, la opinión pública estaba profundamente excitada con los acontecimientos allende los mares, y seguía el curso de los sucesos con interés creciente.

Laffayette, en las cartas que dirigió á su esposa, cuyas noticias circulaban con rapidez por París, mantenía la llama del entusiasmo público que llegó á su colmo cuando se adquirió la certeza de la grandiosa victoria alcanzada por los americanos en Saratoga. La imprudencia del general inglés Burgoyne, que miraba con desden las milicias republicanas mandadas por el general Gates, produjo su derrota, dejándose envolver en un terreno elegido por el célebre

polaco Kasciusko, y seis mil soldados ingleses se vieron obligados á una capitulación que decidió del porvenir de los Estados-Unidos en un momento en que la Gran Bretaña creía seguro su completo triunfo. El delirio de los franceses fué extraordinario, Franklin, que había sido enviado á París para solitar su alianza, el mismo que en los años anteriores juzgaba con tanta aversión á la Francia, escribía entusiasmado que eran cordiales, sinceros y universales los sentimientos de adhesión de este país por la independencia americana. El rey, la reina, el conde de Artois, se conmovieron, las damas de la corte solo juzgaban al Boston, nombre tomado á una de las ciudades de los Estados-Unidos, y fué tan eléctrica la atracción hacia América, que Laffayette, mirado con aversión por la corte, fue admirado y su ilustre esposa recibió los tributos más lisonjeros de respeto y consideración por su heroico esposo. Entonces se decidió Luis XVI á reconocer solemnemente á los Estados-Unidos firmando dos tratados, uno de comercio y otro de alianza el 6 de Febrero de 1778.

Advertencias de todos géneros, folletos con apóstrofes terribles fueron dirigidos en vano por la Inglaterra á Luis XVI, profetizándole que el fuego de libertad que atizaba en América incendiaria pronto á la Francia. Pero no cedió ante estas amenazas Luis XVI, y sorprende sin duda, que la nación feudal, monárquica é imbuida de antiguas preocupaciones, símbolo del pasado, prestase ayuda á la nación republicana y á instituciones nuevas, símbolo del porvenir.

Laffayette recibió el primero la gran noticia que fué á participar á Washington arrojándose en sus brazos, y los vítores de la Francia resonaron en todos los corazones americanos.

La unión de Francia con América aterró á Inglaterra. Carlos III sin reconocer el nuevo Estado, porque tenía reclamaciones sobre las Floridas, Tierra Nueva y algunos territorios en las riberas del Mississippi, se alió con Luis XVI enviando algunas naves que fueron dispersadas con las francesas en el canal de la Mancha en 1779 por una tempestad furiosa. Gibraltar, sitiado por los aliados fué librado por el almirante Rodney, y en un combate encarnizado una fragata francesa desmanteló á otra inglesa, en las Indias y las Antillas los ingleses alcanzaron grandes ventajas, la traición del general Lee impidió á Washington conquistar una victoria completa sobre Clinton; pero los marinos franceses consiguieron apoderarse de un convoy de sesenta barcos que llevaban ochenta millones, y esta presa reanimó su valor.

Francia solo había puesto sus escuadras á disposición de la república y eran necesarias tropas de tierra, lo que impulsó á Laffayette á traspasar los mares, y regresar á Francia donde sus súplicas fueron atendidas por el rey y por el famoso hacendista Necker, y un cuerpo de ejército partió mandado por el conde de Rochambeau, que debía recibir las órdenes de Washington, y se mezclaron las cucardas de los soldados de las dos naciones. Partieron también de Francia en 1781 ventiocho navíos y cuatro mil hombres con un jefe valiente de Grasse, que lograron restablecer la disciplina en las milicias americanas y regularizar su acción con algunos severos castigos. Estos esfuerzos fueron coronados con la mas decisiva victoria el 19 de Octubre de 1781. Lord Cornwallis se vió estrechado por la flota de Grasse, y el ejército franco-americano; dos legiones mandadas por dos franceses Vionnesmil y el bravo Laffayette le encerraron en un

círculo de hierro y de fuego, y tubo que capitular con siete mil ingleses.

Este desastre causó honda impresión en la Gran-Bretaña. «¡Todo está perdido!» exclamó el ministro lord North; y en efecto, á esta derrota se agregaron las que sufrieron por mar, perdiendo las posesiones holandesas de que se habían apoderado, y viendo amenazada su dominación en los bordes del Indus y del Ganges, y á pesar de una nueva desgracia de los franco-españoles en Gibraltar, la Inglaterra se apresuró á aceptar la mediación de Austria y de Rusia, y firmó la paz, cuya base fué el reconocimiento oficial de la república americana, devolviendo á Francia sus posesiones de las Indias, de África y el derecho de pesca en Tierra Nueva. Despojada de un magnífico imperio la altiva Albion, había sacrificado 100.000 hombres, perdido 80 navíos de guerra y acrecido su deuda en 2.500.000.

¡Lección terrible para un pueblo que había despreciado las repetidas quejas de los americanos, que, llenos de moderación, solo invocaron la justicia, que triunfó del poder colosal de sus opresores.

Un día se verificó en la capital de Francia un acto solemne. Voltaire, largo tiempo desterrado, había regresado á París á los ochenta y cuatro años de edad; su entrada fué una ovación triunfal. Franklin, el hábil negociador de la alianza francesa, quiso conocer á aquel hombre célebre, y vino á pedirle su bendición para su nieto, todavía niño. Voltaire, después de un instante de recogimiento, extendió la mano, diciendo: «Dios y libertad es la sola divisa que conviene al nieto de Franklin.» Y esta era la divisa de la América que había conquistado la libertad apoyada en sus creencias.

Las medallas conmemorativas de la independencia americana figuraban la Francia como la Minerva antigua armada del escudo y de la espada de la justicia, protegiendo á Hércules niño, que representaba á los Estados-Unidos, contra el león de Nemea, que simbolizaba á Inglaterra.

Mucho se ha engrandecido la América de Washington y Franklin con la extraordinaria inundación europea y sus invasiones en el territorio mejicano, y en la lucha tremenda del Norte y del Sud expuesta á desmembrarse, la energía de Lincoln, asesinado en Washington en el teatro de Yord el 14 de Abril de 1865, contribuyó, auxiliado vigorosamente por el actual presidente Grant, á mantener la integridad de los Estados-Unidos. ¡Grave responsabilidad pesaría sobre su memoria si no hubieran logrado conservar la integridad de la patria!

EUSEBIO ASQUERINO.

ESTUDIO

DE LAS COSTUMBRES ROMANAS

EN EL PRIMER SIGLO DEL IMPERIO.

(Continuación.)

La precaria situación de la república romana al final del siglo VII de la fundación de la ciudad, exigía un cambio en la forma y en el fondo de las instituciones políticas, tanto por las nuevas necesidades del Gobierno, cuanto por las profundas alteraciones que habían sufrido las costumbres. Podrá disputarse acerca de la índole y extensión de este cambio, y comparando el que se operó con el sistema que destruía, lamentar las malas condiciones del cesarismo establecido por Augusto. Pero la organización romana de los buenos tiempos había sido rota de hecho, si no de derecho, por el empuje de una sociedad metamorfoseada, que no conservando de la antigua más que el afán tradi-

cional de la dominación y de las conquistas, se había visto obligada para realizarla, á violentar todos los resortes primitivos, desequilibrando la ponderación del poder público, desnaturalizando las funciones de los magistrados y la eficacia de las leyes, y convirtiendo la fé religiosa, la moral y la filosofía en un peligroso sincretismo.

Se comprende perfectamente que la república absorbiese el espacio indispensable á su exuberante desarrollo, y que con este objeto llevara la guerra á los pueblos vecinos, á la Italia entera si se quiere. Pero desde el momento en que, por rivalidad ó por envidia, saltó los límites racionales que la geografía impone siempre á la ambición, y fué á buscar á los cartagineses, primero en Sicilia y España, luego en África; desde el momento en que las águilas tendieron su vuelo por los países mediterráneos del estrecho de Cádiz hasta Alejandria, las condiciones de la metrópoli tuvieron que variar esencialmente, por más que las consecuencias de esta aglomeración de territorios, regidos de distinta manera y sometidos bajo formas diferentes, tardasen algún tiempo en producir sus indeclinables consecuencias. La ruina de la república no fué accidental ni imprevista más que para aquellos que no acostumbraban á penetrar en el fondo de los acontecimientos; por el contrario, venía preparada muy atrás por la confusión de los poderes, por el influjo de la ley civil; por las exigencias de la administración y por la subversión del sentido moral, que es el que en definitiva dirige, allí donde la opinión tiene algún medio de manifestarse, las corrientes de la política.

Roma quedó, cuando la expulsión de Tarquino, en la misma situación que antes, con esta sola diferencia, que la autoridad real dejó de ser vitalicia para convertirse en anual bajo los cónsules. Claras y definidas se hallaban las atribuciones de las magistraturas, la forma y extensión de la facultad legislativa y las prerogativas del Senado. Pero este régimen sufrió de seguida graves modificaciones, ya por la desconfianza de la plebe, ya por las artes del patriado; y la Constitución, que debía ser armónica en su desenvolvimiento, vino á convertirse en una oposición de derechos y en una lucha de revalidades, una de las cuales podía alegar ó crear un régimen exclusivo cuando sobre las otras preponderaba. El tribunal no se contentó con un papel importantísimo, aunque pasivo; y humillado de sentarse modestamente á la puerta de la Curia, quiso en medio de las contiendas intestinas y aprovechando las circunstancias favorables á las clases que representaba, hoy la jurisdicción en ciertos casos, mañana la convocatoria del Senado, y por último, la iniciativa y la decisiva influencia en la confección de unas leyes en que se votaba de una manera distinta que en las ordinarias, y que no necesitaban para su validez, ni de las solemnidades ni de los auspicios. Armados de esta manera los tribunales, armados también con la única inviolabilidad reconocida, parecía que el gobierno se inclinaba decididamente al lado de la democracia, destruidos ya los antiguos cimientos aristocráticos, si al propio tiempo y por una serie de usurpaciones más ó menos legales, el Senado no hubiese adquirido una fuerza incontrastable y un prestigio universal, no ya solo por su existencia permanente al lado de las magistraturas efímeras, y por la índole de las funciones administrativas, sino por el mantenimiento de las leyes centuriadas enfrente de los plebiscitos, y por los senado-consultos, que aun no aprobados por los tribunales, eran respetados al par las disposiciones plebeyas (1). Por esto pudo muy bien decir Cicerón que todo se hacía en la república por autoridad del Senado y muy poco por la autoridad del pueblo.

De las antiguas prerogativas consulares se habían desprendido varias ma-

(1) El Senado tenía una autoridad incontestada en materias administrativas; y el consentimiento tácito hizo que también fuesen aceptadas sus decisiones como leyes aun cuando recaían sobre el derecho privado. Si los tribunales de la plebe no interponían su veto; el acuerdo se llamaba *senatus-consultum*; si lo interponían se llamaba *senatus-auctoritas*. ORTOLAN. *Historia de la legislación romana*.

gistraturas que con frecuencia se sobrepusieron á las instituciones ó las neutralizaron en el sentido de ciertos intereses ó clases. La religión, por ejemplo, que siempre presidía á los grandes actos de la vida romana, se encontraba en manos de los colegios pontificales, cuyos individuos suspendían una deliberación pública por la interpretación de un fenómeno meteorológico cualquiera, ó por la aparición real ó supuesta de un ave de mal agüero (1). La Pretura colocaba sus fórmulas por encima del derecho para templar sus rigidez, invadiendo de este modo indirecto, pero eficazmente, las atribuciones legislativas. Más poderosa todavía la Censura, á pesar de sus comienzos modestos, alteraba con sus inclusiones y exclusiones el personal de los diferentes órdenes del pueblo, y rehuía á su antojo en cada lustro la organización del Senado, el número de los caballeros y el ingreso en las tribus ó centurias, prestando solo para el ejercicio de tan omnimodo poder la responsabilidad moral de los senadores que la ejercían. Bien conoció Augusto la importancia real de este cargo, que, con apariencias de una mera estadística ó censo quinquenal, manejaba los resortes oficiales de la República, cuando al dejar subsistentes todos los demás, incluso el tribunicado, se apresuró á suprimirlo por completo, como incompatible con las facultades de que se le había revestido. Figúrenos dos hombres políticos que cada cinco años tuviesen el derecho discrecional de separar de los cuerpos deliberantes á aquellos que en su concepto no mereciesen representar al país ó por su conducta ó por la aminoración de su fortuna, y que de igual manera quitasen el voto á los electores relegándolos á una posición en que su intervención fuera ineficaz ó nula. Figúrenos que además de esta prerogativa de eliminación, gozaran también de la de llenar las vacantes que dejaban en las Asambleas y en las listas electorales. En un país así regido, ¿quién sino estos dos hombres podrían llamarse soberanos? Pues tal era la Censura romana, cuya falta echan de ménos algunos escritores arcaicos en las instituciones modernas, ilusionados quizá por la mesura y templanza con que solía ejercerse, pero que en nada disminuye lo peligroso de su existencia en un sistema político regular y en medio de las ardientes pasiones de los partidos.

Es circunstancia particular y digna de llamar la atención la de que en Roma nada se suprimía ni anulaba con el desarrollo progresivo de su gobierno y con la entrada de los nuevos elementos que venían á constituirlo. Diríase que en la acumulación y concurrencia de derechos y funciones se buscaba una compensación entre los intereses y las clases que formaban aquella sociedad; pero como los límites no estaban bien trazados y el movimiento político ensanchaba ó disminuía las órbitas en que cada uno se movía, según la opinión preponderante, todos encontraban en la legalidad existente, en el uso ó en la costumbre un apoyo para sus encontradas aspiraciones. Llegando á convertirse en confusión lo que debía ser armonía, y en piedra de escándalo lo que parecía prudente y fiscalizador temperamento para mantener el equilibrio. Aun tenían vigor para muchos actos públicos y privados las Curias primitivas de Rómulo, si bien simbolizadas; las ventas y emancipaciones aplicadas al estado civil de las personas, y otra multitud de solemnidades que se avenían mal con las más recientes disposiciones y las ideas á la sazón dominantes. Cada elemento social poseía un verdadero privilegio de poder legislativo, que siendo de su influjo particular trataba de aplicar á los demás para dominarlos, y que unas veces hallaba resistencia y otras aceptación, no por su mayor ó menor legalidad, sino por la energía con que sabía imponerse. Los plebeyos lanzaban sus plebiscitos á propuesta de los tribunales, y el Senado contestaba á veces con su Senado-consulto. Leyes centuriadas dieron á los primeros valor legal obligatorio para todo el pueblo, y sin embargo, los patricios sostuvieron durante mucho tiempo después, que no les comprendían sus prescripciones. En cambio el Senado hacía admitir como reglas generales de

jurisprudencia los acuerdos que tomaba, llamándoles de *autoridad*, á despecho de la oposición y del veto de los tribunales. Al principio de estas inacabables contiendas la plebe se retiraba á las colinas inmediatas, amenaza de separación que más de una vez hizo deponer la cólera á los orgullosos patricios cuando la ciudad contaba escaso número de hombres para defenderse; pero más tarde este procedimiento fué abandonado por inútil, y las querellas se ventilaban con la espada y el puñal en las calles de Roma, si antes la intriga y el dinero no lograban aplacarlas. El ménos fuerte cedía por de pronto, saiva la reserva de reiterar sus pretensiones en momento más oportuno, y el más astuto principiaba ya desde el momento mismo de su derrota á disponer los medios de tomar una revancha. Roma no disfrutaba de tranquilidad interior más que cuando su existencia estaba amenazada por sus enemigos y cuando el patriotismo deponía sus rencillas intestinas ante el altar de la patria. Fuera de estos períodos, vivía en permanente agitación, casi siempre estéril, porque no logró nunca fijar de un modo definitivo y permanente sus instituciones políticas. Patricios y plebeyos, romanos é italianos, ciudadanos y provincianos, sostuvieron largas y sangrientas luchas en pró de sus derechos y de la participación que les correspondía en el gobierno del mundo; y al cabo de algunos siglos, después de la sangre derramada á torrentes, á pesar de las concesiones arrancadas por unos y por otros, cuando finalizaba el siglo XVII y la República había destruido todos los obstáculos exteriores y dilatado sus conquistas, el sistema carecía de sólidos cimientos, la corrupción se había hecho dueña del Foro, el desorden había tomado inmensas proporciones, las leyes se contradecían, las magistraturas se estorbaban unas á otras, las facciones alternaban en la tiranía, los nobles se habían entregado á los placeres y el pueblo á la disolución, el descontento era general, y la autoridad no tenía más representación que la espada de un general victorioso.

(Se continuará.)

AUGUSTO ULLOA.

LA SENTENCIA DE MUERTE DEL MARISCAL BAZAINE.

Francia, la gran nación, había llegado en los últimos tiempos del postrer imperio á un punto de grandeza material solo proporcionado á su decadencia moral, lógico resultado de la falta de un ideal en la frente del pueblo. El arte no era la aspiración de todos, como con Francisco I, ni la unidad del poder, como con Luis XIV, ni la predicación armada de la libertad, como en 1792.

El país había menester descanso á las convulsiones socialistas del 48; creyó encontrarlo sometiendo al imperio militar que un hombre le imponía, y se abrazó al sable del dictador, sin sentir que al agarrarlo se hería y desangraba.

Luis Napoleon veía inseguro un poder fundado sobre la estrecha base de las puntas de sus bayonetas, y entretenía á un pueblo eternamente calavera y niño con las magnificencias de la moderna Babilonia, con la guerra de Oriente, la unidad italiana, la aventurada expedición de Méjico, la católica ocupación de Roma ó las grandezas del mundo entero, congregado en pacífico torneo á orillas del Sena, que veía afluir continuamente á la ciudad del César millones de obreros, siempre discolorados cuando ociosos, pero que siempre gritaban ¡Viva el emperador! cuando del emperador recibían trabajo y con el trabajo pan.

Así, París veía en pocos meses caer y levantarse barriadas inmensas, trocarse en anchos *boulevards* callejuelas sombrías, puentes soberbios tendidos sobre el Sena, cerros terraplenados y convertidos en jardines, y orlado todo de verdura é iluminado por la noche con bosques de gas, cuyo resplandor anunciaba á larga distancia la capital del mundo moderno.

(1) *Jeve tonante eum populo agere nefas.*

¡Francia, entretanto, creía poder contar el día de la lucha por centenares sus regimientos y por miles sus cañones! ¡Caro había de pagar el error! Se consumían inmensos tesoros, y todos se olvidaban que el pequeño reino de Prusia, desgarrado por el capitán del siglo, crecía poco a poco y a costa de cuanto le rodeaba; á costa del diplomático imperio austriaco, de la infeliz Polonia, de Dinamarca, de las ciudades libres de Francfort y Lubbeck, llevando en la conciencia la idea de la unidad germana, en el corazón el sentimiento de la venganza, y entre sus hombres el mejor discípulo de Maquiavelo, Bismark, uno de los grandes estratégicos del siglo, el conde de Moltke, y un rey verdaderamente militar, que conservaba vivo el recuerdo de su madre implorando de rodillas, á los pies de Napoleón, la conservación de Prusia en el mapa europeo.

Francia, envuelta en el vapor de sus orgías, entre la espuma de todos los vinos, el sabor de todos los manjares y los besos de las parisienses, nuevas *hétaras* griegas, reía mientras Alemania pensaba y vaciaba sus hombres en el bronce de la guerra. Y en tanto los cañones Krupp se fundían, París levantaba altares al barón Bismark en las columnas de *La Liberté*, á Theresa en los Campos Eliseos y á Offembach en los teatros de los *boulevards*. La gran nación, como ella se ha llamado, olvidaba que su pasado, su historia, han comprometido su porvenir, y que los pueblos, cegados por su propio esplendor, se encuentran siervos de otros al volver del letargo que produce la plétora de vida.

Así las cosas, la conciencia del pueblo resucitaba, el trono vacilaba, el plebiscito llega; con él miedo al corazón del César, que entonces decide la guerra. Quizá engañado, engaña también al país, busca un pretexto, lo encuentra en la candidatura del príncipe Leopoldo al trono de España, y el pueblo entero pide con entusiasmo la pelea. Sí; la guerra fué popular. Los imperialistas esperaban con el triunfo el afianzamiento de la dinastía; los republicanos, quizá con los desastres, la reconquista de la República.

En vano Thiers, Fabre, Pelletan y aun Gambetta hablaron el lenguaje de la razón: su voz se perdió entre el estruendo de los cañones y la voz de los cortesanos. El entusiasmo fué inmenso; miles de banderas esmaltaron las calles, los balcones, las plazas; sobre las puertas de muchas tiendas se leía esta arrogante inscripción: *Cerrada hasta nuestra entrada en Berlín*. El vértigo se apoderó de todo un pueblo, la *Marsellesa* es como el preludio de la victoria y las turbas se la hacen cantar en una calle á María Sass, la gran artista de la Ópera, á Faure el *Rhin alemán* de Alfredo de Musset.

La lucha empieza y con la lucha los desastres; cada campo de batalla es el cementerio de un ejército francés; la guerra se trueca en invasión, un pueblo cae sobre otro como un alud humano: primero Saarbruck, Greiswiller, Reischöfen, Saint-Privat, Strasburgo y Amiens; después Toul, Laon, Sedan, Metz, y por fin París. Las águilas francesas caen en poder de los batallones prusianos y sólo un momento de esperanza aliena al país cuando corre de boca en boca la noticia de que Bazaine es el jefe superior del ejército.

Y en verdad que el pasado de Bazaine es glorioso; justificaba esta esperanza.

Sienta plaza de soldado en 1831, y es en 1832 sargento; tres años después teniente condecorado con la Legión de Honor en el campo de batalla. En 1837 viene á España, enton-

ces, como hoy, víctima de una guerra civil, hija del clericalismo y la ignorancia, y después de encuentros gloriosos vuelve á Argel con el grado de capitán. En 1848 es teniente coronel, manda luego el primer regimiento de la legión extranjera en la guerra de Oriente, y entonces Canrobert y Pelissier ven ante los muros de Sebastopol que Bazaine es un militar valiente, heroico, al par que un gran organizador, que Francia emplea más tarde en inspeccionar varias divisiones de infantería. En 1862 recibe el mando de la primera división del ejército expedicionario de Méjico, y poco después sucede al mariscal Forey en el mando superior de los batallones franceses, al frente de los que entra en la capital del teatro de la guerra. Arroja á Juárez hasta las fronteras, toma á Oajaca, hace 7.000 prisioneros y organiza las contraguerrillas, que al mando del coronel Dupin, igualan en ferocidad á los indígenas.

Pero Francia desiste de aquella calaverada que destruía sus hombres y mermaba su oro. Bazaine declara la lucha inútil, el imperio en Méjico imposible, como Prim lo había comprendido antes, vuelve sus águilas hacia la madre patria y se embarca en Veracruz con todo el cuerpo expedicionario. Ya desde 1864 era mariscal del imperio y senador por derecho propio. Cinco años después se le entregaba el mando de la guardia imperial, y desde el 63 era gran coronel de la Legión de Honor.

A este hombre entregaba la patria sus destinos. ¡Pero en qué momentos! Cuando una inundación de sangre anegaba la tercera parte del país; cuando muy importantes fortalezas estaban cercadas ó se habían rendido; cuando las armas y los convoyes caían en poder del enemigo, cuando las bombas rasgaban las nubes de polvo que ellas mismas engendraban al caer silbando sobre las góticas torres de Strasburgo. Fué más, cuando al desorden intelectual, á la confusión de la derrota, á la desmoralización y al escepticismo se unían los ecos del ruido que hace un trono al derrumbarse, aunque sea envuelto entre el desprestigio de la derrota.

En tales momentos tomaba Bazaine el mando del ejército y de la mejor fortaleza de Francia. Su nombre suena por vez primera en la guerra el 21 de Julio de 1870, y apenas llega á las fronteras, teniendo á sus órdenes un cuerpo de ejército, cuando el encuentro de Saarbruck, al que asisten Luis Napoleón y su hijo; le hace comprender que su presencia allí está anulada por la del emperador y su heredero.

El día 5 de Agosto el 2.º, 3.º, y 4.º cuerpo de ejército quedan bajo sus órdenes; pero cuando las tropas francesas habían ya sentido el peso y la vergüenza de la derrota: la víspera, el general Douay moría sorprendido y despedazado en Wisemburgo, donde 8.000 franceses lucharon contra 25.000 prusianos. El día 6, Mac-Mahon pelea con 35.000 hombres contra doble número de enemigos y es vencido. Bazaine entonces se dispone á encerrar en Metz sus tropas, y el 13 del mismo mes toma el mando superior del ejército, que arroja un total de 180.000 hombres bajo los muros de la plaza, y separado del ejército de Mac-Mahon por el príncipe Federico Carlos, quien con una muralla de 200.000 hombres, aísla á Bazaine de toda Francia, mientras ella pone en él su última esperanza, y el resto de las tropas enemigas penetra en el corazón del territorio, bloqueando la capital desde el 15 de Setiembre.

Volar en socorro de París era irrealizable, había para ello que romper las líneas enemigas y consumir un

heroico sacrificio, ya que la victoria era imposible.

Entonces presentaba Francia el más desgarrador espectáculo que pueblo alguno en la historia de las vicisitudes humanas.

La gran ciudad presa en el inmenso círculo que formaban las líneas prusianas, Metz sirviendo de corcel al mejor ejército del país, pudiendo intentar una salida, pero seguramente funesta, y cuyo resultado hubiera sido dejar caer sobre París, mucho antes de lo que sucedió, 200.000 prusianos libres de enemigos á la espalda y que añadiendo un triunfo más á los pasados enviarían en sus cañones los ecos de la voz de sus victorias.

Entretanto el gobierno de la defensa nacional hace prodigios, hace luchar al país por su independencia, pues el imperio había caído y el rey Guillermo aun se obstinaba en continuar la guerra.

Thiers, el ilustre anciano, va de córte en córte á Inglaterra, á Austria, á Rusia, á Italia, buscando para su patria una protección que la neutralidad hace imposible, y al par que los homenajes al patriotismo y al talento debidos, recibe las negativas que llevan al corazón del gran patriota el dolor profundo de hacer saber á Francia toda la vergüenza de su humillación. Entonces Strasburgo cae, Metz se entrega, todo se pierde á pesar de los esfuerzos del gobierno de la República.

Ningun poder se ha visto nunca rodeado de tantos desastres, amenazado de tantos peligros, expuesto á tantas vicisitudes como el presidido por Gambetta, que los vientos arrojan en un globo de París á Tours, desde donde hace frente á todas las necesidades, organiza ejércitos, electriza con la palabra *República* el corazón del pueblo, despierta á Francia del letargo en que el cesarismo la sumiera, y por un momento Aurelles de Paladine, Faidherbe y Chanzy, reaniman por un instante el abatido espíritu de la Francia.

Pero era tarde: Metz se había entregado ya. Colocada como una atalaya en la frontera. Rodeada por el Mosella que la estrecha en sus brazos, cuyas venas circundan el pié de aquellos formidables fuertes, y riegan pintorescos alrededores, que á la par pueblan la choza y la alquería, la quinta y el almacén, la fundición y la fábrica; Metz era como el centinela de la patria, colocado en el primer puesto de peligro. Allí se refugiaron para rendirse sin combatir más de 170.000 hombres, separados del resto del mundo por la inmensa y azulada cinta de los uniformes prusianos, que sombreaban con su oscuro tinte el sereno cielo de la Lorena.

Allí toda la táctica de un general estaba reducida á defenderse hasta el último extremo, dentro de la plaza, ó estrellarse en una salida contra las líneas prusianas, sin conseguir nunca reunirse con Mac-Mahon, volando en socorro de París.

La misión del general es hacer pacto con la victoria ó desposarse con la muerte, luchar, quemar el último cartucho, clavar el último cañón, volar con el último barril de pólvora el postrer peñasco en que se asienten las fortalezas de la plaza, oscurecer el sol de la victoria enemiga con las nubes del polvo y los escombros, abrasar en la llama del incendio las banderas, sembrar de sal la tierra que no se puede conservar, escupir la hiel de la agonía al vencedor sobre su frente orgullosa y escribir con la última palabra de la vida, la frase más gloriosa de la historia de un pueblo.

El deber militar prescribe el triunfo ó el suicidio; la capitulación es

siempre una deshonra, la rendición una vergüenza; la patria no cuenta jamás los hombres que le cuesta un nombre glorioso pero ¡ay del que vence y pierde un hombre! ¿Qué sucedía en Francia? Un pueblo entero se olvidó de sí propio, el cesarismo infiltró en sus entrañas una gangrena social verdaderamente bizantina, la inmoralidad fué la vida del ciudadano, la prevaricación la vida legal, el fraude la vida administrativa, la impericia la vida militar, la voz del que dejó asomar á sus labios la verdad, murió en ellos oprimida por la mordaza de la censura, el poder fué despótico, la patria un cadáver, cuyos movimientos galvánicos se dieron como latidos de fuerza, y cuando el enemigo entró á sangre y fuego, la invasión por norma, la victoria por lema, entonces á un hombre prisionero en un inmenso anillo de granito y bronce, que rodeaba el ejército más numeroso de los tiempos modernos, la patria le dice: «sálvame, corre á París, que el aleteo de tus águilas engendre el viento que mueva la rueda de la fortuna sujeta al carro del moderno Atila.»

Es decir, regenera en un día una generación enferma, hasta luchar por algo que no sea la tierra y el agua, dála un ideal y Francia te bendecirá; que si al pié de los muros de Metz compras para tu pueblo una victoria, él no te preguntará cuántos ríos de sangre has derramado, aunque le pagues con la vida de cien mil hombres, ni las lágrimas de cien mil madres; no importa, la sangre no empañará el brillo de tu espada; pero si no puedes vencer, entonces muere, porque el orgullo nacional no admite el divorcio con la victoria.

Y aquel hombre no lucha porque la muerte es segura, la victoria imposible, la derrota cierta: se entrega, y luego su país le encarcela, le provoca, le juzga y le condena.

La vanidad nacional llega hasta el crimen, pues llega hasta la ingratitude.

Francia cree que su gloria ha muerto al pié de Metz; arroja sobre el mariscal Bazaine toda la afrenta que han engendrado veinte años de miseria y podredumbre.

Una víctima expiatoria hace falta para que Francia resplandezca como severa y justa, y todos los errores, todas las culpas, todas las incapacidades se condensan en esta sola frase: ¡traición, nos han vendido!

La voz del pueblo sube á la Asamblea, esta delega su poder en un consejo de guerra, y la sentencia de muerte corre de boca en boca. Y llega por fin á ser un hecho.

Pero esto no basta, y sin que nadie se acuerde de que el reo entregó la plaza después de un consejo de generales, al que asistieron Canrobert, Ladmirault, Lebœuf, Frossard, Changarnier y otros, y para reivindicar y recoger el honor francés caído en tierra, se añade á la muerte la degradación; á la pena capital, inútil siempre y más inmoral cada instante de una vida de progreso, se añade la infamia de los tiempos bárbaros, la deshonra oficial.

Y sus hijos oirán decir mañana que hubo un día en que las gentes se agrupaban en una plaza con todo el oleaje de un océano vivo, que los cuerpos del ejército acudían, á son de caja, á presenciar el tremendo escarmiento, que el reo escuchaba la sentencia, y la sentencia se cumplía.

El bastón de mariscal se hacía astillas; las eharreteras caían al suelo de donde se habían recogido, quizá con las manos atravesadas por las talas; la espada de Africa, de España, de Italia, de Crimea, de Méjico, lanzaba, al verse rota, con su estallido la última nota del dolor; las cintas rojas que cubrían el pecho, y solo

eran el recuerdo de la sangre que brotaron las heridas, se aranean. Francia se envilece con el envilecimiento de un general: una madre se deshonra con el deshonor de su hijo. La víctima expiatoria se había encontrado; pero la faja de un general es estrecha mortaja para servir de sudario a un pueblo entero.

JACINTO OCTAVIO PICON.

PEPAY.

Pepay es una *dalaga* de 18 años, su cutis es moreno bronceado, sus ojos negros y brillantes, su nariz chata, su frente aplastada, no es alta, ni baja, ni delgada ni gruesa, sus formas se dibujan vagamente contorneadas, por su tapiz negro de lana, plegado a la cintura, una saya de percal a grandes rayas blancas y rojas y una camiseta de *sma-mai* deja adivinar un seno no es su seno poco abultado todavía.

El cabello de *Pepay* es lo más notable de su persona, negro como la selva en una noche oscura, parece cubrirla como un manto, cuando destrenzado le ostenta sobre su espalda y cae hasta sus pies.

En el momento que la contemplamos se halla a la puerta de su *bajay* de nipa, sentada en esa postura característica de los pueblos orientales *Pepay* está en cucullas y al parecer arrobada en deliciosos pensamientos. La joven tiene un periódico en la mano y lee con una atención verdaderamente notable.

¿Que podrá decir aquel papel tan interesante para la bella ondina del estero? ¿Será acaso una declaración de amor en letras de molde? ¿O tal vez alguna poesía tierna, sentimental y arrobadora, que logra cautivar el corazón de la *dalaga*?

No es nada de eso, pero sí mucho más, es un artículo del *Diario* en que se pinta con los colores de la pasión y la llama brillante del entusiasmo, el tipo de la india elevando su hermosura a la apoteosis y su constancia, su desprendimiento y su inteligencia hasta la región de lo desconocido.

Pepay lee una y otra vez el artículo, procura grabar en su memoria todas las frases encomiásticas, todos los conceptos elevados del escrito y exclama por fin:

«Es verdad, señor *Ratelán*, es verdad, V. nos hace justicia, V. ha comprendido que nuestro corazón es sensible como el de la tórtola, sin hiel como el de la paloma, crédulo como el primer amor, dulce, apasionado ó celoso según las circunstancias, constante como las monzones y terrible como el de la leona, cuando se encuentra herida.

Pepay queda un momento abstraída, después deja caer el papel de las manos y conservando la inmovilidad de su postura eleva al cielo su mirada para dejarla caer después, al mismo tiempo que una lágrima resbala por sus mejillas morenas. La joven se limpia aquella muestra de debilidad con el dorso de la mano izquierda y después permanece en su abstracción.

Escitada, nuestra curiosidad por la sensibilidad de la *dalaga* tomamos el periódico y en efecto damos con el motivo que ha puesto pensativa a la joven.

Tratábase del artículo publicado el domingo último en el *Diario* con la firma de *Ratelán*.

Este es un anagrama, dijimos para nuestro capote y dedicándonos a las permutaciones y combinaciones dimos al parecer con el nombre del autor.

Después emprendimos la lectura del escrito y por su estilo, por la brillantez de las imágenes, por lo escogido de las metáforas y por las apreciaciones encomiásticas que le adornan, comprendimos que *Ratelán* con su alma de poeta se elevaba hoy al empuje de las ilusiones, lo mismo que cuando tenía 18 años y no se habían cruzado en su camino las espinas y los desengaños.

Es producto la *india* que describe de la rica imaginación de un poeta.

Ha soñado ese tipo como Chateaubriand su *Atala*, como Lamartine su *Graziela* ó como Goethé su *Margarita*?

Sin embargo hay párrafos en el escrito aludida, como los siguientes.

«Porque la india, sobre ser el encanto, es el alma de este país.

Ella resume lo inteligencia, la actividad y la iniciativa del hombre a quien

domina de quien dispone a su antojo:

La india representa la vida del pueblo mejor dicho ella es el pueblo.

La india casada con el indio es un carácter.

La india casada con el europeo es mas que un carácter: es un modelo.

Es leona que embiste si la hieren los celos y ángel amoroso y enamorado si la ampara el cariño.

Su amor se perpetua hasta el sepulcro.

En la soledad de su hogar; entre sus amigas, se espresa en tagalog y por cierto con una gracia, una armonía y un dejo especial.

La familia es su encanto.

El trabajo su orgullo.

La religion su esperanza y su bien.

Si es madre, el amor maternal es su vida.»

Hasta aquí el Sr. *Ratelán*. Su escrito literariamente considerado es bueno como todos los que salen de su fácil pluma, pero es verdad toda la belleza que describe?

Pepay aplaude la concepción del poeta y hasta imagina abrir en su día una suscripción con objeto de levantarle una estatua en las inmediaciones del *Carenero*.

Y *Pepay* es mujer para hacer lo que dice, tiene mucha resolución, su aire es marcial, mueve los brazos con desembarazo.

Pepay es indiferente a cuanto la rodea y lo mismo la dá tener riquezas y comodidades que vivir pobremente, pero siempre libre en su *bahay*.

Todas las mañanas esté alta ó baja la marea, se baña a tabo en el estero y todas las noches juega al *panguingui* y pierde ó gana, pero nunca se hazara por ello.

Es una naturaleza privilegiada é inespugnable a los quebrantos de la vida.

A la mala suerte o pone la indiferencia y la fortuna misma no la haria sonreír.

No obstante *Pepay* llora a veces por cualquier bagatela.

Entre *Pepay* y la india descrita por *Ratelán* comparen VV.

Por mi parte me labo las manos y dejo a mis lectores en libertad de dictar su fallo inapelable.

P. P.

EL MARISCAL BAZAINE.—Los periódicos franceses solo se ocupan de la sentencia del Consejo de guerra de Trianon en el proceso formado al mariscal Bazaine y llenan sus columnas con los detalles de las últimas impresiones recibidas.

Hé aquí los términos en que está concebida la sentencia.

«En nombre del pueblo francés: Hoy 10 de Diciembre de 1873 el primer Consejo de guerra de la primera division militar reunido en sesión secreta y con arreglo a la ley ha deliberado sobre las preguntas siguientes que le han sido sometidas por el presidente:

1.º ¿El mariscal Bazaine es culpable de haber firmado una capitulación el 28 de Octubre de 1870 hallándose al frente de un ejército y en campo raso?

2.º ¿Esta capitulación ha dado por resultado que dicho ejército se haya visto obligado a deponer las armas?

3.º ¿El mariscal Bazaine ha hecho antes de firmar la referida capitulación cuanto le prescribían el deber y el honor?

4.º ¿El mariscal Bazaine es culpable de haber capitulado el 28 de Octubre de 1870 con el enemigo y entregado la plaza de Metz, de la cual tenia el mando superior, sin haber apurado todos los medios de defensa de que disponia y sin haber hecho lo que le prescribían el deber y el honor?»

Recogidos los votos separadamente empezando por el juez de más moderna graduación y después de emitir su voto el último, el presidente, el Consejo declara:

A la 1.ª, 2.ª y 4.ª pregunta: «Sí» por unanimidad.

Por tanto, y atendidas las conclusiones expuestas por el comisario especial del Gobierno en su petición, el presidente ha leído el texto de la ley y recogido de nuevo los votos en la forma expresada para la aplicación de la pena.

En su consecuencia el Consejo;

Vistos los artículos 210 y 209 del Código penal militar, que dicen:

«Art. 210. Todo general ó jefe de ejército armado que capitula en campo raso, será castigado:

1.º Con la pena de muerte con degradación militar si la capitulación ha tenido por resultado hacer deponer las armas a sus soldados, ó si antes de tratar verbalmente ó por escrito no ha hecho lo que prescribían el deber y el honor.

Art. 209. Le será impuesta la pena de muerte con la degradación militar a todo gobernador ó jefe que, sometido a un juicio despues de oído el dictamen de un consejo de información, sea reconocido culpable de haber capitulado con el enemigo y entregado la plaza que le estuviere confiada, sin haber agotado todos los medios de defensa de que pudiera disponer y sin haber hecho todo cuanto le prescribiera el deber y el honor.

Condena por unanimidad a Francisco Aquiles Bazaine, mariscal de Francia, a la pena de muerte y degradación militar;

Y visto el art. 138 del Código penal militar, que dispone:

Art. 138 Si el condenado fuese miembro de la órden nacional de la Legion de Honor ó estuviere condecorado con medalla militar, la sentencia declarará, en los casos previstos por las leyes, que deja de pertenecer a dicha órden y de estar condecorado con la medalla militar.

Declara que Francisco Aquiles Bazaine deja de pertenecer a la Legion de Honor y de estar condecorado con la medalla militar;

Condena además al pago de gastos al Estado, en virtud del art. 139 del Código militar; y

Previene al comisario especial del Gobierno que dé inmediatamente lectura al condenado del presente fallo, ante la guardia armada, y le advierta que la ley concede veinticuatro horas para apelar a la sentencia.»

El general Bazaine no asistió a la lectura de este documento, permaneciendo en sus habitaciones rodeado de toda su familia.

Cuando su ayudante el coronel Vilette entró y le dijo al oído: «Estais condenado a muerte por unanimidad,» el mariscal se levantó, y dirigiéndose a su familia, dijo a su vez: «Y bien, estoy condenado a muerte.»

A poco llegaron el general Pourcet y otros funcionarios, y le leyeron el fallo. Pourcet añadió: «Señor mariscal, teneis veinticuatro horas para prepararos.» Miróte a la cara el sentenciado, y contestó: «Si quereis fusiarme ahora, me es igual, estoy dispuesto.»

Una gran parte de la prensa de París calificaba de implacable la sentencia pronunciada contra el vencido de Metz.

La *Liberté* dice que no sabe si el mariscal Bazaine consentirá en aprovechar el resto de la vida, la sombra de existencia que se trata de ofrecerle y que tendria que ir a ocultar en algun oscuro rincón del suelo extranjero.

Cuando se le notificó al mariscal la sentencia de muerte con todas las solemnidades necesarias, dirigiéndose al fiscal, le preguntó: «No hay nada más?» Y ante su respuesta negativa, indicando ya que no apelaría del fallo, dijo que estaba pronto a ir al suplicio, y que cuanto más pronto, mejor. Se retiró en seguida a sus habitaciones, dedicando la noche a poner en órden sus asuntos.

Más sensación, aparentemente, causó la noticia al mariscal Mac-Mahon, quien despachaba con el duque de Broglie. Sin duda no esperaba que el fallo del Consejo de guerra fuese tan terrible, y al oírlo, cayó sobre su sillón ocultando en sus manos la cabeza encanecida y casi sollozando.

Horas despues, el duque de Aumale que en seguida marchó a tomar el mando de su cuerpo en el ejército en el Franco-Condado, ponía en sus manos, apoyándolo fuertemente la siguiente petición unánime de los generales que firmaban el Consejo:

«Señor ministro: El Consejo de guerra ha juzgado al mariscal Bazaine.

«Jurados, hemos resuelto las cuestiones que se nos presentaban, no escuchando sino la voz de nuestra conciencia. No hay para qué recordar la larga discusión que nos ha ilustrado. A Dios

solo debemos cuenta de los motivos de nuestra resolución.

«Jueces, hemos debido aplicar una ley inflexible, que no admite ninguna circunstancia que pueda atenuar un crimen contra el deber militar.

«Pero las circunstancias que la ley nos prohibia invocar al emitir nuestro veredicto, tenemos el derecho de indicárselas.

«Os recordaremos que el mariscal Bazaine ha tomado y ejercido el mando del ejército del Rhin en medio de dificultades inauditas, y que no es responsable ni del desastroso principio de la campaña ni de la elección de las líneas de operaciones.

«Os recordaremos que siempre se ha encontrado en el fuego; que en Borny, Gravelotte, Noisseville, nadie le sobrepujó en valor, y que el 16 de Agosto, por la firmeza de su actitud, mantuvo el centro de la línea de batalla.

«Considerad los servicios del voluntario de 1831; contad las campañas, las heridas, las acciones brillantes que le han hecho merecedor del baston de mariscal de Francia.

«Pensad en el largo arresto que ha sufrido; en el suplicio de dos meses, durante los cuales ha oído diariamente discutir su honra en presencia suya, y os unireis a nosotros para rogar al presidente de la República que no deje que se cumpla la sentencia que hemos pronunciado.

«Recibid, Excmo. señor, la seguridad de nuestro respeto.—El presidente, H. de Orleans.—Los vocales: general de la Motte Rouge, general baron de Chabaud La Tour, general J. Tripiet, general Princeteau, general Ressayre, general de Malroy.»

El pueblo, que, fundado en estas consideraciones, no esperaba una sentencia de muerte, cuando leyó esta petición exclamó que todo era una comedia arreglada de antemano, pero comedia muy terrible.

Entre tanto Bazaine dirigió a su ilustre abogado defensor una carta, que es la expresión de los levantados sentimientos que todos, hasta sus mismos enemigos, han admirado en el mariscal en el largo período en que ha comparecido ante el Consejo.

Hé aquí esa carta, que honra, dice *La Liberté*, tanto a quien la ha escrito como al que va dirigida:

«Mi querido y animoso defensor:

Antes de la hora suprema quiero daros gracias con toda la efusión de mi alma por los esfuerzos heroicos que habeis hecho para sostener mi causa. Si los acentos de la más alta elocuencia, que os inspiraba el sentimiento de la verdad y la abnegación de vuestro noble corazón, no han podido convencer a mis jueces, será porque no podian vencerse, porque con vuestra admirable palabra habeis sobrepujado al esfuerzo humano.

No apelaré de mi sentencia. No quiero prolongar ante el mundo entero el espectáculo de una lucha tan dolorosa, y por tanto os ruego que no deis paso alguno en mi favor.

No es ya a los hombres a quienes pido que me juzguen: del tiempo, de la calma de las pasiones, es de lo que espero mi justificación.

Firme y resuelto, fuerte con mi conciencia, que nada me echa en cara, espero, pues, la ejecución de mi sentencia.—MARISCAL BAZAINE.—Trianon-sous-bois 11 Diciembre 1873.»

El día 12 publicó el *Journal Officiel* la siguiente disposición:

«Conforme a lo dispuesto en los artículos 141 y 143 del Código penal militar, habiendo dejado el mariscal Bazaine trascurrir el plazo para apelar de la sentencia, lo dispuesto en ella es irrevocable.»

A continuación de esta inserta el citado periódico la de conmutación de pena, concebida en estos términos:

«A propuesta del ministro de la Guerra, el presidente de la República ha conmutado la pena de muerte pronunciada contra el general Bazaine en veinte años de detención, que empezarán a contarse desde este día, dispensándole de las formalidades de la degradación militar, pero no de sus efectos.»

Parece que M. Thier había escrito también a Mac-Mahon pidiendo una gracia que en el estado del espíritu pú-

blico no ha podido sin duda ser más amplia.

La fortaleza elegida para la prision del mariscal Bazaine durante el resto de sus días, pues tiene 66 años, es la isla de Santa Margarita, á corta distancia de Cannes y Niza, punto casi deshabitado, pero donde disfrutará de una hermosa temperatura, y donde podrá acompañarlo su desconsolada familia.

Esta isla está situada enfrente de Cannes, á dos kilómetros de la costa. Su extensión es de unos seis kilómetros y de 1.500 metros próximamente de ancho. El fuerte, único punto habitado de la isla, está en la punta del Este. Al otro extremo hay un gran jardín con cerca, en el que se crían hermosos naranjos. El resto de la isla lo constituye un bosque de encinas y robles.

Mad. Bazaine, mientras los jueces fallaban el proceso de su marido, estaba orando en el templo con su hijo de seis años.

Después que supo la sentencia por el obispo de Orleans, se retiró al convento de San Salvador, y el niño pasó á acompañar á su padre con algunos oficiales que le han permanecido adictos.

Mad. Bazaine, al decir del *Gaulois*, es de un carácter de acero. «Se ve en ella, añade aquel periódico, la a tiva raza española, en la que la muerte no inspira miedo á nadie, y cuyas mujeres, lejos de afligirse con vanas lamentaciones, marchan llevando la cabeza erguida, y animan á los hombres para morir dignamente.»

La condenación á muerte de un mariscal de Francia tiene numerosos precedentes en la historia francesa. Abre la lista de estos suplicios, con la diferencia de que no se vieron conmutados en prision, el mariscal de Retz, llamado por el pueblo de París *Baba Azul*, y ajusticiado en Nantes en 1440 por haber cometido, decía la sentencia, crímenes terribles. Le sigue el conde de Saint-Paul, condestable de Francia, decapitado en la plaza de Greve de París en 1475 por conspiración contra el terrible Luis oncenno. Le sucedió en el cadalso el célebre duque de Byron, el íntimo amigo y compañero en su juventud de Enrique XIV, mezclado más tarde en las tramas contra el rey de Francia, y á quien el fundador de la dinastía de Borbón llevó con gran pena al patíbulo en 1602. Murió en la Bastilla cuando solo tenía 40 años. El duque de Montmorency, que solo contaba 37, fué decapitado en el capitolio de Tolosa en 1632. El mariscal de Marillac lo era en el mismo año y en la plaza de Greve de París, logrando Richelieu con estas ejecuciones afirmar su poder.

El mariscal baron de Luckner y Felipe de Noailles, duque de Monchy, fueron ya víctimas de la revolución francesa en 1794; este último por haber defendido lealmente á Luis XVI. Por último, en el reinado de Luis XVIII, cayó en 7 de diciembre de 1815 la cabeza del joven mariscal Ney, príncipe de la Moskova. Los partidarios de Bazaine dicen que Dupont, condenado después de la capitulación de Bailén, fué luego jefe de los ejércitos de Francia.

CONTRA PEREZA, DILIGENCIA.

EJEMPLO.

I.

Había en una pequeña aldea, cuyo nombre no hace el caso, dos hermanos sencillos, labriegos que, habían recibido de su padre una herencia muy regular, consistente la mayor parte en viñedos y huertas frondosísimas que bañaba con su rico caudal el río Henares.

Cosme y Damian se llamaban los dos hermanos; eran gemelos y se parecían muchísimo físicamente, hasta el punto de confundirse en el pueblo, pero en cuanto á las cualidades intelectuales y morales, eran el reverso de la medalla el uno del otro.

Cosme aplicado, laborioso y de inimitables costumbres, se dedicó desde su niñez al cultivo de la labranza, mereciendo por esto el dictado de záfio y lugareño con que le designaba

siempre su hermano, que era enteramente opuesto á todo trabajo corporal.

Su bondad, hija de un corazón sano y honrado, era extremada y le hacía escuchar con indiferencia los sarcasmos y las burlas de que era objeto, contentándose por toda venganza con decir muchas veces á Damian:

—Sí, yo seré záfio y todo lo que quieras, pero tú con esa vida que haces de pereza y holgazanería, nunca harás prosperar tus heredades, y ten cuidado con ellas, mira que, «hacienda tu dueño te vea y si no que te venda,» como dice el refrán, y tú la tienes enteramente abandonada como si el trabajo no fuera elemento principal para la riqueza.

—¿Qué sabes tú, necio, le contestaba amostazado su hermano: yo tengo quien cuida de todo, y además ¿quieres que viva como tú que ni siquiera sabes la cartilla?

—Sé lo bastante para manejarme. Creo que un labrador como yo y como tú, con saber el catecismo para enseñar á nuestros hijos la doctrina cristiana y las cuentas de comprar y vender para que nadie los engañe, sabe lo bastante.

—Claro, y si te preguntan que donde está Francia, dirás que en los cuernos de la luna.

—¿Y á mí que me importa? Cada uno en su oficio es maestro, y yo no necesito saber otra cosa que cultivar la tierra y hacerla producir muchos y buenos frutos. El que de todo quiere entender, nunca sabrá nada bien, por aquello de oficial de todo, maestro de nada.

—Ea, pues á mí no me vengas con tus sermones y tu gramática parda; yo hago mi gusto y no admito consejos de nadie, mucho menos de un tonto de capirote como tú.

—Pues hijo, con tu pan te lo comas, contestó Cosme con su santa paciencia; yo sigo en mis trece, trabajo y actividad, labran la prosperidad.

II.

Y en efecto así siguieron; Cosme estaba en el campo antes del alba, vigilando á sus trabajadores y trabajando él también, sin importársele un ardite; por la noche se pasaba un par de horas en casa de su novia que era una joven aplicada y hacendosa como él, y después se marchaba á acostar, pensando siempre en el dichoso día de su casamiento que habían fijado para un plazo no lejano.

Por su parte Damian no iba nunca al campo, se levantaba á las diez de la mañana y se marchaba á la puerta de la iglesia á ver las muchachas que salían de misa mayor; después hacía su visita diaria al boticario, al cura y al escribano, que tenía una hija la más guapetona y más elegante del pueblo, con quien Damian tenía relaciones.

Las tardes solía pasarlas leyendo en la orilla del río ó pescando, afición generalmente comun en todos los holgazanes. Volvía al anochecer y era de rigor el ir á casa del alcalde ó á la del boticario á echar un *mediator* ó una *malilla* hasta las diez ó las once de la noche.

III.

Así pasó un año. Al cabo de este tiempo y cumplido el luto que los dos hermanos llevaban por su padre, se casaron ambos; teniendo Cosme en Teresa una mujer que le ayudase á hacer prosperar su hacienda y Damian en Sofía un nuevo motivo para gastar infructuosamente su dinero y su tiempo.

Mientras los primeros pasaban los días entregados al trabajo y las privaciones, iban los segundos de fiesta en fiesta y de pueblo en pueblo, bus-

cando la diversion y el placer que no hallaban en su casa.

La costumbre es en la criatura una segunda naturaleza, y los hábitos que se contraen en la juventud son muy difíciles de desarraigar en la edad madura. También es verdad que influyen las inclinaciones en nuestras costumbres. El que tiene un carácter flojo, no ama el trabajo y se deja seducir con frecuencia por los incentivos del placer. En cambio las personas activas y amigas del orden y la aplicación, viven en su elemento, desempeñando uno y otro día sus ocupaciones sin la menor molestia ni fatiga.

Las consecuencias de ambos sistemas no tardaron mucho tiempo en dejarse conocer en las casas de los dos hermanos, y fué la mayor desgracia para Damian el que su fortuna empezó á resentirse cuando se vió con familia. Entonces conoció el error en que había vivido, pero no pudo remediarlo; estaba lleno de compromisos, de acreedores que le asediaban, y sus tierras infecundas y estériles por falta de cultivo, no le producían lo bastante para sostenerse.

Ya era tarde para remediar el mal. Llevando cada día un puñado de tierra, se forma una montaña al cabo de cierto tiempo, pero si aquella montaña se necesita de repente, no es posible construirla en un día.

Así le sucedió á Damian; le vendieron sus propiedades para pagar á los acreedores, y viéndose sin criados, procuró trabajar, pero como no tenía costumbre y se entregó con demasiado ardor á tareas penosas, cayó enfermo.

Sus hijos le pedían pan y el infeliz no tenía ni un pedazo que llevar á la boca; estaban desnudos y descalzos, y no tenían dinero para comprarles ropa ni calzado.

Su mujer, que de todo entendía menos del arreglo de su casa, pasaba el día en las de las vecinas, lamentándose de la desidia y pereza de su marido que había dejado perder una hacienda tan pingüe como la suya. En lugar de ayudarle, le abrumaba con sus reconvenções y soportaba con muy poca paciencia su adversa suerte.

A tanto llegó su miseria que vendieron el último óliver que les quedaba, sin que por eso Sofía dejase su humor de gran señora, ni consintiese en despedir á la criada, ocupándose ella misma de los quehaceres domésticos.

Faltó el pan y faltó con él la armonía en aquel matrimonio, que siempre en querrela, se echaban en cara mutuamente la culpa de su desgracia. Teníanla ambos, pero no lo confesaban ó más bien no lo creían porque nadie conocemos nuestros defectos.

En este estado las disensiones internas llegaron á ser tan fuertes que, un día rodaron todos los cacharros de cocina y tuvieron que separarse.

¡Triste suerte!... ¡un matrimonio disuelto, una fortuna destruida, unos hijos abandonados!... Y todo por que faltó la base primordial de la casa, el trabajo, la economía, el orden; los tres elementos que sacan la nave del hogar á seguro puerto.

IV.

¿Qué hacen entre tanto Cosme y Teresa? Veámoslo.

A la entrada de la población y en la rivera del mismo Henares, había muchos años antes un pequeño huerto que heredó Cosme de su padre. A la sazón aquel huertecillo con su humilde choza se ha convertido en una posesion magnífica.

Cosme y Teresa llevaron un puñado de tierra cada día y formaron una montaña formidable. El con su traba-

jo y su actividad, ella con su economía y con su orden, fueron adquiriendo poco á poco terrenos circunvecinos y ensanchando su casa en términos de que Cosme era el propietario más rico de la población.

Todas las fincas que vendió su hermana, fueron á su poder y otras muchas que se adquirió honradamente.

Cuantas veces pretendieron socorrer á Damian y á Sofía, lo rechazaron estos con altanero orgullo, porque en sus locas esperanzas se imaginaban de un momento á otro reconstituida su fortuna, por un golpe de azar, por uno de esos acontecimientos impensados, caprichos de la suerte que torna de repente, á un mendigo en poderoso banquero.

Lastimados naturalmente por la repulsa, no volvieron á intentar adelantarse, esperando que fueran abajo aquellos castillos de naipes y entonces los buscarían implorando su socorro.

Para nada los necesitaban, eran felices; tenían riquezas, paz y se profesaban un amor sin límites; amargando únicamente tan pura dicha, su eterna soledad, pues no les concedió hijos el Señor, esos pequeños ángeles que son el himeneo.

Teresa suspiraba muchas veces.

—¡Ay! decía; Damian y Sofía riñen y son desgraciados, teniendo dos hermosos niños; ¡si yo los tuviera!

—Quizá no fueras tan feliz, la contestaba su marido. Cuando Dios no nos otorga esa gracia, será que no nos hagan falta.

—¡Es verdad!... Yo acato resignada su poderosa voluntad, decía Teresa, sonriendo y mirando al cielo con muestras de inmensa gratitud.

Así pasaron muchos años. Damian y Sofía se marcharon cada uno por su lado; él consiguió en unas salinas un empleo de poquísimos sueldo que apenas le bastaba para mantener á sus hijos. Ella siempre ávida de placeres y de grandezas, entró á servir de doncella en casa de una marquesa.

V.

Era una fría y nebulosa tarde del mes de Enero. Había nevado copiosamente en el país y estaban los caminos con una cuarta de nieve.

Esta circunstancia hacía imposibles las labores agrícolas, de manera que al anochecer estaban reunidos en la plaza la mayor parte de los labradores del pueblo.

Cosme que era el alcalde aquel año salió á dar algunas disposiciones para que en cuadrillas de jornaleros fuesen quitando la nieve que obstruía las calles y los caminos, haciendo estos impracticables, sobre todo el que conducía hasta el molino que era el más frecuentado por las gentes de la aldea.

—Ea, señor Cosme, dijo un labrador, yo no me determino porque conforme va cayendo la tarde se va sintiendo un frío horroroso.

—Siempre seréis unos cobardes holgazanes; venga una pala, yo iré delante enseñandoos á no retroceder ante el peligro, cuando se trata de hacer una buena obra.

—Es que ya ve Vd...

—Nada, no hay que venirme con reticencias, adelante; el que no me siga, dormirá esta noche en la cárcel.

—Pero si es un trabajo inmenso, señor alcalde, dijeron varios.

—Es un trabajo hecho en media hora si se emprende con buena voluntad, dijo Cosme; el molino dista de aquí cien pasos y el tránsito hasta él es sumamente necesario, porque desde ayer no hay pan en el pueblo ni harina, tienen que ir esta misma noche á moler y volverán antes de amanecer, de manera que si no desembarazamos el camino de la nieve que le obstruye, tendremos esta noche cin-

cuenta desgracias, vuelcos de los carros; mulas perniquebradas y labradores extraviados en esos campos que perecerán en medio de la nieve.

—Tiene razón el señor alcalde! dijeron algunos.

—Ea, pues vamos allá; yo soy el primero.

—Y yo! y yo! repitieron varios animados por el ejemplo del que tomó la iniciativa.

—En marcha, pues, yo voy á la cabeza, exclamó Cosme, enarbolando la vara de la autoridad y adelantándose hácia el camino indicado.

Poco después ya tenían hecha la mitad de la obra y á las evasivas del principio, sucedió una franca alegría y un estímulo que les obligaba á querer todos adelantarse para ganarse la voluntad de Cosme que les había ofrecido unos sendos jarros de vino para cuando llegasen al molino.

Las sombras de la noche habían extendido ya su enlutado manto por la atmósfera cuando distinguieron los primeros árboles de la sierra.

—Ea, ya hemos terminado la tarea, señor alcalde, dijeron los primeros volviendo atrás.

—¿Pues cómo? preguntó Cosme.

—Se conoce que los molineros se han anticipado á nuestro deseo y tienen ya desembarazado de la nieve el camino que conduce hasta su propiedad.

—Me alegro; son unos buenos muchachos; pero vamos allá, os cumpliré mi oferta.

Pocos momentos después entraban todos en el molino donde encontraron un cuadro conmovedor.

En el inmenso hogar de la anchurosa cocina ardía un montón de sarmientos, animándolo todo con su resplandor que, á veces crecía ó menguaba según se iba quemando la leña.

A la derecha del hogar había una tarima grande, á la izquierda otra, y estaban ambas rodeadas por las gentes de la casa que prestaban sus minuciosos cuidados á tres seres moribundos que yacían acostados en aquellos lechos de madera. Los que ocupaban la tarima de la derecha eran dos niños que contaban apenas ocho á diez años; estaban demacrados, pálidos y con las evidentes señales de la miseria más espantosa impresa en sus desfallecidos rostros.

En la de la izquierda se veía á un hombre que no debía ser muy viejo, pero que había encanecido prematuramente por efecto de la desesperación y la desgracia de una vida llena de sufrimientos y dolores.

Su flaco y macilento rostro parecía más horrible aun por estar cubierto de una barba larga, canosa y desordenada. Su cabellera cana caía en mechones por ambos lados de las sienes, teniendo completamente calva la parte superior de la cabeza. Aquel hombre estaba moribundo; un sacerdote acababa de retirarse después de haberle confesado y administrado los Santos Sacramentos.

Al salir de la cocina encontró á Cosme que entraba con la cuadrilla de trabajadores.

—Señor alcalde, dijo el sacerdote, llega V. á tiempo; iba á buscar á V.

—¿Pues qué sucede? preguntó Cosme.

—Una desgracia.

—¿Cómo!...

—Suplico á V. que se revista de valor antes de saberla.

—¿Acaso me toca de cerca?

—Sí, señor, y ha herido á uno de sus más próximos parientes.

—¿A Damian?

—Justamente, señor alcalde, dijo el sacerdote apartándose, para dejarle paso.

—¿Dónde está mi pobre hermano? quiero verle.

Varios hombres enharinados le señalaron con el dedo la tarima que ocupaba Damian. Cosme se precipitó hácia ella y cayó de rodillas á la cabecera de aquel lecho mortuorio, exclamando:

—Hermano mio! Mi querido Damian!...

El moribundo abrió los ojos, los fijó con profunda expansión en el rostro del honrado labriego y murmuró con un acento tan débil que, más bien se adivinaban que se oían sus palabras.

—Cosme, me muero!... Ahí te dejo mis hijos... tú eres bueno y generoso... enséñales tus virtudes, hazles amar el trabajo y serán felices.

Aquí se detuvo como para tomar aliento, sus fuerzas estaban completamente agotadas.

Por las mejillas de Cosme corrían abundantes lágrimas, sus manos estrechaban las heladas ya y cadavéricas de Damian y no se atrevía á decir una sola palabra por temor de perder las que su hermano tenía que decirle.

Este siguió con visible languidez.

—Hermano mio... he sido holgazán desdichado; he dejado perder la herencia de mis padres y labré mi desgracia y la de mis hijos, dejándoles en el mundo sin un pedazo de pan.

—En mí tendrán un padre, te lo juro, murmuró Cosme.

—Gracias, por tu promesa, muero tranquilo.

—También su madre y tú tendréis un sitio en mi mesa.

—Su madre ha muerto en un hospital; yo me sentí también herido en el corazón y vine á traerte mi herencia... mis pobres hijos:

—Yo la acepto como si fueran un tesoro, dijo Cosme anegado en llanto.

—Gracias, hermano mio! muchas gracias. Perdóname el haber sido contigo indiferente, ingrato... Adiós.. ruega por mí!...

—Las fuerzas del desgraciado Damian estaban agotadas; su cabeza cayó sobre la almohada y rindió su aliento al Señor, dirigiendo á su hermano la última y suplicante mirada en la que iba envuelto el más ardiente deseo de su alma.

VI.

Teresa estaba sentada junto al hogar, la rodeaban varias aldeanas, criadas unas de la casa, mujeres otras de los criados que habían seguido al alcalde en su escursión para desembarazar de nieve el camino.

Ya las piadosas mujeres habían rezado dos ó tres veces el santo rosario y habían dejado y tomado otras tantas con visible impaciencia las calcetas á medio hacer que tenían en la mano.

Teresa se levantó y dejando su labor en la mesita de pino que tenía delante, fué hácia la ventana, y abriéndola de par en par, exclamó:

—¿Dios mio! preciso es que haya sucedido á mi Cosme una desgracia; él nunca se detiene tanto y son ya cerca de las nueve, dijo una de las aldeanas.

—Quién sabe si alguno de nuestros maridos habrá perecido entre la nieve.

—Por fortuna van muchos y se ayudarán unos á otros, contestó Teresa.

—En verdad que ha sido bien temeraria la empresa... ¿Tiene unas disposiciones el señor alcalde!...

—Mira, no vengas aquí murmurando de lo que no entiendes; bastante angustia tengo yo en mi alma, dijo Teresa, sentándose de nuevo junto á la chimenea para volverse á levantar á los dos minutos.

—Pues la noche está serena, dijo una de las mujeres, ello sí, se hielan las palabras y deben venir ateridos de frío.

—Echa más lumbre, Nicolasa, dijo Teresa á la criada, volviendo á que-

dar abismada en su profunda inquietud.

En el reloj de la villa dieron las nueve: al escuchar las sonoras campanadas, la mujer de Cosme no pudiendo sufrir más su impaciencia, se lanzó á la puerta; pero en el mismo instante se abrió esta bruscamente, apareciendo Cosme en el dintel.

—¿Cosme de mi alma! dijo Teresa arrojándose á sus brazos y llorando de alegría.

—Teresa, querida mia, dijo éste; te traigo dos hijos y vienen enfermos, desnudos y hambrientos, empieza á cumplir con ellos tus deberes de madre.

Al decir esto se apartó para dejar paso á los hombres que conducían la camilla donde iban acostados los dos niños.

—Desgraciados! dijo Teresa acercándose á ellos y queriendo reanimarlos con el calor de sus besos.

—Son los hijos de mi hermano, repuso Cosme enjugando una lágrima que se deslizo á lo largo de su mejilla; son huérfanos y no tienen amparo en el mundo...

—Nosotros seremos sus padres! Cosme, interrumpió Teresa llorando también; el Señor apiadado de mis súplicas, me concede los hijos que le había pedido.

—Los infelices han estado á punto de perecer entre la nieve: los molineros los salvaron milagrosamente; pero mi pobre hermano enfermo ya, no pudo resistir los rigores del frío y ha muerto en mis brazos.

—Dios le haya perdonado; señores, recemos por su alma, dijo la piadosa Teresa arrodillándose.

Los circustantes la imitaron, elevando sus ruegos al Supremo Hacedor.

Cuando terminó la santa plegaria, Teresa, que tenía las manos de los niños entre las suyas, las besó con ternura, diciendo:

—Hijos míos, creced con el amparo de nuestro amor, poniéndoos al abrigo de la miseria, bajo el árbol sagrado de la actividad y del trabajo. Sus frutos dan la felicidad, la paz del alma y el sosiego que presta una conciencia tranquila y pura.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

CIRCULAR

DE LA JUNTA DIRECTIVA DEL PARTIDO LIBERAL ALFONSIÑO.

Madrid de diciembre de 1873.

Muy señor nuestro: La gravedad de las circunstancias es tal que ningún buen español puede mirarla con egoísta indiferencia. Está hoy la nación pasando por los peores días de su historia, y de nadie, sino de sí misma, ha de esperar remedio. Ocioso fuera describir con detenimiento esta situación; conocenla todos, como que á todos alcanzan sus consecuencias. Bastará, pues, resumirla brevemente.

Cinco años ha que la guerra consume en Cuba el mayor de los veneros de nuestra riqueza nacional, é imposible es que semejante calamidad cese mientras aguarden sin temeridad los rebeldes cada día un telégrama anunciando que son gobierno sus cómplices ó que ya no queda gobierno ni poder alguno central en España. Lenta pero constantemente progresan á la par los carlistas en la Península, sin que baste siquiera á refrenarlos, cuanto más á vencerlos el actual ejército, por milagro salvado hasta aquí de la completa disolución que incesantemente le amenaza; y á cada instante es más claro que no pondrá fin á la insurrección sino un gobierno que al entusiasmo piadoso y monárquico que la sostiene opongan un sistema de instituciones en realidad más libre que el vigente, y coronado por el trono secular, al cual debemos las empuñadas glorias y la unidad, de nuevo en riesgo de la patria: gobierno también que sepa por principios mantener

el orden, restaurar la administración y organizar eficazmente y dirigir con éxito las armas nacionales. Ni siquiera la bandera separatista y socialista ha podido aún ser arrancada de Cartagena; y desde aquellas fortalezas, no ha mucho alzadas en defensa del pátrio suelo, y desde aquellas naves á tanta costa construidas para proteger nuestro antiguo honor y nuestros intereses lejanos, impide que el honor se salve, cuando pelagra, y aniquila cuantiosos intereses, y cubre de luto, en fin, á España entera, sin que acierte nadie á predecir el término de tamaño escándalo.

Entretanto, las falsas ideas administrativas y económicas, que ordinariamente han imperado en estos años últimos, tienen la renta nacional casi consumida, viéndose ya forzados todos á vivir hoy del capital, para vivir mañana en la miseria. Destruído el sistema de impuestos, desorganizada por completo la administración, en grandísima parte fiado el cumplimiento de las obligaciones y de los servicios públicos á constantes emisiones de deuda, satisfaciéndose los intereses de ésta con el aumento incesante de su propio capital, abusando, en suma, del crédito nacional hasta agotarlo ó desvanecerlo totalmente, la suspensión de pagos era tarde ó temprano inevitable, y, en efecto, ha sobrevenido ya, y con ella la confiscación de las innumerables fortunas particulares, puestas y representadas en valores del Estado. No queda más riqueza que explotar ahora sino, de un lado la industrial, de continuo mermada por la anarquía intermitente y la guerra civil, y de otro, la territorial, no tan sólo afligida ahora de los mismos males, sino excesivamente sobrecargada de antemano; y por tanto, la aplicación, este año indicada, de la mayor parte de su producto á las crecientes necesidades públicas no se ha de tener por un hecho anormal ó pasajero, sino por la ley fundamental de las circunstancias, que se cumplirá, mientras ellas duren, con rigor inexorable, por más que sea á costa del empobrecimiento, de la despoblación, de la decadencia, de un salto atrás, que por siglos acaso nos separe de la corriente progresiva y civilizadora del mundo. Tal es la verdad desnuda.

No es obra, por cierto, situación tan dolorosa del actual gobierno; y leal é ingenuamente nos apresuramos á confesarlo. Débese gran parte, sin duda alguna, á los actos anteriores y los funestos principios muy en mal hora perpetrados ó propagados por sus individuos; mas no es tanto ocasión ya de determinar responsabilidades cuanto de buscar enmienda.

No agravaremos, por lo mismo, sin necesidad, la confusión y los peligros de la época, exponiendo aquí todas las causas y juzgando rigurosamente á los autores de tamaños males. Lejos de eso, para nada quisiéramos acordarnos ya de lo pasado: la culpa es de muchos, y si á nosotros también nos toca en alguna parte, resignadamente aguardamos desde ahora que en su día la estabilidad y la castigue la historia. Nuestro propósito no es otro que patentizar la necesidad imprescindible de la actitud que tenemos, y la urgencia del apoyo que, para perseverar en ella y darle eficacia, pedimos, no ya sólo á nuestros antiguos amigos políticos, sino á todos los liberales monárquicos que no se han acogido aún á nuestra bandera; puesto que, sumados unos y otros con los conservadores procedentes del antiguo partido moderado, constituyen, á no dudarlo, la mayor en número y la parte más inteligente y poderosa de la Nación.

Estrictamente legal es hoy nuestra actitud, y solo pretendemos obtener de los monárquicos liberales el concurso que consienten las leyes. Somos monárquicos de verdad, y tenemos, por tanto, monarca en la persona augusta de don Alfonso de Borbon. Pero el ser monárquicos con monarca para el día, tal vez próximo, en que la opinión pública, unánime ó casi unánime pronunciada, reclame el restablecimiento del trono, no nos hace menos legales, ni menos pacíficos, ni menos transigentes con las exigencias fundamentales del orden social, ni menos benévolos con todo poder que sinceramente le defiende, de lo que pueda serlo cualquiera otra agrupación política que se llame monárquica. Por el contrario, como sabemos bien lo que

queremos, y tenemos absoluta fé en el triunfo definitivo de nuestra causa, podemos ser, y somos, en efecto, menos impacientes y más generosos que otros. Lo que pretendemos es que el día en que la república se haga imposible á los ojos de todos los hombres de bien no sea también imposible, ni siquiera dudosa ó difícil, la monarquía, entrando el país ciegamente en lo desconocido, que es todavía peor que ninguna forma de gobierno, por mala que sea. Para que esto no acontezca, con lealtad acudimos hoy á la opinión, solicitando que se forme, que se pronuncie, que comience á influir desde luego en nuestro sentido, mientras llegue la hora de que legítima y honradamente se realicen nuestras aspiraciones. No rompemos la tregua prudentemente otorgada por los partidos conservadores á este como á todo gobierno que intente restablecer ó conservar los elementos esenciales y primordiales del orden social. No hacemos más que decir en alta voz lo que sabe todo el mundo: que somos monárquicos y monárquicos que no entienden vagar de nuevo por Europa buscando rey, cuando el país lo pida, sino que le tienen ya, y tal como le necesitan las viejas acciones: nacido en nuestro suelo, enlazado con toda nuestra historia, así la antigua como la reciente, representante á un tiempo de la legitimidad y del principio liberal, del derecho hereditario y del derecho moderno. Concebimos que esta aptitud nuestra sea antipática á los republicanos, más no debía serlo á ningún monárquico sincero. Y aun á los republicanos que sean patriotas ante todo, y ante todo liberales, ¿por qué ha de serles absolutamente antipática una bandera que salvará la libertad y la patria el día que acabe de demostrar la experiencia á la gran mayoría de nuestros conciudadanos que sea lo que quiera en principio la actual forma de gobierno, no se adaptará á las condiciones presentes de la sociedad española?

Confiamos, por tanto, en que ni nuestra actitud, ni la causa que defendemos, ni la propaganda que intentamos, producirán en el país la menor alarma. No es este un nuevo pendón de guerra y exterminio, como los otros que hay al presente, por desgracia, alzados en el territorio nacional: es un iris de paz, un estandarte de concordia. Para hacérle triunfar buscamos la importante adhesión de V. y de todos sus amigos, y la formación de comités liberales donde quiera que sea posible y conveniente. No perdonará esfuerzo alguno á este fin la comisión directiva del partido liberal alfonsino, en cuyo nombre nos dirigimos á V., y oportunamente le irá comunicando sus instrucciones.

En el interin, nuestro pensamiento queda con harta claridad expuesto, para que sin evidente malicia pueda nadie tergiversarlo. Cuantos liberales monárquicos se unan con nosotros sabrán de hoy más á lo que vienen, que es á preparar, por medio del irresistible empuje de la opinión pública, el advenimiento de un rey que lo sea de todos los españoles, y de un estado común á los que son liberales antes que conservadores, y á los que son conservadores antes que liberales; es decir, á los dos grandes y fundamentales partidos que necesita el juego regular de las instituciones representativas. Somos naturales aliados de los conservadores liberales, porque perseguimos hoy el mismo fin que ellos, pero á los que especialmente llamamos á nuestra bandera es á aquellos hombres políticos que, dentro de la monarquía constitucional, han aspirado siempre á realizar la mayor suma de libertad compatible con la autoridad y el orden. Con la adhesión de éstos y la sincera y necesaria alianza que hoy nos une á todos los demás partidarios del sistema constitucional, tarde ó temprano, es seguro nuestro triunfo, que será en realidad el triunfo del derecho, de la libertad y de la patria.

Regamos á V. que dé á éste documento la publicidad oportuna, y con gusto aprovechamos esta ocasión de ofrecernos como sus atentos seguros servidores, Q. S. M. B.—Por delegación de la junta directiva.—PEDRO SALAVERRIA.—MARQUÉS DE ALCÁNICOS, DUQUE DE SEXTO.—J. ELDUAYEN.—F. ROMERO Y ROBLEDO.

LA ORACION DE UNA MADRE.

LEYENDA ORIGINAL.

I.

La primera campanada de las diez acababa de sonar en la gigantesca torre de la catedral de la *Reina de Andalucía*; pocos minutos antes, las tortuosas calles de la opulenta ciudad, se hallaban casi desiertas; oíase solo el precipitado paso de algún rezagado transeunte que corría hacia su hogar antes que el toque de *queda* le sorprendiese fuera de sus lares, ó el prolongado suspiro de los amantes que interrumpiendo sus tiernas pláticas abandonaban las espesas rejas de sus amadas.

El postrer sonido de aquella hora se confundió con los últimos crugidos de las ventanas que se cerraban y de las fuertes barras de hierro que afirmaban á *pie y todo* las puertas de las casas.

El eco de la campana se enlazó con el famoso toque de *queda* que anunciaba á los vecinos pacíficos la salida de las nocturnas rondas para velar por su seguridad hasta la llegada del nuevo día; y la sin par Sevilla apareció como un inmenso gigante dormido en la orilla de su soberbio río.

En una de las hermosas calles que conducen á la histórica alameda de Hércules, levantábase un antiguo y sólido edificio, cuyo exterior aspecto revelaba ser el de una casa solariega. En el balcon más inmediato á su marmóreo pórtico podía observarse una figura humana, que á veces se adelantaba con sigilosa precaución fuera de la elegante balaustrada, recogiendo otras todo su cuerpo ocultándolo detrás de ella. Un momento despues se vió á aquel cuerpo de pie sobre la meseta del balcon, alargar las manos, y afianzándose fuertemente á los altos relieves que adornaban el pórtico, descender rápidamente y con pasmosa agilidad hasta el piso de la calle. Allí quedose inmóvil y como atento al débil eco de un murmullo dulce y acompasado, que saliendo del interior de la casa llegó hasta sus oídos; pero esta detención fué solo de algunos instantes y como empujado por un esfuerzo superior, lanzóse con recatado pero firme paso por entre las tinieblas....

II.

En el interior de aquel vasto edificio tenía lugar una escena conmovedora. Todos sus habitantes rezaban congregados en uno de sus dilatados salones; allí postrados de rodillas veíanse á los dueños de aquella opulenta mansion rodeados de sus hijos y de sus criados, dirigiendo en armonioso coro devotas preces al Altísimo.

Terminado el rezo del santo rosario, cada uno de los jóvenes abandonó su puesto dirigiéndose á rendir el debido homenaje á la autoridad de sus padres á quienes besaban respetuosamente la mano, recibiendo su bendición y dirigiéndose en seguida cada cual á su aposento respectivo. Marcháronse despues los criados quedando atrás el de mas edad que se dirigió á su dueño, y entregándole una enorme llave que en la mano llevaba, dijo:

—Tomad, señor, todo está cerrado en casa; y haciendo un respetuoso saludo, siguió á sus compañeros.

Apenas habían desaparecido todos, el jefe de la familia, que era un anciano de noble y varonil figura, de duras pero insinuantes facciones que revelaban el hábito de mando, arrugando más el fruncido ceño dirigióse á su esposa exclamando:

—Hace ya algun tiempo que la conducta de nuestro hijo Federico me está causando terribles tormentos: desde su vuelta del ejército no cumple como corresponde á un buen cristiano ni á un buen hijo; nada importa su lealtad como soldado ni como caballero, si olvida aquellos primeros y sagrados deberes que la religion y la moral le imponen, y he resuelto irrevocablemente que desde hoy tenga término este mal ejemplo que jamás se ha visto en nuestra familia, volviendo por los sagrados derechos que como padre me corresponden.

—Querido Alfonso, contestó la esposa, comprendo la razon que te asiste, pero yo te suplico que tengas en cuenta el largo tiempo que nuestro amado hijo ha estado

lejos de nosotros haciendo la vida de campamento, lo que explica esos hábitos de independencia propios del soldado en campaña, que es difícil desarraigar de un solo golpe; no te olvides que Federico posee un hermoso corazón, al par que los nobles y elevados sentimientos que ha heredado de tí; yo abrigo la esperanza de que volverá á la buena senda; esto me lo dice mi corazón, Alfonso, y el corazón de una madre rara vez se engaña.

—Sí, se engaña, esposa mía, se engaña, porque no escucha mas voz que la del cariño, porque responde solo á la fibra del sentimiento que conturba y oscurece la razon; yo amo con delirio á nuestro hijo, pero pienso friamente sobre su conducta, y le veo marchar por una senda donde encontrará indudablemente el abismo en que, una vez caído, no podrán sacarle ni mis esfuerzos ni tus plegarias.

Esta misma noche, ahora mismo, iremos á su aposento y le obligaré á que desde hoy abandone el camino tortuoso que sigue para entrar en el que le trazan su honor y la educación que ha recibido. Yo, añadió el caballero tomando una actitud exaltada, he sido soldado como él, he seguido los ejércitos de nuestro gran rey Felipe V, y le ayudé con mi espada y con mi sangre á afianzar su disputado trono. Pues bien; en el campamento, en la fortaleza, donde quiera que la azarosa vida del soldado me llevaba, al entregar mi cuerpo al descanso en el campo ó en la ciudad, en todas partes, cerraba mis ojos murmurando el labio las tiernas oraciones aprendidas en el regazo de mi querida madre. Jamás me sorprendió la aurora sin haber elevado las matinales preces al Altísimo, porque nunca me avergoncé de ser cristiano ni desdeñé el cumplimiento de los sagrados deberes de la religion que mis padres me enseñaron.

Dicho esto hizo una señal á su esposa, y ambos se dirigieron á la habitacion de Federico.

III.

En una de las calles más próximas á la famosa puerta de la Macarena, y casi frente á esta histórica puerta, alzábase una casucha sombría, cuyas negruzcas paredes y sucisima entrada parecían indicar que aquel edificio se hallaba completamente abandonado. Siguiendo lo largo del muro se descubria una puertecilla medio oculta entre el mazgo que en las grietas de la pared crecía. Una hora despues del acontecimiento que acabamos de narrar, detúvose un hombre delante de aquella especie de agujero, miró algunos instantes hacia todos lados y persuadido de que no era visto ni oído de nadie, dió tres suaves y acompasados golpes sobre la carcomida puerta. En el mismo instante una voz áspera y desagradable murmuró desde dentro:

—¿Quién va?

—De casa, dijo el que llamaba: la voz debió ser conocida del canchero, pues en el momento abrióse un postigo sin hacer el mas leve ruido, y el desconocido penetró en el interior de aquella guarida. Atravesó con precipitado paso un largo patio en cuyo fondo habia otra puerta que se abrió como por mano invisible á su llegada; continuó el desconocido marchando por una tortuosa escalera y ya al fin de ella llegó á sus oídos un murmullo extraño y vago y al mismo tiempo un sonido metálico, cuya causa no podia fácilmente adivinarse.

Al llegar á aquel sitio, detúvose un instante, vaciló y casi todo su cuerpo se inclinó hacia atrás como si hubiera decidido, despues de luchar con su deseo, abandonar aquella casa. La puerta se abrió en este momento y el desconocido se lanzó al interior del aposento. Era este una gran sala, cuyas negras paredes se hallaban enteramente desnudas: su altísimo techo de ensambladura le daba un aspecto de siniestra lobreguez; una larga mesa de forma elíptica ocupaba el centro de la gran sala; sobre la mesa se extendía un paño verde oscuro que la cubria hasta unirse al reborde de media pulgada en que remataba. Tres enormes velones de cuatro grandes mecheros, pendían de otras tantas varillas de hierro, que correspondían al centro y á los dos extremos

de la mesa. Unas cuantas docenas de taburetes de encina toscamente labrados y hasta cuatro alcarrazas colocadas sobre un taburete más largo y ancho que los demás con un cántaro lleno de agua al pié, completaban el ajuar de aquella tan extraña mansion.

En el momento que penetró en ella nuestro desconocido, la mesa se hallaba rodeada y como sujeta por multitud de manos y aprisionada por otros tantos piés de los individuos que sentados en sus taburetes la cercaban. Detrás de esta primera fila ó muralla humana, levantábase otra no menos estrecha y compacta y aun entre estos habia en distintos puntos algunos grupos que se rodeaban, estrechaban y oprimían, pugnando por ganar un puesto de *segunda* al rededor de la mágica, misteriosa mesa. La actitud, la mirada, los gestos, los movimientos de aquella reunion de hombres extraños se dirigia hacia un solo punto, convergia hacia una sola parte, tenia un solo propósito al parecer; ganar terreno, avanzar á toda costa hasta colocarse en primer término y lo más cerca posible del centro.

Un hombre de más de sesenta años, de cabello blanco, corto y erizado como las puas del puerco-espín, de cara larga, facciones angulosas, ojos pequeños y verdosos, envueltos entre la espesura de largas cejas, pero de una brillantez fosfórica é intensa; de movimientos rápidos, pero convulsos como los del epileptico; ocupaba el puesto más codiciado ó distinguido, el centro de la mesa, y era el objeto de todas las miradas el blanco de todas las iras, el móvil de todas las distintas escenas que allí menudeaban. En frente y como partiendo con él la gloria de aquella fiesta, el peligro de aquel puesto, ó el honor de aquella jornada, sentábase un moceton como de hasta treinta años, de largo y ensortijado cabello negro, vera-efigie de la célebre *Cabeza de Medusa*: crespos y retorcidos bigotes; poblada y luenga perilla, facciones grandes, atezada piel, mirada dura y desdeñosa, ademanes acompasados y altaneros; era todo un buen mozo y todo un mata-siete de la época.

El viejecillo oprimia entre sus largos y descarnados dedos una especie de pequeño libro, cuyas hojas volvia y revolvia con pasmosa ligereza; ya las desplegaba de un extremo formando una especie de abanico; ya las unía y dejaba tan compactas como una sola pieza, de manera, que más que otra cosa, parecia mágico ó prestidigitador en noche de fiesta.

Esta especie de ejercicio terminaba por colocar algunas hojas sueltas sobre el negruzco paño, á cuya señal una multitud de manos acudían en tropel y se disputaban, ¡oh maravilla! el honor de colocar al lado de las ya dichas hojas sus doblones, doblillas y reales de á ocho. Desde que esta operacion terminaba, los leñosos dedos del viejo comenzaban á separar unas de otras las hojas del misterioso libro, con tal pausa, sutileza y mesura, cual si de aquellos trozos de papel de misteriosas y salvajes figuras, dependiese la alegría, la fortuna, la honra, tal vez la vida, de algunos espectadores. Durante estos momentos de extraña manipulación, ningún lábio se abria, ninguna garganta dejaba pasar un solo sonido articulado; pero, oíanse extraños y siniestros ruidos y veíanse actitudes aterradoras, horribles, inimitables: respiraciones roncadas, jadeantes, cavernosas, precipitadas, febriles: miradas ardientes, arrebatadas, opacas, brillantes, ébrias, desmayadas, llorosas, delirantes, miradas de loca alegría, de amarga tristeza: miradas de odio, de locura, de muerte. Gestos terribles, convulsivos, amenazadores, suplicantes, de sumisión, de inmenso placer, de intenso pesar. Crugían los huesos, rechinaban los dientes, desgarrábase la piel, arañaban el tapete, los asientos, los vestidos, retorciábase las manos con furor: las restregaban con fruición; agrupaban las monedas en caprichosas formas, las pasaban frenéticamente de una á otra mano, ó las aplastaban entre los dedos con enorme fuerza.

De pronto el viejo cesó la operacion de lanzar las hojas y en aquel momento cru-

zose de brazos con actitud fria y severa, y el moceton del frente comenzó á desempeñar su mision; que al parecer consistia, en recoger aquella cantidad de brillantes monedas que esparcidas sobre la mesa estaban y al momento distribuirlas entre varios de los espectadores congregados. Entones, como si un aparato mecánico hubiese abierto de un golpe aquellas cien bocas, una explosion tempestuosa salió de aquellos labios, y votos y juramentos, maldiciones, frenéticas carcajadas, groseros insultos, alegres gatinelas murmuradas entre dientes, apretones de manos, felicitaciones, reproches, recriminaciones, amenazas, protecciones, pactos de compañías, disolucion de sociedad: he aquí lo que seguia á la manipulacion y monetario trasiego del maton de los largos bigotes.

Nuestro desconocido habia estado inmóvil durante estas escenas, pero apenas el viejecillo hubo reunido las esparcidas hojas y comenzado de nuevo su extraña operacion de entresacarlas, unir las y mezclarlas; aquel sacó un gran bolsón de finísima garsela, y preparó en una de sus manos una buena cantidad de doblones de á ocho; tornó el viejo á colocar con pausado y solemne ademán algunas sobre el paño, y en aquel momento una voz clara exclamó:

—Juego.

En seguida el brazo del desconocido avanzó hasta colocar sobre la mesa el puñado de monedas; algunos de los circunstantes fijaron la vista en el que esto hacia y el ronco acento del bigotudo murmuró:

—El capitán Federico.

Este era un jóven de elevada estatura, ojos grandes, negros y expresivos, nariz aguileña, largo y sedoso bigote, blanca y hermosa dentadura, rostro obalado, cabello negro y abundante, mirada brillante y despejada, ancho y elevado pecho, ademanes nobles, y esmerada pulcritud y gusto en su traje. Apenas dejó caer el puñado de oro, colocáronse en el mismo, á próximo sitio, varias cantidades, lo que parecia indicar que sus dueños querian seguir la misma suerte que el capitán.

Al llegar á la distribucion del dinero, el de los grandes bigotes arrojó una buena parte en la direccion del manébo, diciendo:

—Para el capitán.

Este la recibió sin hacer un gesto ni decir una sola palabra, y al comenzar de nuevo la funcion el viejo, dijo á este con acento muy sonoro é intencionado y cogiendo entre ambas manos el gran bolsón de antes:

—Copo.

A esta extraña expresion, los circunstantes fijaron sus miradas en los dos actores principales de aquella escena, y despues en el capitán Federico; aquellos y este permanecieron en una actitud natural, como si nada hubiera alterado sus espíritus. El viejo comenzó á dejar caer uno tras otro, con mas solemnidad que nunca, los mágicos trozos de su encantado libro; y en estos instantes podian contarse claramente los segundos que pasaban por las sacudidas del corazón del capitán, único que latia con libertad entre todos.

Cuando mas absoluto era el silencio, oyóse un ruido extraño hacia un extremo de la mesa y uno de los espectadores cayó al suelo desplomado; por un instante se fijaron todas las miradas en aquel sitio:

—Me muero! dijo la voz de aquel infeliz. Un campanillazo dado por el maton ahogó aquel quejido.

—Que se lleven á ese hombre, dijo sin volver el rostro ni separar la vista del centro de la mesa.

Dos criados que habian acudido recogieron aquel bulto que allí iba á servir de estorbo, y uno de ellos dijo al salir en voz baja:

—Pesa muchísimo.

—Toma, añadió el otro criado, si está muerto; ¿no te acuerdas? este es el enfermo del pecho de tanto molestaba con su tos.

La escena continuó sin alteracion, hasta que una explosion general, dió á conocer que algo grave habia ocurrido; esto era que el capitán tenia que dar su bolsa á los manipulantes que la mesa: hizolo este así, sin inmutarse, y de nuevo se comenzó la operacion.

—Copo, volvió á decir Federico.

—Con qué, exclamó el maton sin volver la cabeza.

—Con mi palabra, dijo el capitán con voz reposada.

—Dinero hemos menester, replicó el maton, que palabras llevas el viento.

—Las mias valen mas que el dinero, señor villano dijo Federico chispeándole los ojos de ira.

—No me obligueis, señor capitán, á que el villano, os deje señal en el rostro, de su privilegiada mano.

—Miserable, salid! que voy á arrancaros la lengua para que no volvais á insultar á un caballero impunemente.

—Al decir esto el capitán Federico, se abrió paso hasta el maton, el cual, ya de pie, hacia por desasirse de los mas inmediatos que trataban de interponerse.

—Dejadme! gritó con voz de trueno, dejadme que arroje por un balcon á ese barbilindo.

Apenas pudo concluir estas palabras, porque un brazo flexible y duro como el acero, penetró por entre la multitud y le atenazó la garganta con fuerza tan grande, que el ancho cuello del membrado mozo crugia bajo los dedos de hierro del capitán. Oyóse un rugido tan terrible, que los circunstantes aterrados y mudos de estupor se separaron dejando un buen espacio á los dos contendientes; era el maton que al sentirse asido, bramó como una hiena herida y sacudiendo los hercúleos brazos asíó por la mitad del cuerpo á su adversario con tal rabia que parecia iba á troncharle como frágil caña. El capitán que ademas de su gran fuerza poseia una agilidad extraordinaria, con un movimiento rápido hurtó la cintura pero no pudo desasirse por completo y quedó cogido por el brazo derecho, del furioso maton; así permanecieron algunos segundos, durante los cuales aquel hacia grandes esfuerzos por traer hacia sí al capitán á quien aferraba con el brazo derecho, mientras que con el izquierdo buscaba el puñal que colgaba de su cinto; sacólo al fin y lo levantó con tal ímpetu, que parecia seguro que el pobre capitán iba á ser atravesado por la espalda.

La puerta se abrió en aquel momento y los criados penetraron gritando:

—La ronda! la ronda!

A esta palabra, un movimiento simultáneo de todos los que estaban mas próximos á los tres velones los hizo girar sobre sus sostenes y caer rodando al suelo, con lo que el aposento quedó completamente á oscuras. La confusion era terrible en aquellos instantes; unos se dirigian hacia la puerta de entrada para ganar la primera escalera, otros acudian ansiosos hacia los extremos del vasto salon, buscando otra salida, y aun habia algunos que dominados por la sed furiosa del oro, olvidaban el peligro, y acudian á recoger las monedas que sobre la mesa habian quedado esparcidas.

En medio de aquel horrible caos, las imprecaciones; los denuestos y las blasfemias mas terribles que salian de aquellos labios malditos, hacia imposible que se oyera nada de lo que por fuera pasaba. Súbito una espantosa bocanada de viento húmedo penetró en aquel antro, era una ventana que habia medio oculta en el fondo del salon y que habia sido abierta por los desesperados esfuerzos de alguno de los concurrentes.

—Por aquí saltamos á la calle! dijo una voz; y en el mismo instante vióse desaparecer un bulto que habia asomado de pie por el alféizar de la ventana.

Lanzáronse unos cuantos como para seguir las huellas del primero, pero otra voz gritó:

—Esa ventana está á treinta piés de la calle, y el que se arroje tiene la muerte segura!

—Retrocedieron llenos de terror los más atrevidos al mismo tiempo que se abria la puerta del centro por la que penetró la ronda nocturna.

El mas fúnebre y espantoso aspecto presentaban las calles de Sevilla á las cuatro de la noche de que nos ocupamos. Ni una sola luz alumbraba por ninguna parte. El

pavoroso silencio en que la ciudad yacia, no era interrumpido más que por los agudos silbidos del viento, ó por el crugido de los fuertes chubascos, que casi sin tregua se desprendian de las apiñadas nubes. Era imposible dirigirse con seguridad á ningun punto fijo, sin perder el tino en aquella completa oscuridad. No podia darse un solo paso sin temor de caer en medio de los profundos arroyos que el agua habia formado.

En medio de aquel horrible caos, un hombre marchaba con agitado paso por entre la larga calle de árboles que forma la alameda de Hercules. Deteniase de trecho en trecho como para orientarse y volvía otra vez á caminar desafiando el viento y el agua. Llegó un momento en que se detuvo largo rato y pareció haber perdido completamente el rumbo, pero el viento arreció con inusitada furia y del cielo se desgajaban torrentes de agua, por lo que se vió obligado á caminar á la ventura en busca de un albergue donde guarecerse.

Entonces dejóse oír el vibrante sonido de una campana no lejos del sitio donde se hallaba el extraviado transeunte. Guió sus afanosos pasos atraído por el metálico instrumento y llegó á muy poco á las puertas de un templo; pero por su desgracia aun permanecian cerradas. Medio oculto en uno de los quicios aguardó, y al poco tiempo la puerta giraba suavemente sobre sus goznes y nuestro fugitivo pudo penetrar en la iglesia.

Mojado hasta los huesos, hecho girones el traje, el cabello en completo desorden, la mirada torva y extraviada: tal era el estado de aquel infeliz cuando salvó las puertas de la casa de Dios.

Rendido de fatiga, dejóse caer en un pequeño banco medio oculto en uno de los ángulos de la capilla erigida á Nuestra Señora de los Dolores. Allí, mirando con espantados ojos el angustioso rostro de la santa imagen, no tardó en caer en un profundo sueño.

Los primeros albos de la mañana habian venido á disipar el terrible aspecto de la pasada noche; á la tremenda furia del horrisono huracan, habia sucedido una suave brisa y el cielo antes cubierto de negras nubes habia vuelto al hermoso azul con que habitualmente se cubre en nuestro privilegiado clima. Por las góticas ventanas del templo penetraban los primeros rayos del sol naciente; el órgano empezaba á preludiar una suave y sencilla cantaria y un coro de voces vibrantes y llenas de santa uncion seguia los acordes del religioso instrumento. Las virgenes del Señor que habitaban aquel humilde recinto dirigian hasta él las primeras oraciones del día.

Algunos fieles, atraídos por los redoblados sonos de la alegre campana del convento, acudian á oír la primera misa. Entre ellos penetró una dama, al parecer muy principal, envuelta en un largo manto que la cubria el rostro casi por entero. Dirigióse á la imagen de los Dolores, y allí, postrada de rodillas, prorumpió en un copioso raudal de lágrimas.

—¡Madre mia! exclamó despues; he sufrido esta noche tormentos horribles, angustias inexplicables; pero no importa, sufriré mucho más; si así logro que mi hijo abra los ojos á la luz de la verdad; y se aparte de esa senda de perdicion y vuelva á ser digno de nosotros.

Si la devota señora hubiera vuelto el rostro en aquellos instantes, hubiese visto al hombre que habia penetrado el primero en el templo, que insensiblemente se habia levantado de su asiento, y puesto á su lado, con las manos cruzadas sobre el pecho y los ojos cubiertos de lágrimas, la contemplaba inmóvil.

—¡Devolvedme á mi hijo! continuó; haced que torne al camino de la religion y de los deberes filiales y salvado, sobre todo, del peligro que tal vez ahora mismo este corriendo. ¡Virgen Santísima, yo tengo confianza en que obrareis con él ese milagro!

—Si, madre mia! exclamó el jóven que habia escuchado aquella tierna plegaria. ¡Si, la Virgen ha hecho el milagro; librándome en esta aciaga noche del puñal del asesino ó de la vergüenza de una cárcel,

aquí está vuestro hijo Federico, arrepentido de sus pasados errores.

Madre e hijo cayeron abrazados á los piés de la santa imagen, mientras que desde el fondo de la capilla, un noble anciano que habia presenciado aquella tierna escena, avanzó hacia ellos completando aquel interesante grupo.

—Padre! dijo al verlo Federico.

—Hijo mio! exclamó el anciano; ¡hé aquí la obra de la oracion de tu madre.

JOSÉ M. FRANCO DE TERÁN.

Continúan llamando la atención y atrayendo una numerosa concurrencia al bonito teatro de Jovellanos las representaciones de la zarzuela titulada *Adriana Angot*, arreglada del francés para nuestra escena por el Sr. Puente y Brañas. El éxito de este arreglo, que interrumpe una larga lista de fracasos, se debe, por iguales partes, al libro y á la música del maestro Lecog. Ligeros ambos, pero á la par tambien amenos y graciosos, se celebran los chistes en que abunda la letra, y se oyen con sumo gusto las agradables melodías de la música.

En la ejecucion se distingue la señorita Franco, porque caracteriza perfectamente su papel de Adriana, y canta con suma intencion y gracia una cancion política, que se repite una y otra vez todas las noches, y la Sra. Velasco, que desempeña su parte con gran soltura y donaire. La señorita Aguado, la Sra. Baeza y los Sres. Castilla y Lotia llenan bien su cometido, y el buen gusto de trajes y decoraciones contribuye poderosamente á satisfacer al público.

Tanto el Sr. Puente y Brañas como la empresa han de obtener muchos aplausos y pingües beneficios de esta obra.

Pildoras Holloway.—No hay remedio tan á propósito para las enfermedades de la mujer como estas pildoras, que gozan de un patrocinio general por parte del sexo femenino. Las mujeres de todas las clases, desde la criada hasta la señora de nacimiento noble, reconocen lo eficaz que dicha medicina las protege contra las dolencias que suelen martirizarlas. Las calidades mortificantes y depuratorias de las pildoras Holloway hacen que ellas sean inocuas y provechosas en todos los casos de enfermedades. Cualquiera que sea la edad de la enferma, ella puede tomar, sin recelo, aquellas pildoras para remover toda irregularidad ó desorganizacion, pues pronto desarraigian el germen del mal y restablecen la salud primitiva.

Agua circasiana.—Toda la prensa extranjera y todos los médicos más eminentes recomiendan el uso del agua circasiana como la única infalible para devolver á los cabellos blancos su primitivo color y fuerza juvenil; copiamos la opinion de un célebre doctor á este respecto.

«Uno de los mayores inconvenientes que hay en el empleo de las tinturas, es la grande irritacion que causan en los tubos capilares y que dan lugar á la caída del cabello: estos inconvenientes fueron los primeros que llamaron la atención de los inventores del agua circasiana, y su vieron la grande fortuna de hallar un preparado que, no solo es completamente inofensivo, uno que reúne la mayor eficacia y simplicidad en su uso.»—Firmado, Dr. Duval.

ÍNDICE

POR MATERIAS Y AUTORES.

POLÍTICA.	
N ^o .	P ^{as} .
DISCURSO (don Emilio Castelar).	1 2
DISCURSO (don Manuel Ruiz Rorilla).	1 12
EL MANIFIESTO de la Liga (don G. Velasco).	2 9
REUNION abolicionista (don José Fernando Gonzalez).	2 13
A EL PENSAMIENTO Español (don G. Velasco).	2 15
CONGRESO de los diputados.—Sesiones de los días 10 y 11 de Febrero.	3 11
LA CIRCULAR del ministro de Estado.	4 8
INVENTARIOS (don Jorge Perez Texero).	4 10
DE LA LIBERTAD de imprenta en Inglaterra (don M. Servent).	6 4
I.	7 4
II.	7 4
CONSIDERACIONES sobre España (don Antonio Ribot y Fontseré).	6 7
ESTUDIOS histórico-políticos sobre el gobierno antiguo de Aragón (don Manuel Lasala).	7 5
I.	8 10
II.	9 7
III.	9 7
EL GOBIERNO civil en el Perú.	7 7
ORGANIZACION política y económica de la Confederación argentina (don Cristino Martos).	8 2
INFLUENCIA del descubrimiento y conquista de la América en la población de España (don Manuel Colmeiro).	9 4
LOS DIPUTADOS reformistas de Puerto-Rico (don M. R. y J.).	9 13
LOS REFORMISTAS (don Francisco de Asis Pacheco).	11 2
I.	14 7
II.	14 7
DISCURSO del Presidente del Poder Ejecutivo de la República.	11 3
ESPAÑA y las Repúblicas hispano-americanas (don Francisco Muñoz del Monte).	11 13
I.	12 11
II.	13 4
III.	13 4
EL COMERCIO de esclavos y las corrientes asiáticas.	12 5
LA ABOLICION de la esclavitud en Inglaterra (don Rafael M. de Labra).	12 7
I.	13 2
II.	15 2
III.	13 7
ESTUDIO constitucional (F.).	14 5
DISCURSO del Sr. Salmeron.	14 9
DISCURSO del Sr. Becerra.	14 9
PROYECTO de Constitución federal de la República española.	15 7
DISCURSO del Sr. Castelar.	15 7
CONGRESO: discurso del Sr. Rios y Rosas.	16 9
DISCURSO del Sr. Castelar.	17 2
DISCURSO del Sr. Salmeron.	17 3
DISCURSO del Sr. Rios y Rosas.	17 6
DISCURSO del Sr. Castelar.	17 7
DISCURSO del Sr. Pi y Margall.	18 4
DISCURSO del Sr. Castelar.	18 5
MANIFIESTO del partido republicano-democrático: á la nacion.	21 6
LA SENTENCIA de muerte del mariscal Bazaine (don Jacinto Octavio Picon).	24 8
ADMINISTRACION.	
PRESUPUESTOS del Estado.	1 5
LA CUESTION económica de Puerto-Rico (don Joaquín María Sanromá).	1 15
I.	2 4
II.	3 3
III.	3 3
REGLAMENTO provisional para la administración, liquidación y cobranza del impuesto transitorio sobre rentas, sueldos y asignaciones.	2 5
PROYECTO de ley de abolición definitiva de las matrículas de mar.	2 9
REGLAMENTO provisional para la administración y realización del impuesto de derechos reales y transmisión de bienes.	2 11
I.	3 5
II.	4 11
III.	5 6
IV.	5 6

N ^o .	P ^{as} .
LA DESAMORTIZACION en España (don Antonio Ferrer del Rio).	6 10
I.	9 3
DE LA ADMINISTRACION española en las provincias de Ultramar (don Joaquín Maldonado y Macandá).	10 6
I.	11 7
II.	13 8
III.	13 8
IV.	13 8
BOSQUEJO económico y estadístico de la República de Chile.	9 5
ORGANIZACION del trabajo en Java (don M. Regidor y Jurado).	11 6
ECONOMIA política.	14 10
SOFISMAS ECONÓMICOS.	16 13
DE LA ESPONTANEIDAD local en nuestras Antillas (don Emilio Castelar).	20 10
I.	21 10
II.	21 10
HISTORIA.	
EL NUEVO Mundo (don Emilio Castelar).	2 2
DATOS históricos (don Genaro Velasco).	3 8
LA INDIA inglesa (don Augusto Ulloa).	8 12
I.	9 12
DISCURSO (don Francisco Cárdenas).	10 9
I.	10 9
II.	10 9
POLÉMICA en los Estados- Unidos sobre el conde de Aranda (don Cayetano Rosell).	10 3
DON RODRIGO (don Eugenio Nicolás de Olavarría).	12 6
IWAN el Terrible, emperador de todas las Rusias (don Antonio Vinajeras).	13 13
LA REVOLUCION en Portugal en 1640 (F.).	14 2
I.	15 12
II.	15 12
CARLOS I y la revolucion de Inglaterra (conde de Toreno).	14 12
I.	15 6
II.	16 2
III.	18 2
IV.	19 5
V.	20 8
VI.	20 8
PARTE histórico del proceso del general Bazaine.	19 1
I.	20 1
II.	21 2
III.	22 10
IV.	23 10
V.	24 2
VI.	24 2
ESTUDIO de las costumbres romanas en el primer siglo del imperio (don Augusto Ulloa).	23 2
I.	24 8
II.	24 8
LOS ESTADOS UNIDOS (don Eusebio Asquerino).	23 6
I.	24 7
II.	24 7
FILOSOFÍA Y LEGISLACION.	
REFORMA de la legislación mercantil (don Enrique de Ucelay).	4 10
BACON (don Ramon de Campoamor).	4 2
MEDITACION (don Gregorio Romero Larrañaga).	4 3
DOCUMENTO notable. Circular del Sr. Salmeron.	4 12
LA NEGACION del progreso (don Augusto Ulloa).	7 9
¿QUÉ DEBE ser la ley? (don B. de Pompery).	11 9
LA REFORMA judicial en el Japon (don P. Arguelles).	14 3
CIENCIAS Y ARTES.	
DISCURSO leído en la inauguración del curso en la Universidad central (don Gabriel de la Puerta y Ródenas).	1 5
EXPOSICION de Bellas Artes de Milan (don Eusebio Asquerino).	2 10
I.	3 2
II.	3 2
EL REALISMO y el idealismo en las Artes (don Leopoldo Augusto de Cucto).	4 5

N ^o .	P ^{as} .
DOS PALABRAS sobre música (don Severino Perez).	5 4
DE LA INFLUENCIA del cristianismo en las Artes (don Emilio Castelar).	6 5
ROMA (don Eusebio Asquerino).	9 2
I.	11 11
LA SECCION de música en la Academia de Belas Artes y los nuevos académicos (don Antonio Peña y Goñi).	11 11
SENTIDO moral del teatro (don Leopoldo Augusto de Cucto).	20 7
INDUSTRIA Y COMERCIO.	
REGLAS para gobierno de los capitanes y sobrecargos de buques españoles ó de otras naciones que hagan el comercio de importación desde puertos extranjeros á los de las islas de Cuba y Puerto-Rico.	2 8
TRATADO de comercio y navegacion entre España y los Países-Bajos.	4 3
LOS FERRO-CARRILES y su administración considerados bajo el punto de vista económico y social (don P. C. Calvo y Martin).	6 11
I.	7 12
AZÚCAR. Su origen, progresos y producción en España y otros países (don Waldo Jimenez Romera).	7 12
EXPOSICION universal de Viena (don V. P. J.).	10 5
I.	11 9
II.	12 3
III.	12 9
IV.	12 9
LA RIQUEZA (don Angel Muro).	16 6
REVISTA científica é industrial (don Emilio Huelin).	21 14
ENSEÑANZA.	
SINÓNIMOS castellanos (don Manuel Breton de los Herreros).	8 3
DESCRIPCION sumaria de la República de Méjico.	8 6
POBLACION y superficie de la España (don Laureano Figuerola).	9 8
BUENOS-AIRES.	9 11
ESCUELA de artes y oficios (don Jorge Perez Texero).	12 6
I.	14 8
II.	19 4
III.	19 4
BIBLIOTECA científica internacional (don Enrique de Parville).	13 6
NAVEGACION termométrica (don José Ricart y Giralt).	22 19
RELIGION.	
MARÍA de Magdala (don Eugenio Nicolás de Olavarría).	14 4
MOISES (don Abdon de Paz).	15 5
BIOGRAFÍA.	
LEONARDO de Vinci (don Eusebio Asquerino).	1 1
BLASCO de Garay (don Antonio Ferrer del Rio).	5 12
BERANGER (don Antonio Ferrer del Rio).	8 11
EL NUEVO ministerio francés.	11 6
NECROLOGÍA.	
NECROLOGÍA (don Eusebio Asquerino).	1 4
D. LUIS María Pastor (don Gabriel Rodriguez).	2 6
D. JUAN Bravo Murillo (don Enrique Ucelay).	3 8
DOÑA GERTRUDIS Gomez de Avellaneda (baronesa de Wilson).	4 12
D. JOSÉ Riber y Puerto (don G. M.).	5 11
D. MANUEL José Quintana (don Antonio Ferrer del Rio).	7 13
D. JUAN Thompson y de Sanchez (don A. B.).	16 7
D. SALUSTIANO de Olózaga (don Eusebio Asquerino).	19 13
D. ANTONIO de los Rios y Rosas (don Eusebio Asquerino).	21 6
EDUARDO Rosales (don Jacinto Octavio Picon).	23 6

CRITICA LITERARIA.	
N ^o .	P ^{as} .
GARCILASO de la Vega (don Vicente Ardiila Sande).	1 3
LECCIONES elementales de economía política, dadas en la Escuela de Jurisprudencia de Méjico en el curso de 1871 por Guillermo Prieto (don Gabriel Rodriguez).	1 12
JUAN Arolas (don A. Ribot y Fontseré).	5 8
JUICIO del libro poesías de D. José María Heredia (don José Cuell y Renté).	6 6
I.	7 7
II.	7 7
ITALIA por D. Joaquín Francisco Pacheco (don Francisco Muñoz del Monte).	6 8
TEATRO de Moratin (don Juan E. Hartzembusch).	6 14
LITERATURA americana.—Plácido (don V. Barrantes).	7 6
I.	8 5
II.	8 5
LA DESVERGÜENZA, poema jocoso-erótico por D. Manuel Breton de los Herreros (don José Amador de los Rios).	8 8
UN ARTICULO de Rios y Rosas (don S. Lopez Guijarro).	9 9
LITERATURA de la Edad Media (don Vicente Ardiila Sande).	13 5
I.	14 3
II.	13 11
III.	16 7
IV.	17 9
V.	17 9
UNA FAMILIA durante la guerra 1870-1871, por Mad. B. Boissonas (don Francisco Charnes).	14 8
LOS LIBROS nuevos.—Poesías de don José Luis de Leon y Marin (don Antonio P. Grilo).	19 5
LOS ANTIGUOS y modernos vascongados, libro del Sr. D. Miguel Rodriguez Ferrer (don Antonio Cánovas del Castillo).	21 9
I.	22 2
II.	22 2
TEATRO de Shakspeare (don Leopoldo Augusto de Cucto).	22 10
HIMNOS nacionales por D. Benito Perez Galdós (don Ramon Rodriguez Correa).	22 12
BIBLIOGRAFIA (don Anibal Alvarez Osorio).	23 9
NOVELAS	
Y ARTICULOS RECREATIVOS.	
EL HOGAR (D. R. Blanco Asenjo).	3 8
DE MILAN á Florencia (don Eusebio Asquerino).	4 11
POMPEYA (don Francisco Pi y Margall).	4 14
E POUR si muove (don Luis de Equilaz).	5 2
FLORENCIA (don Eusebio Asquerino).	5 5
UN MISTERIO en cada flor (don Gregorio Romero Larrañaga).	5 10
RECUERDOS poéticos (don Gregorio Romero Larrañaga).	6 2
LUISA Molina (doña G. G. de Avellaneda).	6 12
EL 13 DE JUNIO (don Manuel del Palacio).	6 15
LA PUERTA del Sol (don Antonio Flores).	7 2
CALAMIDADES públicas.—La criada novicia (don Ventura Ruiz Aguilera).	7 12
EL ALMA errante (don Eugenio Nicolás de Olavarría).	13 9
EN EL sepulcro de Eduardo (don Eugenio Nicolás de Olavarría).	13 12
VAMOS (don Manuel Matoses).	13 12
ESCENAS de la vida de la esclavitud en Cuba (Narciso).	14 10
A LA LUZ del gas (don C. Solsona).	15 14
LA MISA de una (don Manuel Matoses).	16 11
EL ESPECTRO de Brocken.	16 11
COMER en la fonda (don Manuel Matoses).	16 13
LEYENDA de Catalina Osema (don José Cuell y Renté).	17 11
I.	18 8
II.	18 8
III.	18 8
VIAJE por el mundo de los espíritus (don Abdon de Paz).	18 6

